

82324
COLECCION UNIVERSAL

N.º 733 a 735

SILVIO PELLICO

Mis prisiones

MEMORIAS



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1922

Silvio Pellico

MIS PRISIONES

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Galpe, Madrid, 1922.

SILVIO PELLICO

Mis prisiones

La traducción del italiano ha
sido hecha por **Ciro Bayo**



MADRID, 1922

Silvio Pellico nació en Saluces en 1789 y murió en Turín en 1854. Los sesenta y cinco años de su vida fueron un prodigio biológico, pues Pellico, de baja estatura, de precaria salud, hubo de sufrir además los rigores de un largo cautiverio, que nos ha referido en este libro encantador que se llama MIS PRISIONES, prodigio de sencillez narrativa, de natural emoción, de gracia melancólica, de resignación cristiana. Las tragedias y las poesías de Pellico están ya casi olvidadas; pero MIS PRISIONES son inolvidables y serán leídas siempre y gustadas por las almas tiernas.

Pellico fué profesor de francés en el Colegio de Huérfanos militares de Milán. Aquí conoció a Foscolo y a Monti, a cuyo lado sintió vibrar el patriotismo italiano. Luego fué preceptor de los hijos del conde Lambertenghi, en cuya casa conoció a Schlegel, a Byron, a Davis y a muchas celebridades de las letras y las artes. Las autoridades austriacas encarcelaron a Pellico primero en Santa Margarita, de Milán; luego, en los Plomos, de Venecia, y más tarde, en Spielberg. Fué puesto en libertad en 1830.

Además de MIS PRISIONES ha escrito tragedias (Iginia d'Asti, Herodiades, Tomás Moore, etc.), doce cánticos y un tratado de moral cristiana titulado Los deberes del hombre.

MIS PRISIONES

Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.

JOB.

¿Escribí estas Memorias por la vanidad de hablar de mí mismo? Deseo que no sea así, y aun cuando pueda uno constituirse en juez de sí mismo, paréceme haber tenido otras miras más altas: contribuir a confortar a algunos desgraciados con la relación de los males que yo padecí y de los consuelos que experimenté ser hacederos aun en las mayores aflicciones; atestiguar que en medio de los más grandes infortunios no encontré, sin embargo, a la Humanidad tan falta de indulgencia y de altos sentimientos como es costumbre representarla; invitar a los nobles corazones a amar mucho y a no odiar a ningún prójimo; a odiar, sí, solamente y de modo irreconciliable, las viles ficciones, la pusilanimidad, la perfidia, toda degradación moral; repetir una verdad harto sabida, pero a menudo olvidada: que la religión y la filosofía demandan de consuno un enérgico querer y un juicio ecuánime, sin cuyas condiciones reunidas no hay justicia, ni dignidad, ni principios firmes.

CAPITULO PRIMERO

Un viernes, a 13 de octubre de 1820, fuí arrestado en Milán y conducido a Santa Margarita. Eran las tres de la tarde. Me sometieron a un largo interrogatorio durante todo aquel día y también en el siguiente; pero esto lo pasaré por alto. A la manera que un amator burlado de su beldad está dignamente resuelto a desdeñarla, dejó la política en su lugar y hablo de otra cosa.

A las nueve de la noche de aquel aciago viernes el actuario me entregó al carcelero, el cual me condujo a la estancia que me estaba reservada; hizo-me que le entregara, con gentil invitación, y bajo promesa de restitución a su tiempo, reloj, dinero y cuanto tenía en el bolsillo, y me dió respetuosamente las buenas noches.

—Amigo—le dije—, atended a un ruego: hoy no he comido; hacedme traer algo.

—En seguida; la taberna está cerca de aquí. Verá su señoría qué vino tan bueno.

—No bebo vino.

Ante esta respuesta, el señor Angiolino me miró asustado, creyendo que me chanceaba. Los carceleros, en espera de las propinas, abominan de los presos abstemios.

—De veras, no bebo.

—Lo siento por usted: padecerá doblemente la soledad.

Y viendo que yo no mudaba de propósito, salió, y en menos de media hora tuve la comida. Comí algunos bocados, bebí ávidamente un vaso de agua y quedé solo.

La habitación estaba a nivel del suelo y daba al patio. Mazmorras arriba y abajo y en todas partes; arrimado a la ventana, estuve un rato oyendo el ir y venir de los carceleros y el frenético canto de los reclusos.

Pensaba: «Hace un siglo este lugar era un monasterio. ¿Habrán imaginado nunca las santas y penitentes vírgenes que lo habitaban que en sus celdas sonarían un día no gemidos femeninos e himnos devotos, sino blasfemias y canciones maldicientes, y que se aposentarían hombres de toda laya, en su mayoría destinados a las ergástulas y a la horca? Y de aquí a un siglo, ¿quién respirará en esta celda? ¡Oh fugacidad del tiempo! ¡Oh mudanza perpetua de las cosas! ¿Quién, si esto considera, puede afligirse si la fortuna cesó de sonreírle, se ve sepultado en una prisión y ve en perspectiva el patíbulo? Ayer yo era uno de los más felices mortales del mundo; hoy no tengo ninguna de las dulcedumbres que confortaban mi vida. ¡No más libertad, no más consorcio de amigos, no más esperanzas! No; el ilusionarse sería locura. De aquí no saldré como no sea para pasar a otra mazmorra más horrible o a manos del verdugo. Pues bien: el día siguiente al de mi muerte será

como si yo hubiera expirado en un palacio y sido llevado a la sepultura con los más grandes honores.⁹

De esta suerte, reflexionando sobre la fugacidad del tiempo, reconfortaba mi ánimo. Pero acudió a mi memoria el recuerdo de mi padre, de mi madre, de los hermanos, de las hermanas, y de otra familia que yo amaba como la mía propia, y los razonamientos filosóficos vinieron abajo. Me enternecí y lloré como un niño.

CAPITULO II

Tres meses antes yo había ido a Turín y vuelto a ver, después de algunos años de separación, a mis queridos padres, a uno de los hermanos y a las dos hermanas. ¡Se había amado tanto nuestra familia! Ningún hijo fué tan colmado como yo de beneficios del padre y de la madre. ¡Oh! ¡Cómo me conmoví al volver a ver al venerable anciano y encontrarle mucho más agobiado por los años de lo que yo me imaginaba! ¡Cuánto hubiera deseado entonces no abandonarle más, consagrándome a confortar con mis cuidados su ancianidad! ¡Cuánto me dolió, en los pocos días que estuve en Turín, verme en la necesidad de alejarme de la casa paterna y dar tan poca parte de mi tiempo a los amados cónyuges! La pobre madre decía con melancólica amargura: «¡Ah! ¡Nuestro Silvio no ha venido a Turín para vernos!» La mañana que salí para

Milán la separación fué dolorosísima. Mi padre subió al coche conmigo y me acompañó un trecho; después regresó solo. Yo me volvía a mirarle y sollozaba y besaba un anillo que mi madre me había dado. Nunca me sentí más angustiado por alejarme de mis padres. Sin creer en presentimientos, me asombraba de no poder dominar mi congoja, viéndome obligado a decir con espanto: «¿De qué proviene esta mi extraordinaria inquietud?» Barruntaba alguna gran desgracia.

Ahora, en la cárcel, evoqué aquel espanto, aquella angustia, y rememoré todas las palabras oídas tres meses antes a mis padres. Aquel lamento de mi madre: «¡Ah! ¡Nuestro Silvio no ha venido a Turín para vernos!», repercutía en mi corazón. Me reprochaba de no haberme mostrado mil veces más cariñoso. ¡La amo tanto y se lo dije tan débilmente! ¡No debía volverlos a ver y me sacié tan poco de su querida visión! ¡Fuí tan avaro de las manifestaciones de mi amor! Tales reflexiones me destrozaban el alma.

Cerré la ventana, paseé durante una hora, creyendo no tener descanso en toda la noche. Me eché en el lecho y la inmovilidad me adormeció.

CAPITULO III

El despertar la primera noche en una cárcel es cosa horrenda. ¿Es posible? (recordando dónde estaba). ¿Es posible? ¿Yo aquí? ¿No será esto un

sueño? Ayer me arrestaron. ¿Me hicieron aquel interrogatorio que mañana y quién sabe hasta cuándo habrá de continuar? ¡Ayer noche, antes de adormecerme, sufrí tanto pensando en mis padres!

El descanso, el perfecto silencio, el corto sueño que había restaurado mis fuerzas mentales parecían haber centuplicado la fuerza de mi dolor. En aquella ausencia total de distracciones, el recuerdo de todos los seres queridos, en particular de mi padre y de mi madre, aunque ignoraran mi prisión, se me representaba en la mente con fuerza increíble.

«¡En este instante—me decía—duermen tranquilos o velan pensando acaso con ternura en mí, sin suponer dónde ahora estoy! ¡Felices ellos si Dios los arrancase del mundo antes que llegue a Turín la nueva de mi desgracia! ¡Quién les dará fuerza para resistir este golpe?»

Una voz interior parecía responderme: «¡Aquel a quien todos los afligidos invocan y aman y sienten en sí mismos! ¡Aquel que dió la fortaleza a una Madre de seguir al Hijo al Gólgota y estar al pie de la cruz! ¡El amigo de los infelices, el amigo de los mortales!»

Fué aquél el primer momento en que la religión triunfó de mi corazón, y al amor filial debo este beneficio.

Anteriormente, sin ser hostil a la religión, la seguía poco o mal. Las objeciones vulgares con que suele combatírsela no me parecían un gran

argumento, y todavía mil sofisticas dudas enturbiaban mi fe. Mucho tiempo hacía que estas dudas no recaían en la existencia de Dios, y me decía a mí mismo que si Dios existe, una consecuencia necesaria de su justicia es otra vida para el hombre que padeció en un mundo tan injusto; de ahí la suma razonabilidad de aspirar a los bienes de aquella segunda vida; de ahí un culto de amor a Dios y al prójimo, un perpetuo aspirar a ennoblecerse con generosos sacrificios. Ya hacía tiempo que me repetía todo esto, y añadía: «¿Ni qué otra cosa es el cristianismo sino este perpetuo aspirar a ennoblecerse?» Y me maravillaba cómo manifestándose tan pura, tan filosófica, tan inatacable la esencia del cristianismo hubiese surgido una época en la que la filosofía osase decir: «¡Yo haré en adelante sus veces!» «¿Y de qué modo harás tú sus veces? ¿Enseñando el vicio? No ciertamente. ¿Enseñando la virtud? Pues será el amor a Dios y al prójimo; lo mismo que enseña el cristianismo.»

Con vergüenza, a pesar de estos sentimientos, evitaba esta conclusión: «¡Sé, pues, consecuente! ¡Sé cristiano! ¡No te escandalices de los abusos! ¡No discutas tal o cual punto difícil de la doctrina de la Iglesia, ya que el punto principal es éste, y es clarísimo: ama a Dios y al prójimo!»

En la cárcel deliberé, finalmente, deducir tal conclusión, y la deduje. Dudé algo, pensando que si alguien llegaba a saber que me había vuelto más religioso que antes creeríase en el deber de tenerme por un pobre hombre envilecido por la desgra-

cia. Pero sintiendo que yo no era un pacato ni un envilecido, formé el decidido propósito de no hacer caso de los posibles ultrajes no merecidos y declararame de ahora en adelante cristiano.

CAPITULO IV

Seguí firme en esta resolución más tarde; pero empecé a rumiarla y casi quererla en aquella primera noche de cautividad. Por la mañana mis desvaríos se habían calmado, de lo que yo me asombraba. Volvía a pensar en mis padres y en otros seres amados, y la memoria de virtuosos sentimientos que había encontrado en ellos otras veces me consolaba.

¿Por qué antes tanta perturbación en mí, imaginando la de ellos, y ahora tanta confianza en la alteza de su valor? ¿Sería un prodigio este feliz cambio? ¿O un natural efecto de mi reavivada creencia en Dios? Pero ¿qué importa llamar prodigio o no a los positivos sublimes beneficios de la religión?

A media noche dos *secondini*—o subalternos del alcaide de la cárcel—habían venido a visitarme, encontrándome de pésimo humor. Volvieron al amanecer y me hallaron sereno y cordialmente chancero.

—Esta noche su señoría tenía cara de basilisco—dijo Tirola—; ahora es otro, y lo celebro: señal, y perdone la expresión, de que no es un bribón;

porque los bribones (yo soy antiguo en el oficio y mis observaciones tienen algún peso), los bribones están más rabiosos en el segundo día de su detención que en el primero. ¿Toma rapé?

—No acostumbro; pero no quiero rehusar vuestra invitación. Respecto a vuestra observación, dispensadme si no la encuentro tan propia de un observador. Si esta madrugada no me veis con cara de basilisco, ¿no podría consistir en que tal cambio fuera una prueba de insensatez, de facilidad de ilusionarme y soñar en mi próxima libertad?

—No lo dudaría su señoría si estuviese en prisión por otros motivos; pero tratándose de cosas del Estado, en el día de hoy no es posible creer que termine tan de repente. Supongo que no se habrá imaginado... Perdone; ¿quiere otro polvo de rapé?

—Venga. Pero ¿cómo podéis tener un semblante tan alegre viviendo siempre entre desgraciados?

—Creerá que es por indiferencia por los dolores de otros; yo mismo no lo sé positivamente, si he de decir la verdad; pero le aseguro que muchas veces el oír plañir me hace daño. En ocasiones finjo estar alegre para que los pobres presos se alegren también.

—Se me ocurre, buen hombre, una idea que nunca tuve: que un carcelero pueda ser un hombre de bien.

—Señoría, el oficio no hace al hombre. Allí, a la vuelta de aquel recodo que hace el patio, hay otro patio y otras cárceles, para mujeres. Son..., huelga

decirlo, mujeres de mala vida. Pues bien, señor: las hay que son ángeles en cuanto al corazón. Y si su señoría fuera carcelero...

—¿Yo? (Y me eché a reír.)

Tirola quedó desconcertado con mi risa y no proseguí. Acaso entendía que si yo hubiera sido carcelero me estaría mal no sentir afecto por alguna de aquellas desgraciadas.

Me preguntó qué quería para desayunarme. Salió y a los pocos minutos me trajo café.

Yo le miraba de hito en hito, con sonrisa maliciosa, como queriéndole decir: «¿Llevarías un escrito mío a otro infeliz, a mi amigo Piero?» Y él me respondió con otra sonrisa que quería decir: «No, señor; y si os dirigís a alguno de mis compañeros, aunque os diga que sí, será para traicionarnos».

No estoy seguro, ciertamente, de que él me comprendiera, ni yo a él. Lo que sé es que estuve diez veces a punto de pedirle un servicio de escribir y que no me atreví porque vi en sus ojos algo que me advertía que no me fiara de nadie y menos de otro que no fuera él.

CAPITULO V

Si Tirola, con su expresión de bondad, no tuviese, sin embargo, ciertas miradas malignas; si hubiera tenido una fisonomía más noble, yo habría cedido a la tentación de hacerle mi embajador,

y acaso un billete enviado a tiempo al amigo le hubiera dado la fuerza de reparar cualquier desatino, y quizá esto salvara, no a él, ¡pobrecito!, que bastante había descubierto, pero a otros y a mí.

¡Paciencia! Las cosas debían seguir su curso.

Fuí llamado a seguir el interrogatorio, el cual duró tanto este día y los que siguieron que no hubo otros intervalos que los de la comida. Mientras no se terminara el proceso, los días volaban rápidos para mí, pues el ejercicio de la mente era grande para responder a tan varias preguntas, y al recogerme a las horas de la comida y a la noche, para reflexionar en todo lo que se me preguntaba, en lo que yo había respondido y acerca de todo cuanto probablemente sería interrogado.

A fines de la primera semana me sobrevino un gran disgusto. Mi pobre Piero, anhelante, como yo, de que pudiéramos comunicarnos, me mandó un billete, sirviéndose, no de alguno de los vigilantes, sino de un desgraciado prisionero que venía con ellos a prestar algún servicio en las celdas. Era el tal un hombre de sesenta a setenta años, condenado a no sé cuántos meses de arresto.

Con un alfiler que yo tenía me hice sangre y tracé algunas líneas en contestación, las que entregué al mensajero. Tuvo éste la mala suerte de ser espiado, registrado y ver cogido el billete de que era portador, y si no me equivoco, fué azotado. Oí los alaridos que me parecieron del mísero viejo, a quien no volví a ver.

Llamado yo al proceso, me estremecí al verme

presentar mi tarjeta escrita con sangre; y gracias que no hablaba de cosas comprometedoras y sólo se reducía a una simple salutación. Se me preguntó con qué me había hecho sangre, me quitaron el alfiler, y se rieron de los burlados. ¡Ah! ¡Yo no reí! No podía apartar de mis ojos al viejo mensajero. De buen grado yo hubiera sufrido algún castigo con tal que fuera él perdonado; y cuando rememoré aquellos alaridos que no dudé partieran de él, el corazón se me llenó de lágrimas.

En vano pregunté varias veces por él al carcelero y a sus ayudantes. Meneaban la cabeza y decían: «¡Cara la ha pagado! No volverá a hacerlo. Disfruta algún reposo». Y no se espontaneaban más.

¡Señalaban la estrecha celda en la que estaba recluso el infeliz o hablaban así porque éste hubiera muerto a consecuencia de la azotaina?

Un día me pareció verle, al otro lado del patio, bajo el pórtico, con un haz de leña a la espalda. Me palpité el corazón como si volviera a ver a un hermano.

CAPITULO VI

Cuando cesó el tormento del interrogatorio y no tuve nada que ocupase mi tiempo, entonces sentí amargamente el peso de la soledad.

Por más que se me permitió que tuviera una Biblia y el Dante; por más que puso a mi disposición el alcaide su biblioteca, consistente en algu-

nas novelas de Scuderi, de Piazzí y de otros peores, mi espíritu estaba demasiado agitado para poder aplicarse a ninguna lectura. Recitaba todos los días un canto de Dante de memoria, y este ejercicio era tan maquinal, que lo hacía pensando menos en los versos que en mi situación. Lo mismo me sucedía leyendo otra cosa, exceptuando algunas veces ciertos pasajes de la Biblia. Este divino libro, que siempre había yo amado mucho, aunque me las echaba de incrédulo, era ahora estudiado por mí con más respeto que nunca. Sólo que, a despecho de la buena voluntad, con frecuencia lo leía con el criterio ajeno y no lo entendía. Poco a poco me hice capaz de meditarlo más hondamente y saborearlo cada vez más.

Dicha lectura no me inclinó nunca a la gazonería, esto es, a aquella devoción mal entendida que vuelve pusilánime o fanático, sino que me enseñaba a amar a Dios y a los hombres, a desear siempre cada vez más el reino de la justicia, a aborrecer la iniquidad, perdonando a los inicuos. El cristianismo, en vez de destruir en mí lo que la filosofía pudo haber hecho de bueno, lo confirmaba, lo avaloraba con razones más altas, más poderosas.

Un día, habiendo leído que es necesario orar incesantemente y que la verdadera plegaria no consiste en borbotear muchas palabras, a manera de los paganos, sino en adorar a Dios con sencillez lo mismo en palabras que en acciones y hacer que unas y otras sean el complemento de su santa vo-

luntad, me propuse empezar de veras esta incessante plegaria, esto es, no permitirme más ningún pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme con los designios de Dios.

Mis plegarias fueron siempre escasas en palabras y estuvieron desprovistas de toda pompa retórica, no porque despreciase tales galas—pues, al contrario, las creo necesarias, en mayor o menor grado, para fijar la atención de algunos espíritus—, sino porque no me sentía capaz de recitar muchas sin caer en distracciones que me hacían olvidar la idea religiosa.

El intento de estar continuamente en la presencia de Dios, en vez de ser un fatigoso esfuerzo de la mente y un motivo de temor, era para mí suavísima cosa. No olvidando que Dios está siempre a nuestro lado, que El está en nosotros, o más bien que nosotros estamos en El, la soledad perdía de día en día sus horrores para mí. «¿Acaso no estoy en óptima compañía?», me decía a mí mismo. Y me reanimaba y canturreaba y silbaba con alegría y con ternura.

«Pues bien—pensaba—, ¿no pudo asaltarme una fiebre y llevarme al sepulcro? Todos los míos, todos aquellos que me hubieran llorado al perderme, habrían tenido que resignarse por fuerza a mi falta. Si ahora en vez de una sepultura me devora una prisión, ¿no he de creer que Dios los favorezca con igual fortaleza?»

Mi corazón hacía los votos más fervientes por ellos, algunas veces con lágrimas; pero estas lágri-

mas estaban mezcladas con bálamo. Tenía yo plena fe en que Dios nos sostendría a ellos y a mí. No me engañé.

CAPITULO VII

Vivir libre es más deleitable que vivir preso, ¿quién lo duda? Con todo, también en la miseria de una cárcel, cuando en ella se piensa en que Dios está presente, en que las alegrías del mundo son fugaces y que el verdadero bien está en la conciencia y no en los objetos exteriores, se puede con placer sentir la vida. Yo, en menos de un mes había tomado, no diré perfectamente, pero de un modo pasadero, mi partido. Vi que no queriendo cometer la indigna acción de comprar la impunidad con ocasionar la ruina de otros mi suerte no podía ser mas que el patíbulo o una larga prisión. Era necesario adaptarse. «Respiraré mientras me dejen—me dije—, y cuando me quiten el aliento haré como todos los enfermos cuando les llega el último instante: moriré.»

Estudiaba el no alterarme por nada y dar a mi alma todos los goces posibles. El placer más acostumbrado era el irme renovando la enumeración de los bienes que habían embellecido mis días: un buen padre, una buena madre, hermanos y hermanas excelentes, tales y tales amigos, una buena educación, el amor a las letras, etc. ¿Quién más dotado de felicidad que yo? ¿Por qué no dar gracias a Dios, por más que ahora gimiera en la

desgracia? A veces, al echarme estas cuentas, me enternecía y sollozaba un instante; pero retornaban los ánimos y la alegría.

En los primeros días me había hecho de un amigo. No era el alcaide, ni ninguno de los vigilantes ni de los señores jueces. Hablo, sin embargo, de una criatura humana. ¿Quién era? Un muchacho sordo y mudo, de cinco o seis años. Sus padres eran ladrones y la ley los había castigado. El mísero huerfanito estaba mantenido por la Policía, como tantos otros niños de igual condición. Habitaban todos en una habitación frente a la mía, y a ciertas horas se abría su puerta para que salieran a airearse en el patio.

El sordomudo venía bajo mi ventana y me sonreía y gesticulaba. Yo le echaba un buen pedazo de pan; él lo tomaba, dando un salto de alegría; iba donde sus compañeros, lo repartía entre todos, y luego volvía a comer su parte junto a mi ventana, expresando su gratitud con la sonrisa de sus hermosos ojos.

Los otros muchachos me miraban de lejos, sin atreverse a acercarse. El sordomudo sentía gran simpatía por mí no sólo por motivos de interés. Algunas veces no sabía qué hacer del pan que yo le daba, y por señas me decía que tanto él como sus compañeros habían comido bien y no querían más alimento. Si veía venir un vigilante a mi celda, le daba el pan para que me lo devolviera. Por más que nada esperase de mí, continuaba retozando junto a mi ventana, con gracia amabilísima, go-

zando en que yo le viese. Una vez, un vigilante permitió al muchacho entrar en mi celda. Apenas entró, corrió a abrazarme las piernas, dando un grito de alegría. Lo tomé en mis brazos, y fué indecible el transporte con que me colmaba de caricias. ¡Cuánto amor en aquella alinita! ¡Cómo hubiera querido yo poderle educar y salvarlo de la abyección en que se encontraba!

Nunca supe cómo se llamaba. El mismo ignoraba su nombre. Estaba siempre alegre y jamás le vi quejarse, como no fuera una vez que, no sé por qué causa, le pegó el carcelero. ¡Cosa extraña! Vivir en semejantes lugares parece el colmo del infortunio; sin embargo, aquel niño tenía ciertamente tanta felicidad cuanta puede poseer a su edad el hijo de un príncipe. Yo me hacía esta reflexión y me preguntaba qué es lo que podía hacer al humor independiente del lugar. Gobernemos la imaginación y nos encontraremos bien en todas partes. Un día pasa pronto, y cuando a la noche se acuesta uno sin hambre y sin agudos dolores, ¿qué importa si la cama está en una prisión o en un palacio?

Óptimo razonamiento. Pero ¿cómo gobernar la imaginación? Yo hice la prueba y me pareció haberlo conseguido a maravilla, aunque otras veces la tirana triunfaba y yo, despechado, me asombraba de mi debilidad.

CAPITULO VIII

«En medio de mi desventura, tengo la suerte —me decía— de que me hayan dado una prisión en piso llano, en este patio, donde a cuatro pasos de mí se sitúa aquel querido niño con el que hablo mudamente con ternura. ¡Cuántas cosas nos decimos él y yo con las infinitas expresiones de las miradas y de la fisonomía! ¡Con cuánta gracia acciona si le sonrío, o bien se corrige cuando ve que me desagrada! ¡Cómo comprende que lo amo cuando acaricia o regala a alguno de sus compañeros! ¡Nadie en el mundo puede imaginarse que yo, desde la ventana, pueda ser una especie de educador de la pobre criatura! A fuerza de repetir el mutuo ejercicio de los signos perfeccionaremos la comunicación de nuestras ideas. Cuanto más se instruya y perfeccione me tomará más cariño. Seré para él genio de la razón y de la bondad; se apresurará a confiarme sus alegrías y sus pesares, y yo a consolarle, a ennoblecerle, a dirigirle en toda su conducta. ¿Quién sabe si manteniéndose indecisa mi suerte de mes en mes me dejarán envejecer aquí? ¿Quién sabe si este niño ha de crecer bajo mis miradas y será adscrito a algún servicio en esta casa? Con el ingenio que demuestra, ¿cuál será su destino? ¡Ay de mí! No pasará de ser un buen carcelero o una cosa semejante. Pues bien: ¿no habré hecho yo una buena obra si he contribuído a inspirarle el deseo de agradar

a las personas honradas y a sí mismo, y a inculcarle la costumbre de los sentimientos compasivos?»

Este soliloquio era naturalísimo. Siempre he tenido mucha inclinación por los niños, pareciéndome sublime el oficio de educador. Yo lo ejercitaba desde hacía algunos años con Santiago y Julio Porro, dos jovencitos que prometían, y a los que quería como hijos míos y como a tales amaré siempre. ¡Dios sabe las veces que en la cárcel pensé en ellos! ¡Cuánto me afligí de no poder completar su educación y cuán ardientes votos formé para que encontrasen un nuevo maestro que se igualara a mí en amarlos!

A veces solía decirme a mí mismo: «¡Qué triste parodia esta! ¡En vez de Santiago y Julio, muchachos adornados con los más espléndidos encantos que la Naturaleza y la fortuna puedan dar, me toca por discípulo un pobrecito sordomudo, abandonado, hijo de un ladrón..., que, cuando más, llegará a ser un carcelero o, en términos más políticos, un esbirro!»

Tales reflexiones me confundían, me descorazonaban. Pero no bien oía el grito de mi mudo, me hervía la sangre como al padre que oye la voz de un hijo. Aquel grito y la vista del pequeño dissipaban en mí toda mezquina idea respecto de él. «¿Qué culpa tiene de ser defectuoso y de raza de ladrones? Un alma humana, en la edad de la inocencia, es respetable siempre.» Así me decía, y le miraba cada día con más amor, pareciéndome que el niño crecía en inteligencia, confirmándome en

el dulce entretenimiento de aplicarme a pulirlo; y fantaseando sobre todas las probabilidades, pensaba que algún día saldría yo de la cárcel y tendría medios de hacer ingresar ese niño en un colegio de sordomudos y abrirle camino para una ocupación más digna que la de esbirro.

En tanto que así me ocupaba deliciosamente en su bien, un día dos vigilantes vinieron a decirme:

—Cambio de domicilio, señor.

—¿Qué queréis decir?

—Que hay orden de llevar a su señoría a otra habitación.

—¿Por qué?

—Está preso otro pez gordo, y como ésta es la celda mejor..., ¿comprende?...

—Comprendo. Es la primera parada de los reciénllegados.

Y me llevaron a la parte opuesta del patio; pero, ¡ay de mí!, no ya a nivel del piso, de modo que pudiera entenderme con el mudo. Al cruzar el patio vi al querido niño sentado en el suelo, atónito, entristecido: comprendió que me perdía. A los pocos instantes se levantó y corrió a mi encuentro; los vigilantes quisieron alejarle, y yo, tomándole en mis brazos, lo cubrí de tiernos besos y me separé de él—¿debo decirlo?—con los ojos llenos de lágrimas.

CAPITULO IX

¡Pobre corazón mío! ¡Tú amas tan fácilmente y con tal vehemencia, y a cuántas separaciones te has visto ya condenado! Esta última no fué, ciertamente, la menos dolorosa, y la sentí tanto más cuanto que mi nuevo encierro era tristísimo: un cuartucho obscuro, tétrico, con ventana sin cristales, substituídos por papeles, y llenas las paredes con groseros dibujos de la peor especie. En los lugares no ocupados por estos dibujos había inscripciones. Muchas de éstas consistían sencillamente en el nombre, apellido y patria de algún infeliz, con la fecha del día funesto de su detención. Otras añadían exclamaciones contra sí mismo, contra una mujer, contra el juez, etc. Otras eran compendios de autobiografía. Otras contenían sentencias morales, leyéndose estas palabras de Pascal:

«Aquellos que combaten la religión, inquieran al menos cuál sea ella antes de combatirla. Si esta religión se envaneciese de tener una visión clara de Dios y poseerla sin velo, el combatirla sería como decir *que no se ve nada en el mundo que lo muestre con tanta evidencia*. Pero, ¿por qué, con todo eso, están los hombres en las tinieblas, alejados de Dios, el cual está escondido a su conocimiento hasta el punto de justificar el nombre que El mismo se da en las Escrituras, *Deus absconditus*? ¿Qué ventaja pueden ellos reportar cuando, en la negligencia que profesan respecto a las cien-

cias de la verdad, gritan que ésta no les está mostrada?»

Luego, debajo, estaban escritas estas palabras del mismo autor:

«No se trata aquí del leve interés de alguna persona extraña: trátase de nosotros mismos y de nuestro todo. La inmortalidad del alma es cosa que importa tanto y que afecta tan profundamente, que es necesario haber perdido el sentido para vivir en la indiferencia de saber que no existe.»

Otro escrito decía:

«Bendigo la prisión porque me ha hecho conocer las ingratitudes de los hombres, mi miseria y la bondad de Dios.»

Junto a estas humildes palabras se leían las más violentas y soberbias imprecaciones de uno que se titulaba ateo y se revolvía contra Dios, como si se olvidara de haber dicho que no había Dios.

En pos de una columna de blasfemias por el estilo, seguía otra de injurias contra los hipócritas, según eran llamados aquellos a quien la desventura de la prisión hace religiosos.

Enseñé estas insensateces a uno de los vigilantes y pregunté quién las había escrito.

—Me alegro haber tropezado con estas inscripciones—dijo—; son tantas y tengo tan poco tiempo de examinarlas...

Y sin decir más, dióse a raspar la pared con un cuchillo para hacerlas desaparecer.

—¿Por qué hacéis esto?—pregunté.

—Porque el pobre diablo que las escribió, que

fué condenado a muerte por homicidio premeditado, se arrepintió y me pidió esta caridad.

—¡Dios le haya perdonado!—exclamé—. ¡Qué homicidio cometió?

—No pudiendo matar a un enemigo, se vengó matando a un hijo de éste, el más hermoso niño que había en el mundo.

Me horroricó. ¿Puede llegar a tanto la ferocidad? ¡Y semejante monstruo afectaba el lenguaje insultante de un hombre superior a todas las debilidades humanas! ¡Matar a un inocente! ¡A un niño!

CAPITULO X

En la nueva habitación, tan tétrica e inmunda, privado de la compañía del querido mudo, me oprimió la tristeza. Estaba muchas horas en la ventana, que daba a una galería, al extremo de la cual veíase el término del patio y la ventana de mi primera prisión. ¿Quién me había sucedido en ésta? Veía un hombre que se paseaba en ella con la rapidez del que está lleno de agitación. Dos o tres días después vi que le habían proporcionado con qué escribir, y con esto se pasaba el día entero en una mesa.

Por fin lo reconocí, una vez que salió para el interrogatorio, acompañado de un vigilante. Era Melchor Gioja (1).

(1) Melchor Gioja, de Piacenza (nació en 1767, murió en 1829, en Milán). *La filosofía de la estadística*, obra admirable, es su obra maestra.

Se me oprimió el corazón. «¿Tú también, varón esforzado, estás aquí?» (Fué más afortunado que yo: al cabo de algunos meses de arrésto fué puesto en libertad.)

La vista de cualquiera persona buena me consuela, me encariña con ella, me hace pensar. ¡Ah! ¡Pensar y amar son un gran bien! Hubiera dado mi vida por salvar a Gioja de la cárcel; sin embargo, el verlo me consolaba.

Después de estar largo rato mirándole, de conjeturar por su aspecto si estaba tranquilo o inquieto y de hacer votos por su salvación me sentía con mayor fuerza, con más abundancia de ideas, más contento de mí. Esto quiere decir que la contemplación de una criatura humana a la que se tenga cariño basta a mitigar la soledad. Tamaño beneficio me lo había reportado primero un pobre niño mudo y ahora la vista lejana de un hombre de gran mérito.

Tal vez un carcelero le dijo dónde yo estaba. Una mañana, desde la ventana, agitó el pañuelo en guisa de saludarme. Le contesté de la misma manera. ¡Oh! ¡Qué placer experimentó mi alma en este instante! Me parecía que la distancia había desaparecido y que estuviéramos juntos. El corazón me palpitaba como al enamorado que vuelve a ver a su amada. Gesticulábamos sin entendernos y con la misma viveza como si nos entendiéramos, o más bien nos entendíamos realmente: estos gestos querían decir todo lo que nuestras almas sentían y la una no ignoraba los sentimientos de la otra.

¡Qué alivio nos venía de este trueque de saludos, que ya no se repitieron! Cuantas veces yo veía a Gioja, desplegaba mi pañuelo. ¡Pero en vano! Los vigilantes me dijeron que le estaba prohibido excitar mis señales o responderme. Así, pues, nos limitamos, lo mismo él que yo, a mirarnos, diciéndonos también con esto muchas cosas.

CAPITULO XI

Por la galería que estaba bajo la ventana, al mismo nivel de mi prisión, iban y venían de la mañana a la noche otros presos, acompañados de vigilantes. Los llevaban al interrogatorio y volvían. Casi todos eran gente baja. Vi alguno que otro de condición más elevada. Por más que no podía fijarme mucho en ellos por ser muy fugaz su aparición, así y todo atraían mi atención y todos, cuál más, cuál menos, me conmovían. Este triste espectáculo, en los primeros días, acrecentaba mis dolores; pero poco a poco me endurecí y acabó por ser ello una distracción de mi soledad.

Veía pasar también muchas mujeres arrestadas. Por aquella galería se iba, por un pasadizo, a otro patio, en el que estaban la cárcel de mujeres y el hospital de sifilíticos. Sólo una pared bastante delgada me separaba de una de las celdas de las mujeres. A menudo la pobre inquilina me ensordecía con sus canciones, y a veces, con sus risotadas. De noche, cuando cesaban los ruidos, la oía hablar.

Si yo hubiese querido entrar en coloquio con ella, hubiera podido, pero me abstuve, no sé por qué. ¿Por timidez? ¿Por altanería? ¿Por prudente miramiento de no aficionarme a una mujer degradada? Quizá por los tres motivos. La mujer, cuando es lo que debe ser, es para mí una criatura sublime. Verla, oírla, hablarla, me enriquece la mente de nobles fantasías. Pero envilecida, despreciable, me perturba, me aflige, me despoetiza el corazón.

Sin embargo... (los *sin embargo* son indispensables para pintar al hombre, esto tan compuesto), entre aquellas voces femeniles las había suaves, y éstas, ¿por qué no decirlo?, me eran caras. Y una de ellas era más suave que las otras y se oía más raramente, sin que dijera expresiones vulgares. Cantaba poco y de ordinario sólo dos patéticos versos:

¿Quién devuelve a la infelice
su felicidad?

Algunas veces entonaba la letanía. La secundaban sus compañeras, pero yo tenía el don de discernir la voz de Magdalena de las otras, que parecían empeñadas en ocultármela.

Sí; aquella desgraciada llamábase Magdalena. Cuando sus compañeras contaban sus dolores, ella las compadecía y gemía, repitiendo: «Animo, querida; el Señor no abandona a nadie.»

¿Quién podía impedirme imaginármela hermosa y más infeliz que culpable, nacida para la virtud, capaz de regenerarse si estaba caída? ¿Quién po-

drá reprocharme si yo me enternecía oyéndola, si la escuchaba con veneración, si rezaba por ella con un fervor particular?

La inocencia es veneranda, pero ¡cuánto lo es también el arrepentimiento! El mejor de los hombres, el Hombre-Dios, no desdeñaba mirar piadosamente a las pecadoras, respetar su confusión y agregarlas a las almas que El más honraba. ¿Por qué nosotros despreciamos tanto a la mujer caída en la ignominia?

Razonando de esta manera, me vi tentado cien veces de alzar la voz y hacer una declaración de amor fraternal a Magdalena. Una vez había pronunciado ya la primera sílaba, «¡Mag...!» ¡Cosa extraña!: me latía el corazón como a un joven de quince años enamorado, y eso que yo tenía treinta y uno y a esta edad ya se han perdido las ilusiones infantiles.

No pude proseguir. Volví a empezar: «¡Mag...!» ¡Mag...!», y fué inútil. Hallándome ridículo, grité con rabia: «¡Loco!» y no «¡Mag...!»

CAPITULO XII

Así terminó mi novela con aquella pobrecita, a la que debí dulcísimos sentimientos durante algunas semanas. Con frecuencia yo estaba melancólico, y su voz me reanimaba; a menudo, pensando en la vileza y en las ingratitudes humanas, me irritaba contra ellas, abominaba del universo, y

la voz de Magdalena volvía a disponerme a compasión e indulgencia.

«¡Puedas tú, oh incógnita pecadora, no ser condenada a grave pena! ¡Y cualquiera que sea a la que te condenen, puedas aprovecharte y rehabilitarte, vivir y morir amada del Señor! ¡Puedas ser compadecida y respetada de todos aquellos que te conocen, así como lo fuiste de mí, que no te conocí! ¡Puedas inspirar en quienquiera que te vea la paciencia, la dulzura, el ansia de virtud, la confianza en Dios, como la inspiraste en aquel que te amó sin verte! Podrá equivocarse mi imaginación figurándote hermosa de cuerpo, pero seguro estoy que tu alma lo es. Tus compañeras hablaban groseramente, y tú con pudor y galanura; blasfemaban, y tú bendecías a Dios; disputaban, y tú arreglabas sus causas. Si alguno te ha dado la mano para arrancarte del camino de la deshonra, si te ha favorecido con delicadeza y ha enjugado tus lágrimas, lluevan todas las bendiciones y todos los consuelos sobre él, sus hijos y los hijos de sus hijos.»

Contigua a la mía había otra prisión, habitada por algunos hombres. Yo les oía hablar. Uno de ellos superaba a todos en autoridad, no acaso por mayor finura de condición, sino por más facundia y audacia. Hacía, como suele decirse, de doctor. Reñía y reducía al silencio a los contendientes con imperiosa voz y con el fuego de sus palabras; les dictaba lo que debían pensar y sentir, y todos, tras leve oposición, concluían por darle la razón en todo.

¡Infelices! Ni uno solo de ellos templaba la aspereza de la prisión expresando algún suave sentimiento, algo de religión y de amor.

El cabecilla de estos vecinos me saludó, y yo contesté. Me preguntó qué tal pasaba yo *aquella maldita vida*. Le respondí que, si bien triste, ninguna vida era maldita para mí y que hasta mi muerte necesitaba disfrutar el placer de pensar y de amar.

—Explíquese, señor, explíquese.

Me expliqué, y no fui comprendido. Y cuando, después de algunos exordios preparatorios, tuve el valor de confesar la ternura que, por ejemplo, me inspiraba la voz de Magdalena, el cabecilla soltó una gran carcajada.

—¿Qué pasa? ¿Qué?—preguntaron los camaradas.

El hombre repitió, ridiculizándolas, mis palabras, y las risotadas resonaron en coro, haciendo yo el papel del inocentón.

Sucede en las cárceles como en el mundo: aquellos que cifran su sabiduría en vilipendiar y hacer daño consideran una locura el compadecer y gustar consolarse con hermosas fantasías que honran a la Humanidad y a su Autor.

CAPITULO XIII

Dejé que rieran y no opuse ningún reparo. Los vecinos me dirigieron dos o tres veces la palabra y yo no les contesté.

—No estará ya en la ventana. Se habrá ido. Estará escuchando los suspiros de Magdalena. Se habrá ofendido con nuestras risas...

Así iban diciendo entre ellos, hasta que por fin el corifeo de todos impuso silencio a los que hablaban de mí.

—Callad, animales; no sabéis qué diablos os decís. El vecino no es tan asno como os figuráis. Yo, aún burlándome, reflexiono. Todos los pícaros desalmados tienen rabieta, como nos pasa a nosotros. Algo de suave alegría, algo más de caridad, un poco más de confianza en los beneficios del Cielo, ¿de qué os parece, sinceramente, que sea indicio?

—Se me figura—respondió uno—que es indicio de ser algo menos pícaro.

—¡Bravo!—gritó el corifeo con voz estentórea—. Por esta vez tengo en alguna estimación tus entendederas.

Yo no me envanecía mucho de verme considerado por *algo menos bribón* que ellos; pero sí experimentaba cierta alegría porque aquellos desgraciados cayeran en la cuenta de la importancia de cultivar los buenos sentimientos.

Moví una de las hojas de la ventana, haciendo acto de presencia. El cabecilla me llamó. Contesté, esperando tener ocasión de moralizar a mi manera. Me equivoqué. Los espíritus vulgares huyen de los razonamientos serios; si traslucen una noble verdad, son capaces de aplaudirla un instante, pero en seguida desvían de ella la mirada y no

resisten a la voluptuosidad de lucir su ingenio poniendo aquella verdad en entredicho.

Me preguntó si yo estaba en prisión por deudas.

—No.

—¿Acusado tal vez falsamente?

—Estoy acusado por otra cosa.

—¿Por cuestión de amores?

—No.

—¿De homicidio?

—No.

—¿De carbonario?

—Exacto.

—¿Qué son los carbonarios?

—Sé tan poco de ellos, que no sabría decirlo.

Aquí nos interrumpió un vigilante, muy enojado, y tras llenar de improperios a mis vecinos, se volvió a mí con la seriedad no de un esbirro, sino de un maestro, y me dijo:

—¿Qué vergüenza, señoría! ¡Dignarse hablar con toda clase de gente! ¿No sabe que son ladrones?

Me avergoncé, y en seguida sentí haberme avergonzado, pareciéndome que el dignarse conversar con toda clase de infelices es más bien bondad que culpa.

CAPITULO XIV

A la mañana siguiente fuí a la ventana para ver a Melchor Gioja, pero ya no hablé con los ladrones. Lo que hice fué contestar a sus saludos, y les dije que me estaba prohibido hablar con ellos.

Vino el actuario que me había hecho el interrogatorio y me anunció, con misterio, una visita que me sería placentera. Y tras haberme preparado así, díjome:

—Se trata de su padre. Sírvase venir conmigo.

Le seguí a las oficinas de abajo, palpitante de alegría y de ternura, esforzándome por aparentar un aspecto sereno que tranquilizara a mi pobre padre.

Aun cuando éste había sabido mi arresto, había esperado que no se me acusara de nada y fuera puesto pronto en libertad. Pero viendo que duraba la prisión, vino a solicitar del Gobierno austriaco mi liberación. ¡Pobres ilusiones del amor paterno! No podía creer él que yo hubiese sido tan temerario de exponerme a los rigores de las leyes, y la estudiada hilaridad con que yo le hablaba le persuadió que no había nada que temer.

El breve coloquio que nos fué concedido me agitó de un modo indecible; tanto más cuanto que yo reprimía toda apariencia de agitación. Lo más difícil era no manifestarla al despedirnos.

En las circunstancias en que estaba Italia, tenía yo la seguridad que Austria daría ejemplo de un rigor extraordinario y que yo sería condenado a muerte o a muchos años de cautiverio. ¡Disimular esta creencia a un padre! ¡Engañarle con esperanzas de una próxima libertad! ¡No deshacerse en lágrimas abrazándole, hablándole de mi madre, de mis hermanos y mis hermanas, que yo no pensaba ver más en la tierra! ¡Rogarle con acentos que

no fueran de angustia que volviera a verme, si podía! Todo esto me costó mucha violencia.

Se apartó consoladísimo de mí, y yo volví a mi prisión con el corazón desgarrado. No bien me vi solo, esperé poder consolarme abandonándome al llanto. Este alivio me faltó. Muchos sollozos, pero no podía derramar una lágrima. La desgracia de no poder llorar es uno de los dolores más crueles, y ¡cuántas veces lo he experimentado!

Se apoderó de mí una fiebre ardiente, con gran dolor de cabeza. No comí ni una cucharada de rancho en todo el día. ¡Acaso fuera una grave enfermedad que abreviara mis martirios!

¡Vano y pobre deseo! Dios no lo atendió, y ahora le doy las gracias. Y se lo agradezco no sólo porque después de diez años de cárcel he vuelto a ver mi querida familia y puedo llamarme feliz, si que también porque los padecimientos comunican valor al hombre, y quiero esperar que éstos no hayan sido inútiles para mí.

CAPITULO XV

Dos días después volvió mi padre. Yo había dormido bien por la noche y estaba sin fiebre. Me presenté con alegres maneras y sin asomos de lo que mi corazón había sufrido y seguía sufriendo.

—Confío—díjome mi padre—que dentro de pocos días te mandarán a Turín. Ya te hemos preparado habitación: y te esperamos con ansiedad gran-

de. Mis deberes de empleo me obligan a partir. Procura, te lo ruego, venir pronto.

Tan tierna y melancólica ternura me desgarraba el alma. Fingir me parecía mandato piadoso, pero fingía con una especie de remordimiento. ¿No hubiera sido más digno de mi padre y de mí si le hubiese dicho: «Probablemente no volveremos a vernos más en este mundo. Separémonos de los hombres sin murmurar, sin gemir, y que yo oiga pronunciar sobre mi cabeza la bendición paterna.»

Este lenguaje me era mil veces más aceptable que la ficción. Pero yo veía los ojos de aquel venerando anciano y sus cabellos grises, y me parecía que el infeliz no podría tener fuerzas para oír tales cosas.

¡Y si por no quererle engañar yo le hubiera visto entregarse a la desesperación, desmayarse o acaso, ¡horrible idea!, verle muerto entre mis brazos!

No podía decirle la verdad ni dejársela entrever. Mi aparente serenidad lo engañó enteramente. Nos separamos sin lágrimas. Pero vuelto yo a mi prisión, me sentí angustiado como la otra vez, o más todavía, y en vano imploré el beneficio del llanto.

Resignarme a todos los horrores de una larga prisión, resignarme al patíbulo, estaba en mis fuerzas; pero resignarme al inmenso dolor que hubieran tenido mi padre, madre, hermanos y hermanas, ¡ah!, esto era para lo que no bastaban mis fuerzas.

Me arrodillé ahora en el suelo, con un fervor

como nunca había sentido, y pronuncié esta plegaria:

«¡Dios mío, lo acepto todo de tu mano; pero da fuerzas vigorosas a los corazones a los que yo era necesario; que yo cese de serles tal, y que la vida de cualquiera de ellos no por esto se abrevie un día!»

¡Oh beneficio de la oración! Estuve algún tiempo con la mente puesta en Dios, y mi confianza crecía a medida que meditaba en la bondad divina, a medida que meditaba en la grandeza del alma humana cuando sale de su egoísmo y se esfuerza en no tener otra voluntad que la de la infinita Sabiduría.

¡Sí; esto es necesario! ¡Esto es el deber del hombre! La razón, que es la voz de Dios, la razón dice que se debe sacrificar todo a la virtud. ¿Y sería completo el sacrificio de los que somos deudores a la virtud si en los casos de dolor extremo lucháramos contra la voluntad de Aquel que es principio de toda virtud?

Cuando el patíbulo y cualquier otro martirio es inevitable, el temerlo cobardemente, el no saber encaminarse a él bendiciendo al Señor, es señal de miserable degradación e ignorancia. Y no solamente es necesario consentir en la propia muerte, sino también en la aflicción que sentirán los seres queridos. No queda más sino pedir a Dios que la mitigue, que los conforte, y tal plegaria siempre es escuchada.

CAPITULO XVI

Transeurrieron algunos días, y mi estado era el mismo: el de una tristeza dulce, llena de paz y de pensamientos religiosos. Parecíame haber triunfado de toda debilidad espiritual y no ser accesible a inquietud alguna. ¡Loca ilusión! El hombre debe tender a alcanzar la absoluta ecuanimidad; pero no le es dado lograrla nunca en la tierra. ¿Qué fué lo que me turbó? La vista de un amigo infeliz, la presencia de mi buen Piero, que pasó ante mí por la galería, a pocos pasos de distancia de mi ventana, a la cual me hallaba asomado. Lo habían sacado de su cubil para conducirlo a las prisiones de lo criminal.

El y los que lo acompañaban pasaron ante mis ojos con tal rapidez que apenas tuve tiempo de reconocerlo y de corresponder con el mío al ligero saludo que pudo hacerme.

¡Pobre joven! ¡En la flor de la edad, con un talento que prometía espléndidos frutos, con un carácter honrado, delicado, amantísimo, hecho para gozar a su placer de la vida, verse aherrajado en una prisión a causa de ideas políticas y en ocasión de no poder evitar los más severos castigos de la ley!

Se apoderó de mí tal compasión por él, tal angustia por no poder redimirlo, por no poder al menos confortarlo con mi presencia y con mis palabras, que con nada lograba restituir la calma a

mi corazón. Yo sabía cuánto amaba él a su madre, a su hermano, a sus hermanas, a su cuñado, a sus sobrinos; cuánto anhelaba contribuir a la felicidad de todos ellos; cuánto era amado de todos aquellos caros pedazos de su alma.

Yo sentía cuál debía de ser la aflicción de cada uno de ellos ante tan inmensa desgracia. No hallo palabras para expresar la ira que entonces se apoderó de mí. Y este arrebato se prolongó por tanto tiempo que llegué a desesperar de hallar sedante para él.

También esto último fué una ilusión. ¡Oh afligidos que os creéis presa de un ineluctable, horrendo y siempre creciente dolor, armaos de paciencia por algún tiempo y os desengañaréis! Ni suprema paz ni inquietud suma pueden ser durables en este mundo. Conviene persuadirse de esta verdad para no ensoberbecerse en las horas felices y no envilecerse en las de perturbación.

A un largo período de exasperación suceden el agotamiento y la apatía; pero tampoco ésta es durable, y es de temer que de allí a poco nuestro espíritu caiga en el extremo opuesto. Espantado ante la perspectiva de semejante porvenir, recurri también, esta vez ardientemente, a la plegaria.

Pedí a Dios que protegiera a mi buen Piero como a mí mismo y que extendiera esta protección a su casa como a la mía. Sólo repitiendo estos votos pude verdaderamente tranquilizarme.

CAPITULO XVII

Pero así que el ánimo se aquietaba, reflexionaba yo en las torturas pasadas, y doliéndome de mi debilidad, estudiaba la manera de curarme, valiéndome de este expediente. Todas las mañanas mi ocupación primera, después de un breve acatamiento al Criador, era hacer una cuidadosa y valiente reseña de todos los posibles acontecimientos que pudieran conmoverme. Me fijaba con viveza en cada uno y me preparaba; desde las queridas visitas hasta la presencia del verdugo, lo tenía todo presente. Tan triste ejercicio parecióme durante algunos días insoportable, pero quise ser perseverante y en breve estuve satisfecho.

A principios del año—1821—el conde Luis Porro obtuvo permiso para verme. La tierna y viva amistad que nos profesábamos, la necesidad que teníamos de decirnos tantas cosas, el estorbo que a estas efusiones ponía la presencia de un actuario, el brevísimo tiempo que se nos concedió para estar juntos, los siniestros presentimientos que me angustiaban, el esfuerzo de él y mío para aparentar estar tranquilos, todo esto parecía poner terrible tempestad en el corazón. Separado de aquel querido amigo, recobré la calma, enternecido, pero tranquilo.

Tal es la eficacia de precaverse contra las emociones fuertes.

Mi empeño de adquirir una calma constante

provenía no tanto del deseo de disminuir mi desgracia, cuanto por parecerme fea e indigna del hombre la inquietud. Una mente agitada no razona; entre un turbión irresistible de ideas exageradas se forma una lógica desvariada, furibunda, maligna; es un estado absolutamente antifilosófico, anticristiano.

Si yo fuera predicador insistiría a menudo en la necesidad de desterrar la inquietud; sin esta condición no se puede ser bueno. ¡Qué pacífico consigo mismo y con los demás era Aquel a quien todos debemos imitar! No hay grandeza de ánimo, no hay justicia sin ideas moderadas, sin un espíritu propicio más a sonreír que a amargarse por los sucesos de esta corta vida. La ira sólo tiene valor en casos rarísimos: cuando es presumible humillar con ella a un malvado y arrancarlo de la iniquidad.

Quizá se den defectos de naturaleza diversa de los que yo conozco y sean menos condenables. Pero lo que hasta entonces me había esclavizado no consistía en una pura aflicción, sino en un conjunto de odio, de prurito de maldecir, de pintarme la sociedad, o estos o aquellos individuos, con los colores más execrables. ¡Enfermedad epidémica en el mundo! El hombre se considera mejor aborreciendo a los otros. No parece sino que todos los amigos se digan al oído: «Amémonos únicamente entre nosotros; gritando que todos son chusma, parecerá que somos semidioses.»

¡Hecho curioso que el vivir rabiando guste tanto! Se pone en esto una especie de heroísmo. Si el ob-

jeto ante el cual se temblaba ayer ha muerto, se busca en seguida otro. ¿De quién me lamentaré hoy? ¿A quién odiaré? ¿Quién es el monstruo?... ¡Oh alegría, lo he encontrado! ¡Venid, amigos, destrocémosle!

Así va el mundo, y, sin insultarle, puedo decir que va mal.

CAPITULO XVIII

No pecaba de ligero en lamentarme de lo horrible de la prisión en que estaba. Por ventura, quedó vacía otra mejor y me dieron la agradable sorpresa de trasladarme a ella.

¿No debía alegrarme de esta mudanza? Pero no podía dejar de acordarme cada vez más de Magdalena. ¡Qué niñería aficionarse siempre a cualquier cosa por motivos, a la verdad, no muy fuertes! Saliendo de aquel cuchitril, volví atrás la mirada, hacia la pared en la cual me había apoyado a menudo, en tanto que allá se apoyaba del lado opuesto la mísera pecadora. Hubiera yo querido oír otra vez aquellos patéticos versos:

¿Quién devuelve a la infelice
su felicidad?

¡Vano deseo! ¡He aquí otra separación en mi desventurada vida! No quiero hablar largamente de ella por no dar que reír; pero sería un hipócrita si no confesara que me entristecí por muchos días.

Al irme saludé a dos de los pobres ladrones ve-

oínos míos, que se hallaban a la ventana. No estaba el cabecilla; pero avisado por sus compañeros, apareció y me saludó, poniéndose en seguida a tararear el aria *¿Quién devuelve a la infelice...?* ¿Quería burlarse de mí? Hecha esta pregunta a cincuenta personas, cuarenta y nueve dirán que sí. Pues bien: para confusión de tanta pluralidad de votos, me inclino a creer que el buen ladrón creía hacerme una galantería. Yo la recibí como tal y se la agradecí con una mirada; él, sacando el brazo por entre los barrotes, con el gorro en la mano, me siguió saludando cuando yo me volvía para bajar la escalera.

Así que estuve en el patio tuve un consuelo: ver al mudo en el pórtico. Me vió, me conoció y quiso correr a mi encuentro. La mujer del guardián, quién sabe por qué, lo cogió del cuello y lo metió en la habitación. Sentí no poder abrazarlo; pero los saltitos que daba para venir hacia mí me conmovieron deliciosamente. ¡Es tan dulce versé amado!

Fué un día de grandes acontecimientos. Dos pasos más allá pasé junto a la ventana de la prisión que antes fué la mía, y vi a Gioja:

—¡Buenos días, Melchor!—le dije al pasar.

Levantó la cabeza y, adelantándose de un salto, gritó:

—¡Buenos días, Silvio!

¡Ah! No me fué concedido detenerme un instante. Me volví al llegar al portón, subí una escalerilla y llegué a un camaranchón aseado encima de donde estaba Gioja.

Híceme traer la cama, y, dejado solo por los carceleros, mi primer cuidado fué examinar las paredes. Estaban escritas algunas memorias, cuáles con lápiz, cuáles con carbón y otras grabadas. Encontré graciosas dos estrofas francesas, que ahora siento no haber aprendido de memoria. Las firmaba *El Duque de Normandta*. Cuando iba a cantarlas, adaptándome al aria de mi pobre Magdalena, oí una voz muy vecina que las cantaba con otra tonada. Así que acabó, le grité: «¡Bravo!» Y él me saludó gentilmente, preguntándome si yo era francés.

—No; soy italiano, y me llamo Silvio Pellico.

—¿El autor de *Francisca de Rimini*?

—El mismo.

Aquí, otro gentil saludo y la natural condolencia por verme en la cárcel.

Me preguntó en qué sitio de Italia había yo nacido.

—Soy del Piamonte—le dije—, de Saluzzo.

Otro cumplimiento gentil sobre el carácter y el ingenio de los piamonteses, con particular mención de los meritísimos saluzianos, en especial de Bodoni (1).

Estas pocas alabanzas eran finas, como suelen serlo las de las personas bien educadas.

—Séame permitido—le dije—saber quiénes usted.

(1) Juan Bautista Bodoni (de Saluzzo, 1740-1813). Fué el más célebre de los impresores de su tiempo. Muy entendido en lenguas orientales, dió a luz, entre otras obras, el *Pater Noster Poligloto*, la *Iliada*, en griego; la *Epitalamia Exoticis* y el *Manual Tipográfico*.

—Ha cantado usted una canción mía.

—¿Aquellas hermosas estrofas que están en la pared son suyas?

—Sí, señor.

—Entonces... es usted...

—El infeliz duque de Normandía.

CAPITULO XIX

El guardián pasaba bajo nuestra ventana y nos hizo callar.

«¡Infeliz duque de Normandía!—quedé pensando—. ¿No es éste el título que se daba al hijo de Luis XVI? Pero aquel pobre niño seguramente que murió. Pues bien: ¿será mi vecino uno de los desgraciados que han intentado hacerlo revivir? Algunos se han hecho pasar por Luis XVII y fueron reconocidos como impostores. ¿Qué mejor crédito ha de obtener éste?»

Si bien procuré desterrar mis dudas, una invencible incredulidad prevalecía en mí y siguió prevaleciendo. No por esto traté de mortificar al infeliz, cualquiera que fuese la fábula que me contara.

A mi pregunta sobre quién era, respondió que él era realmente Luis XVII, y dió a declamar con fuerza contra Luis XVIII, su tío y usurpador de sus derechos.

—Pero estos derechos, ¿por qué no los hicisteis valer al tiempo de la Restauración?

—Estaba entonces gravemente enfermo en Bo-

lonia. Apenas convaleciente, volé a París y me presenté a las Altas Potencias; pero lo hecho, hecho estaba; mi inicuo tío no quiso reconocermé y mi hermana se unió a él para oprimirme. Sólo el buen príncipe de Condé me acogió con los brazos abiertos, si bien su amistad nada podía. Una noche, en las calles de París, fuí asaltado por unos sicarios armados de puñales, y a duras penas me libré de sus golpes. Después de vagar algún tiempo en Normandía, volví a Italia y me encerré en Módena. Desde allí escribí incesantemente a los monarcas de Europa, particularmente al emperador Alejandro, que me contestaba con la mayor cortesía; yo no desesperaba de obtener finalmente justicia, o, si por política querían sacrificar mis derechos al trono de Francia, que al menos se me señalase una buena consignación. Fuí arrestado, llevado a los confines del ducado de Módena y entregado al Gobierno austriaco. Hace ocho meses que estoy aquí sepultado y sabe Dios cuándo saldré.

No di crédito a todo lo que me dijo. Pero que allí estaba sepulto era verdad, por lo que me inspiró viva compasión.

Le pedí que me contara en compendio su vida. Díjome al detalle todas las particularidades que yo sabía acerca de Luis XVII: cuando le entregaron al malvado zapatero Simón, cuando le indujeron a atestiguar una infame calumnia contra las costumbres de la pobre reina su madre, etc., etc. Y, finalmente, que estando en la cárcel, vino gente de noche a prenderle; en su lugar fué puesto un

niño estúpido llamado Mathurin y él fué raptado. Estaba en la calle un coche con cuatro caballos, y uno de ellos era de madera y tenía un ingenioso escondrijo en el que fué encerrado. Atravesaron felizmente el reino, y traspuestos los confines, el general (me dijo el nombre, pero no me acuerdo) que le había librado le sirvió por algún tiempo de educador y de padre, y lo mandó o condujo hasta América. Allí el joven rey sin reino pasó muchas peripecias: padeció hambre en los desiertos, fué militar, vivió honrado y feliz en la corte del rey del Brasil, fué calumniado, perseguido, obligado a huir. Regresó a Europa al terminar el imperio napoleónico, fué preso en Nápoles por Joaquín Murat (1), y cuando se vió libre y dispuesto a reclamar el trono de Francia le asaltó en Bolonia la funesta enfermedad durante la cual fué coronado Luis XVIII.

CAPITULO XX

Contaba él esta historia con un aire sorprendente de verdad. Yo, no pudiendo creerle, sin embargo, le admiraba. Le eran conocidísimos todos los hechos de la Revolución francesa; hablaba con espontánea elocuencia y refería, a cualquier propósito, anécdotas curiosísimas. Algo había de sol-

(1) Sabido es que Murat, nacido en La Bastida en 1771, fué uno de los valientes generales de Napoleón I, con cuya hermana Carolina casó en 1800. En Austerlitz tuvo el mando de la Caballería. En 1808 fué creado rey de Nápoles, y en 1815, fusilado por los esbirros del restaurado Borbón, en Pizzo.

dadesco en su dicción, pero sin faltar a la elegancia que es de práctica en la alta sociedad.

—Me permitiréis—le dije—que os trate con llaneza, que no os dé título.

—Esto es lo que deseo—respondió—. En la desgracia, he sacado al menos esta ganancia: la de reírme de toda vanidad. Le aseguro que me precio más de ser hombre que de ser rey.

Mañana y tarde hablábamos largamente, y no obstante de creerle un comediante, su alma me parecía buena, cándida, deseosa de todos los bienes morales. Muchas veces estuve a punto de decirle: «Perdonad; yo quisiera creer que sois Luis XVII, pero sinceramente os confieso que la persuasión contraria domina en mí. Tened la franqueza de renunciar a esta ficción». Y reflexionaba en una hermosa prédica que pensaba hacerle sobre la vanidad de las cosas, aun de las más inocentes. Difería hacerlo de un día para otro, esperando siempre que nuestra intimidad creciese; pero no llegó la ocasión de realizar mi intento.

Cuando reflexiono en esta falta de atrevimiento la suelo excusar como urbanidad necesaria, honrado temor de ofender, ¡qué sé yo! Pero estas excusas no me satisfacen, y no puedo disimular que estaría más satisfecho de mí si no se me hubiera ocurrido tal sermón. Fingir dar crédito a un impostor es pusilanimidad; me parece que no volveré a hacerlo.

Sí; pusilanimidad. Verdad que por mucho que se envuelva en delicados preámbulos es áspera

cosa decir a uno: «No lo creo». Se molestará; perderemos el placer de su amistad, nos colmará tal vez de injurias. Pero cualquiera pérdida es más honroso que mentir. Y acaso el desgraciado que os colme de injurias, viendo que su impostura no es creída admirará secretamente vuestra sinceridad y ella será causa de que reflexione que el retractarse es mejor camino.

Los carceleros se inclinaban a creer que fuese verdaderamente Luis XVII; habiendo visto tantas mudanzas de fortuna no desesperaban que éste llegara un día a ser rey de Francia y se acordara de sus finas atenciones. Menos favorecer su fuga, tenían con él cuantos miramientos deseaba.

Debido a esto tuve el honor de conocer al gran personaje. Era de mediana estatura, de cuarenta a cuarenta y cinco años, un tanto obeso y de fisonomía propiamente borbónica. Es verosímil que una accidental semejanza con los Borbones le había inducido a representar aquel triste papel.

CAPITULO XXI

De otro indigno respeto humano necesito acusarme. Mi vecino no era ateo, y por esto hablaba tal cual vez con sentimientos religiosos, como hombre que los estima y los profesa; pero conservaba aún muchos prejuicios irracionales contra el cristianismo, al cual consideraba menos en su verdadera esencia que en sus abusos. La superficial filo-

sofía que en Francia precedió y siguió a la Revolución le había contagiado. Le parecía que se pudiera adorar a Dios con mayor pureza que según la religión del Evangelio. Sin tener gran conocimiento de Condillac y de Tracy (1) los veneraba como eminentes pensadores, imaginándose que el último había dado el complemento de todas las posibles indagaciones metafísicas.

Yo, que había llevado más allá mis estudios filosóficos; que sentía la debilidad de la doctrina experimental; que conocía los graves errores de crítica con que el siglo de Voltaire quiso difamar el cristianismo; que había leído a Guénée (2) y otros valientes contradictores de aquella falsa crítica; yo, que estaba persuadido de no poder, en rigurosa lógica, admitir a Dios y recusar el Evangelio; yo, que hallaba muy vulgar seguir la corriente de las opiniones anticristianas, de no saberse elevar hasta conocer cuanto el catolicismo, no visto en caricatura, presenta de sencillez y sublimidad, yo tuvo la vileza de sacrificar al respeto humano. Los sofismas de mi vecino me confundían, por más que comprendía su poca solidez. Disimulé mi creencia, vacilé, reflexioné si sería o no intempestivo contradecirle, me dije que era inútil y quise persuadirme de verme justificado.

¡Vileza! ¡Vileza! ¿Qué importa el múltiple vigor

(1) Condillac publicó en 1754 el *Tratado de las Sensaciones*. Destutt de Tracy es autor de *Elementos de ideología*.

(2) El abate Guénée—1717-1803—combatió a Voltaire en las *Cartas de algunos judíos*.

de opiniones acreditadas si no tienen fundamento? Es verdad que un celo intempestivo es indiscreción y puede irritar más a quien no cree. Pero confesar con franqueza y modestia a un tiempo lo que se tiene por importante verdad, confesarlo aunque se presuma no ha de aprobarse y ha de acarrear algo de desprecio, esto es un deber. Y estas nobles confesiones pueden tener lugar siempre, sin tomar inoportunamente el carácter de misionero.

Es deber el confesar una importante verdad en todo tiempo; aunque no es de esperar que sea reconocida en el acto, sirve de preparación para las almas de otros y para que produzca algún día mayor imparcialidad de juicios y el consiguiente triunfo de la luz.

CAPITULO XXII

Estuve en aquel cuarto un mes y algunos días. En la noche del 18 al 19 de febrero—1821—me despertaron ruidos de cerrojos y de llaves; vi entrar algunos hombres con linternas. Lo primero que se me ocurrió es que venían a ponerme en el banquillo. Pero mientras yo aguardaba perplejo vi entrar gentilmente al conde B. (1), quien me dijo que tuviese la amabilidad de vestirme pronto para seguirle.

(1) El conde Bolza, comisario de policía a las órdenes del Gobierno austriaco.

Me sorprendió este anuncio y tuve la locura de suponer que iban a conducirme a los confines del Piamonte. ¿Sería posible que tan gran tempestad se resolviera así? ¿Volveré a la dulce libertad? ¿A ver a mis queridos padres y hermanos?

Tan lisonjeros pensamientos me agitaron por breves instantes. Me vestí a toda prisa y seguí a mis acompañantes, sin tiempo de poder despedirme del vecino. Me pareció haber oído su voz y sentí no poderle responder.

—¿Adónde vamos?—pregunté al conde, subiendo al coche con él y con un oficial de gendarmería.

—No puedo decírselo hasta que estemos una milla más allá de Milán.

Vi que el coche no iba hacia la puerta Vercellina y mis esperanzas se desvanecieron.

Callé. Era una hermosísima noche de luna. Miraba yo aquellas calles queridas, por las cuales había paseado durante tantos años felices, aquellas casas, aquellas iglesias. Todo me renovaba mil dulces remembranzas. ¡Oh *corso* de la Puerta Oriental! (1) ¡Oh públicos jardines por los que tantas veces había vagado con Foscolo, con Monti, con Ludovico de Brema, con Pedro Borsieri, con Porro y sus hijitos y con tantos otros felices mortales, platicando en tanta plenitud de vida y de esperanzas! ¡Oh! ¡Al decirme que os veía por última vez, al contemplar vuestro rápido desfile ante mis ojos, me daba cuenta de cuánto os amé y os

(1) La actual Puerta Magenta.

amaba aún! Así que salimos de la puerta me calé el sombrero hasta los ojos y lloré, sin ser observado.

Dejé pasar más de una milla y después dije al conde B:

—Supongo que vamos a Verona.

—Vamos más allá—contestó—; vamos a Venecia, para entregarle a una comisión especial.

Viajábamos en posta, sin pararnos, y el 20 de febrero llegamos a Venecia. En septiembre del año anterior, un mes antes que me arrestaran, había yo estado en Venecia, y había hecho una comida con numerosa y alegre compañía en la Fonda de la Luna. ¡Cosa extraña! El conde y el gendarme me condujeron a la misma fonda.

Un camarero me reconoció, extrañándose verme preso—por más que el conde, el gendarme y los dos satélites iban disfrazados—. Me alegré de este encuentro, creyendo que el tal camarero hablaría de mi llegada a más de uno.

Comimos, y luego fuí llevado al palacio del Dux, donde estaban los tribunales. Pasé bajo aquellos queridos pórticos de las Procuradurías, y frente al café Florián, donde había gozado tantas hermosas noches en el pasado otoño; no tropecé con ninguna persona conocida.

En una de las plazoletas, en el último septiembre, un mendigo me había dicho estas singulares palabras:

—Se ve que su señoría es forastero, y no comprendo por qué, como todos los forasteros, admi-

ra este sitio; para mí es un lugar de desgracia y únicamente paso por aquí por necesidad.

—Esto consistirá en que le habrá ocurrido algún contratiempo.

—Sí, señor; un horrible contratiempo, y no a mí solo. ¡Dios nos libre, señor; Dios nos librie!

Y se fué más que de prisa.

Pasando ahora por allí, era imposible que no me acordara de las palabras del mendigo. Fué también en la misma plazuela donde al año siguiente subí al piso donde oí leerme la sentencia de muerte y la conmutación de esta pera por quince años de dura prisión.

Si yo fuera fanático místico, diera gran importancia a aquel mendigo, que con tanta energía me predijo que aquel era un *lugar de desgracia*. Sólo señalo este hecho como un extraño accidente.

Salimos al palacio. El conde B. habló con los jueces, luego me entregó a los carceleros y, despidiéndose de mí, me abrazó enternecido.

CAPITULO XXIII

Seguí silencioso al carcelero. Después de atravesar algunos ánditos y salas llegamos a una escalilla que llevaba debajo de los *Plomos*, famosas prisiones de Estado desde el tiempo de la República Véneta.

El carcelero inscribió en su registro mi nombre

y me encerró en la habitación que se me tenía destinada.

Los llamados *Plomos* están en la parte superior del palacio ducal, cubierta toda de plomo.

Mi estancia tenía una gran ventana, con enorme reja, y daba al tejado, también de plomo, de la iglesia de San Marcos. Al otro lado de la iglesia veía en lontananza el término de la plaza, y por todas partes infinidad de cúpulas y campanarios. El gigantesco campanilo de San Marcos estaba solamente separado de mí por la longitud de la iglesia, y yo oía a menudo que encima hablaban fuerte. Veíase también, al lado izquierdo de la iglesia, gran parte del patio del palacio y una de las entradas. En aquella parte del patio había un pozo público, al que iba continuamente gente a sacar agua. Pero estando mi prisión tan alta, los hombres me parecían niños y no oía sus palabras sino cuando gritaban. Me encontraba, pues, más solitario que en las cárceles de Milán.

En los primeros días los cuidados del proceso criminal que me seguía la Comisión especial me entristecieron algún tanto, a lo que se añadía tal vez el penoso sentimiento de mayor soledad. Además, me veía más lejos de mi familia y no tenía noticias de ella. Las caras nuevas que estaba viendo no me eran antipáticas, pero eran de una seriedad que espantaba. La fama había exagerado la trama de los milaneses en el resto de Italia por la independencia, y todos me suponían uno de los más imperdonables autores de aquel delirio. Mi

pequeña celebridad literaria era conocida del alcaide y de su mujer, de la hija y de dos hijos varones, acaso de los dos carceleros, todos los cuales ¡quién sabe si se imaginaban que un autor de tragedias fuera una especie de mago!

Se mostraban serios, descomiados, ávidos de que yo les diera más conocimiento de mi persona.

Al cabo de pocos días se amansaron todos y los encontré buenas personas. La mujer era la que más tenía el continente y carácter de carcelero: una hembra de mirada seca, cuarentona, de palabras ásperas, sin muestras de dar la más mínima señal de benevolencia a nadie que no fueran sus hijos.

Acostumbraba traerme el café por la mañana, y después de la comida, agua, ropa limpia, etc. La acompañaba ordinariamente su hija, joven de quince años, que, sin ser hermosa, tenía mirada piadosa, y dos hijos, uno de trece años y otro de diez. Ibanse con la madre, y los tres muchachos hacían esto volviéndose siempre a mirarme al cerrar la puerta. El carcelero no venía a verme sino cuando tenía que llevarme a la sala donde se reunía la Comisión indagadora. Los vigilantes venían pocas veces, porque atendían a las prisiones de policía, situadas en un piso inferior, en las que estaban muchos ladrones. Uno de aquellos vigilantes era un viejo de más de setenta años, pero apto todavía para la fatigosa vida de andar siempre de aquí para allá, por la escalera, a las distintas prisiones. El otro era un joven de veinticuatro

o veinticinco años, más afanoso en contarme sus amoríos que de atender a su servicio.

CAPITULO XXIV

¡Ah, sí! ¡El curso de un proceso criminal es siempre horrible para un sospechoso de enemigo del Estado! ¡Qué temor de perjudicar a otros! ¡Cuánta dificultad de luchar contra tantas acusaciones, contra tantas sospechas! ¡Cuántas probabilidades de que todo se complique funestamente si el proceso no termina pronto, si se verifican nuevas detenciones, si se descubren nuevas imprudencias, no ya de personas desconocidas, sino de la misma facción!

He resuelto no hablar de política y esto me obliga a suprimir aquí cualquiera relación concerniente al proceso. Diré solamente que con frecuencia, después de un largo interrogatorio, volvía a mi prisión tan exacerbado, tan febricitante, que me habría matado, a no ser porque la voz de la religión y la memoria de mis queridos padres me contenían.

Se habían desvanecido las costumbres de tranquilidad que me parecía haber adquirido en Milán. En algunos días desesperé de recobrarla y fueron días infernales. Dejé entonces de rezar, dudé de la justicia de Dios, maldije los hombres y al universo y revolví en la mente todos los sofismas posibles sobre la vanidad de la virtud.

El hombre infeliz y encolerizado es tremendamente ingenioso en calumniar a sus semejantes y al mismo Criador. La ira es más inmoral, más malvada de lo que generalmente se piensa. No se puede rugir desde la mañana a la noche durante una semana seguida, y el alma más dominada por el furor tiene necesidad de intervalos de reposo; estos intervalos suelen resentirse de las inmoralidades que los han precedido. Parece entonces que se disfruta de paz, pero es una paz maligna, irreligiosa; una sonrisa salvaje, sin caridad, sin dignidad; un amor de desorden, de embriaguez, de escarnio.

En semejante estado, yo cantaba horas enteras con una especie de alegría desprovista de buenos sentimientos; bromeaba con todos cuantos entraban en mi cuarto; me esforzaba en considerarlo todo con una sabiduría vulgar, la sabiduría de los cínicos.

Aquel tiempo infame duró poco: seis o siete días.

Mi Biblia estaba polvorienta. Uno de los hijos del alcaide, acariciándome, dijo:

—Desde que no lee usted a aquel libraco me parece que no siente tanta melancolía.

—¿Lo crees así?—le contesté.

Tomé la Biblia, le quité, con el niño, el polvo, y abriéndola al azar tropecé con estas líneas en latín: *Y (Jesús) dijo a sus discípulos: Es imposible que no ocurran escándalos; pero ¡ay de aquel por culpa de quien sobrevengan! Mejor le sería que le pusieran en el cuello una rueda de molino y fuera arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños.*

Me impresionaron estas palabras y me avergoncé de que aquel niño se hubiera percatado del polvo que cubría el libro, de que yo no leía la Biblia y de que presumiera que me había vuelto más amable al olvidarme de Dios.

—¡Picarillo!—le dije con blando reproche, doliéndome de haberle escandalizado—. Este no es un libraco, y desde que no lo leo estoy peor. Cuando tu madre te permite estar un rato conmigo hago por desterrar mi mal humor; ¡pero si tú supieras cómo éste me domina cuando estoy solo, aun cuando me oigas cantar como un loco!

CAPITULO XXV

El muchacho había salido; yo experimentaba cierto placer por haber vuelto a tomar la Biblia, por haber confesado que me sentía peor sin ella. Me parecía haber dado satisfacción a un amigo generoso injustamente ofendido; haberme reconciliado con él.

«¡Te había abandonado, Dios mío!—grité—. ¡Me había pervertido! ¿Pude creer que la risa infame del cinismo conviniera a mi desesperada situación?»

Dije estas palabras con emoción indecible; puse la Biblia en una silla, me arrodillé en el suelo para leerla, y aquel yo que tan difícilmente lloraba, se derritió en lágrimas.

Aquellas lágrimas eran mil veces más dulces

que toda alegría bestial. ¡Sentía de nuevo a Dios! ¡Lo amaba! ¡Me arrepentía de haberle ultrajado, degradándome, y protestaba de no separarme más de El, nunca más!

¡Oh! ¡Cómo consuela y eleva el espíritu un retorno sincero a la religión!

Leí y lloré más de una hora, y me levanté lleno de confianza en que Dios fuese conmigo, que Dios me hubiera perdonado mi locura. Ahora me parecieron poca cosa mis desventuras, los tormentos del proceso y el probable cadalso. Me alegré sufrir, porque esto me daba ocasión de cumplir algún deber; porque sufriendo con ánimo resignado obedecía al Señor.

La Biblia, gracias al Cielo, yo sabía leerla. No era ya el tiempo en que la juzgaba con la mezcquina crítica de Voltaire, vilipendiando expresiones que son risibles y falsas sólo cuando por verdadera ignorancia o por malicia no se penetra su sentido. Me aparecía con claridad por qué era el código de la santidad y, por tanto, de la verdad; lo infilosófico de ofenderse por ciertas imperfecciones de su estilo; lo absurdo de imaginar que una colección de libros religiosamente venerables tuvieran un principio no auténtico, y lo innegable de la superioridad de tales escrituras sobre el Corán y la teología de los indos.

Muchos han abusado queriendo hacer de ella un código de injusticia, una sanción de sus malvadas pasiones, esto es verdad; pero seamos siempre ecuánimes: de todo se puede abusar, y ¡cuándo el

abuso de una cosa óptima puede dar motivo para que se diga que ella en sí sea malvada?

Jesucristo lo declaró: «Toda la ley, los profetas, toda esta colección de libros sagrados se reducen a amar a Dios y a los hombres.» ¿Y tales escrituras no se han adaptado a todos los siglos? ¿No han de ser siempre la palabra viva del Espíritu Santo?

Me confirmé en estas reflexiones, renové el propósito de coordinar con la religión todos mis pensamientos sobre las cosas humanas, todas mis opiniones sobre el progreso de la civilización, mi filantropía, mi amor patrio, todos los afectos de mi alma.

Aquellos pocos días pasados en el cinismo me habían contaminado mucho. Sentí los efectos en mucho tiempo y hube de fatigarme para vencerlos. Toda vez que el hombre cede a la tentación de degradar su intelecto, de mirar las obras de Dios con la lente de la burla, de cesar en el benéfico ejercicio de la plegaria, el daño que ello opera en la propia razón lo dispone fácilmente a la recaída. Durante unas semanas me vi asaltado casi a diario por fuertes pensamientos de incredulidad: volví a poner toda la potencia de mi espíritu en rechazarlos.

CAPITULO XXVI

Cuando cesaron estos combates y me pareció estar nuevamente firme en la costumbre de honrar a Dios con toda mi voluntad, gusté por algún tiem-

po una dulcísima paz. Los exámenes a los que me sometía cada dos o tres días la Comisión, por atormentadores que fueran, no me intranquilizaban por mucho tiempo. Procuraba en tan ardua situación no faltar a mis deberes de honradez y de amistad y luego me decía: «¡Haga Dios lo demás!»

Volvía a ser exacto en la práctica de prever diariamente cualquier sorpresa, emoción o desventura probables, y semejante ejercicio me reconfortaba.

En tanto, mi soledad aumentaba. Los dos hijos del alcaide, que al principio me hacían alguna compañía, iban a la escuela, y como estaban poco en casa no venían a verme. La madre y la hermana, que cuando estaban los niños se entretenían a menudo en hablar conmigo, no se presentaban mas que para traerme el café y se iban. Por la madre poco me importaba, porque no mostraba ánimo compasivo; pero la hija, si bien era algo obtusa, tenía cierta suavidad en la mirada y en las palabras, que para mí tenían valor. Cuando ésta me traía el café y decía: «Lo he hecho yo», me parecía siempre excelente. Cuando decía: «Lo hizo mamá», era agua caliente.

Viendo tan pocas personas, fijé la atención en algunas hormigas que venían a mi ventana; las alimenté espléndidamente; éstas fueron a llamar un ejército de compañeras, y la ventana se llenó de estos insectos. De parecido modo, a una grande araña que había tejido su tela en una de las paredes la alimenté con moscas y mosquitos, y se me

hizo amiga hasta el punto de venir a mi cama y a mi mano a tomar la presa en mis dedos.

¡Ojalá que sólo me hubieran visitado los insectos! Estábamos aún en la primavera y ya se multiplicaban los mosquitos, puedo decir que espantosamente. El invierno había sido de una extraordinaria buena temperatura, y tras algunos vientos en marzo, vino el calor. Es indecible cómo se caldeó el aire del cubil que yo habitaba. Situado al Mediodía, bajo un techo de plomo, y con la ventana sobre el tejado de San Marcos, del mismo metal, y cuya reverberación era tremenda, yo me sofocaba. Nunca imaginé un calor tan oprimente. A tanto suplicio se añadían los mosquitos, en tal número, que por mucho que me agitase y los aplastara me veía cubierto de ellos; la cama, la mesa, la silla, el suelo, las paredes, el techo, todo lo cubrían, y el ambiente contenía muchos más, siempre yendo y viniendo por la ventana con un zumbido infernal. Las punzadas de aquellos animales son dolorosas, y cuando se las sufre por mañana y noche y de la noche a la mañana, con la continua molestia de pensar en ahuyentarlos, se sufre realmente tanto de cuerpo como de espíritu.

Visto, pues, tamaño azote, conocí su gravedad, y no pudiendo conseguir que me mudaran de prisión, me asaltó una vaga tentación de suicidio y aun creí volverme loco. Pero, gracias al Cielo, eran locuras pasajeras y la religión seguía sosteniéndome. Ella me persuadía que el hombre debe padecer y padecer con fuerza; hacíame sentir una

cierta voluptuosidad del dolor, la complacencia de no desmayar, de vencerlo todo.

Me decía: «Cuanto más dolorosa se me haga la vida, tanto menos me aterrará que, joven como soy, me vea condenado al suplicio. Sin estos padecimientos preliminares acaso moriría cobardemente. Además, ¿tengo yo tales virtudes que merezca felicidad? ¿Dónde están aquéllas?»

Y, examinándome con justo rigor, no encontraba en ningún año de mi vida sino unos pocos actos plausibles; el resto eran pasiones locas, idolatrías, orgullosa y falsa virtud. «Pues bien—concluía diciéndome—, sufre, indigno. Si los hombres y los mosquitos te mataran con furia y sin derecho, reconócelos como instrumentos de la justicia divina y cállate.»

CAPITULO XXVII

¿Necesita el hombre de esfuerzo para humillarse sinceramente? ¿Para conocerse pecador? ¿No es verdad que, en general, disipamos la juventud en vanidad, y en vez de aunar todas las fuerzas para avanzar en la carrera del bien las acoplamos en gran parte para degradarnos? Habrá excepciones, pero confieso que éstas no atañen a mi pobre persona. Y no hay mérito alguno en que esté descontento de mí: cuando se ve a una lámpara dar más humo que luz, no se necesita gran sinceridad para decir que no arde como debiera.

Sí; sin envilecimiento, sin escrúpulos de beato,

mirándome con toda la tranquilidad posible de intelecto, yo me consideraba digno del castigo de Dios. Una voz interna me decía: «Tal castigo, si no es por esto, lo mereces por lo otro; sírvate para devolverte a Aquel que es perfecto y a quien los mortales están llamados a imitar, según lo limitado de sus fuerzas.»

¿Con qué razón, mientras yo me veía obligado a acusarme de mil infidelidades a Dios, me quejaría de que unos hombres me parecieran viles y otros inicuos y de que se me arrebatara la prosperidad mundana, ni si debía consumirme en una cárcel o morir de muerte violenta?

Me esmeré en imprimir bien en el corazón tales reflexiones, tan justas y tan sentidas; y hecho esto, yo veía que necesitaba ser consecuente y que no podía serlo de otro modo sino bendiciendo los reos juicios de Dios, amándole y extinguiendo en mí toda voluntad contraria a los suyos.

Para llegar a ser más constante en este propósito determiné recapitular con diligencia en adelante todos mis sentimientos, poniéndolos por escrito. Lo malo sería que la Comisión, permitiéndome el uso de papel y tintero, me numerara las hojas, con prohibición de destruir ninguna y reservándose el examen de las cuartillas. Para suplir al papel recurrí al inocente artificio de raspar con un pedazo de vidrio una mesa de caña que yo tenía, escribiendo encima todos los días largas meditaciones acerca de mis deberes con los hombres y míos en particular.

No exagero si digo que las horas así empleadas fueron para mí deliciosas, no obstante la dificultad de desahogo que tenía, a causa del tremendo calor y de las dolorosas picaduras de los mosquitos. A fin de disminuir el número de estos últimos me veía obligado, a pesar del calor, a envolverme bien la cabeza y las piernas y escribir no sólo con guantes, sino también atadas las muñecas, para que los mosquitos no entraran en las mangas.

Aquellas meditaciones mías tenían un carácter más bien biográfico. Hacía la historia de todo el bien y el mal que se habían formado en mí desde la infancia; discutiendo conmigo mismo, ingeniándome para solventar cualquiera duda, ordenando lo mejor que sabía mis conocimientos e ideas sobre todas las cosas.

Cuando todo el tablero quedaba escrito, lo leía y releía, meditaba lo ya meditado, y al fin me resolvía (a veces con sentimiento) a rascarlo pronto con el vidrio para que la superficie quedara apta para mis nuevos pensamientos.

Así continuaba mi historia, siempre entretejida con digresiones de toda clase, de análisis sobre este o aquel punto de metafísica, de moral, de política, de religión; y cuando todo estaba escrito, tornaba a leer y releer, y, por fin, a borrar.

No queriendo tener ningún motivo de estorbo para repetirme a mí mismo con la más libre fidelidad los hechos que recordaba y mis opiniones, y previendo la posibilidad de una visita inquisitorial, escribía en cifra, esto es, con transposiciones de

letras y abreviaturas, a las cuales estaba muy acostumbrado. No recibí ninguna de aquellas visitas, y a ninguno se le ocurrió que yo pasara tan bien mi tristísimo tiempo. Cuando oía al alcaide abrir la puerta, cubría la mesa con una toalla y ponía encima el tintero y el pliego *legal* de papel.

CAPITULO XXVIII

A este cuaderno le había consagrado también algunas horas, y a veces un día entero o una noche. En él escribía cosas de literatura. Compuse entonces *Ester de Engaddi*, *Iginia de Asti* y las canciones tituladas *Tancreda*, *Rosilda*, *Eligio y Valafrido*, *Adello* y otros esbozos de tragedia y de otras producciones, como el de un poema sobre *La Liga lombarda* y otro sobre *Cristóbal Colón*.

Como la obtención de que se me renovara el cuaderno, cuando lo terminaba, no era siempre cosa fácil y pronta, yo hacía el plan de cada composición en la superficie de la mesa o en papeles viejos de los que servían para envolver higos secos u otras frutas que me hacía traer.

En ocasiones, dando mi comida a algún carcelero o haciéndole creer que yo no tenía apetito, le inducía a regalarme un pliego de papel. Esto ocurría sólo en contados casos, cuando la mesa estaba llena de escritura y aun no me resolvía a rascarla. Entonces padecía hambre; y si bien el alcaide tenía en depósito dinero mío, no le pedía en todo

el día de comer, en parte para que no sospechase que yo había dado la comida y en parte porque el vigilante no dijera que había mentido cuando yo le decía que no tenía apetito. De noche me bastaba un café muy cargado, suplicando que lo hiciera la señora Zanza (Angiolina). Esta era la hija del alcaide, la cual, cuando podía hacerlo a espaldas de su madre, lo hacía extraordinariamente fuerte; tanto, que a causa de la vacuidad del estómago me ocasionaba convulsiones, no dolorosas, que me tenían desvelado toda la noche.

En este estado de suave embriaguez sentía aumentarse las fuerzas intelectuales, y poetizaba y filosofaba y rezaba hasta el amanecer con maravilloso placer. De vez en cuando me asaltaba un repentino sopor; entonces me tendía en el lecho y, a pesar de los mosquitos, que a su placer me picaban por envuelto que estuviera, dormía profundamente una o dos horas.

Muchas de estas noches, agitado por el café cargado tomado con el estómago vacío, y pasadas las dulces exaltaciones, me parecían tan benéficas que procuraba repetir las. Por esto, aun sin necesitar papel del vigilante, tomaba el partido de no probar bocado, para obtener después el deseado encanto de la mágica bebida. Dichoso cuando conseguía mi propósito. Más de una vez me sucedió que el café no estaba hecho por la compasiva Zanza y era un brebaje ineficaz. Entonces la burla me ponía un poco de mal humor. En lugar de sentirme electrizado, languidecía, bostezaba, sen-

tía hambre, me echaba en la cama y no podía dormir.

Cuando me quejaba a Zanza, ésta me compadecía. Cierta día que la reñí ásperamente, casi diciéndole que me había engañado, la pobrecita lloró y me dijo:

—Señor, yo no he engañado nunca a nadie y todos me toman por engañadora.

—¿Todos? De modo que no soy el único que toma rabetas por esta bebendurria.

—No quiero decir esto, señor. ¡Ah si usted supiera! ¡Si pudiera vaciar mi pobre corazón en el suyo!

—Pero no llores así. ¿Qué te pasa? Pídate perdón si te reñí sin motivo. Creo muy bien que no es culpa tuya que el café haya estado tan mal hecho.

—¡No lloro por esto, señor!

Mi amor propio quedó un tanto mortificado, pero me sonreí.

—¿Lloras, pues, no por mi reprimenda, sino por otra cosa?

—Ciertamente que sí.

—¿Quién te llamó, pues, engañadora?

—Un amante.

Y se ruborizó. Con su ingenua confianza me contó un idilio cómico serio que me conmovió.

CAPÍTULO XXIX

Desde aquel día llegué a ser, no sé por qué, el confidente de la muchacha, la cual siguió espontaneándose conmigo.

Me decía:

—Señor, es usted tan bueno, que le miro como a un padre.

—Hácesme muy poco favor—le contesté, rechazando su mano—. ¿Apenas tengo treinta y dos años y ya me miras como a un padre?

—Bueno, señor; pues como un hermano.

Y me tomaba por fuerza la mano, acariciándola con afecto. Todo esto de una manera inocentísima.

Y yo me decía: «¡Gracias que no es una hermosura! ¡De otro modo, esta inocente familiaridad podría desconcertarme!»

Otras veces me decía: «Por fortuna, no está madura. Muchachas de esta edad no hay peligro que me enamoren.»

Otras veces me asaltaba cierta inquietud, pareciéndome que yo me engañaba juzgándola feúcha, y me veía obligado a convenir que los contornos y las formas no eran irregulares.

«Si no fuese tan pálida —me decía—y no tuviera algunas ojeras, podría pasar por hermosa.»

Lo cierto es que no es posible no encontrar algún atractivo en la presencia, en las miradas, en el habla de una jovencita vivaz y afectuosa. Además, yo no había hecho nada por cautivar su benevolen-

cia y le era querido como padre o como hermano, a elección mía. ¿Por qué? ¡Porque ella había leído *Francesca de Rimini* y el *Eufemio* y mis versos la hacían llorar tanto...! Y luego, porque yo estaba preso *sin haber*, decía ella, *robado ni asesinado*.

En suma, yo, que me había aficionado a Magdalena sin verla, ¿cómo podía ser indiferente a la fraternal ternura, a las graciosas adulaciones, al óptimo café de la

Veneclanita adolescente esbirra?

Sería un impostor si atribuyera a sabiduría el no estar enamorado. No, no me enamoré únicamente porque ella tenía un amante, por el cual estaba loca. ¡Ay de mí si hubiera sido de otro modo!

Pero si el sentimiento que me inspiró no fué lo que se llama amor, confieso que le iba muy a los alcances. Yo deseaba que ella fuera feliz, que lograra casarse con el que le gustaba; no sentía los más mínimos celos ni la más pequeña idea de que pudiese hacerme el objeto de su amor. Pero cuando oía abrir la puerta me latía el corazón, esperando que fuera Zanza, y si no era ella, no estaba contento, y si era, el corazón me palpitaba con más fuerza, alegrándose.

Sus padres, que ya tenían buen concepto de mí y sabían que ella estaba perdidamente enamorada de otro, no tenían inconveniente en dejarla venir casi siempre a traerme el café de la mañana, y a veces el de la noche.

Tenía ella una sencillez y una amabilidad encantadoras. Me decía:

—Estoy tan enamorada de otro, y, sin embargo, ¡estoy tan bien con usted! Cuando no veo a mi amante, me aburro en todas partes menos aquí.

—¿Sabes por qué?

—No lo sé.

—Te lo diré yo: porque te dejo hablar de tu amante.

—Será así; pero me parece que será también porque le quiero a usted tanto, tanto...

¡Pobre muchacha! Tenía aquel bendito vicio de tomarme siempre la mano y apretármela, y no comprendía que esto me placía y me turbaba al mismo tiempo.

Sean dadas gracias al Cielo porque puedo hacer mención de aquella buena criatura sin el menor remordimiento.

CAPITULO XXX

Esta relación sería ciertamente más interesante si Zanza se hubiera enamorado de mí o si yo, al menos, lo hubiera pretendido. Pero aquella cualidad de sencilla benevolencia que nos unía me era más grata que el amor. Y si en cualquier momento yo temía que pudiera mudar su naturaleza en mi corazón, entonces me entristecía seriamente.

Una vez, en la duda de que yo estuviera a punto de sucumbir, desolado de encontrarla, no sé por

qué encanto, cien veces más hermosa de lo que me había parecido al principio, sorprendido de la melancolía que me invadía lejos de ella y de la alegría que me inspiraba el verla, dime a hacer el taciturno, pensando que ella disminuiría algún tanto su familiaridad conmigo. De poco me sirvió el ardid: ¡era tan compasiva Zanza! Apoyaba el codo en la ventana y permanecía mirándome en silencio. Luego me decía:

—Señor, parece estar disgustado de mi compañía; sin embargo, si yo pudiera, estaría aquí todo el día, porque veo que necesita usted distraerse. Su mal humor es efecto natural de la soledad. Pruebe a conversar un poco y se le irá el mal humor. Y si usted no quiere hablar, hablaré yo.

—De tu amante, ¿eh?

—¡Ah!, no; no siempre ha de ser de él; sé también hablar de otras cosas.

Y acto seguido empezaba a contarme sus cuitas domésticas: la severidad de su madre, la condescendencia del padre, las chiquillerías de los hermanos; y todo lo que decía era con sencillez y gracia. Pero, sin darse cuenta, volvía siempre al tema favorito, su amor desgraciado.

Yo seguía callado, esperando que ella se molcs-tara con esto; pero, fuera por inadvertencia o por arte, nunca se daba por entendida y era forzoso que acabara yo por serenarme, sonreír, conmoverme y darle las gracias por su dulce paciencia conmigo.

Abandoné el ingrato pensamiento de quererla

desagradar, y poco a poco se calmaron mis temores. Realmente yo no estaba enamorado. Examiné por largo rato mis escrúpulos, escribí mis reflexiones a este propósito y me plugo el resultado.

El hombre suele asustarse por nada; para no temer muchas cosas, lo mejor es considerarlas con atención y afrontarlas.

¿Qué culpa había en que yo deseara su visita con tierna inquietud, si gozaba con ser compadecido de ella y con retribuirle compasión por compasión, ya que nuestros pensamientos relativos al uno y al otro eran puros como los más puros pensamientos de la infancia, ya que sus mismos apretones de mano y sus más amorosas miradas, si bien me turbaban, me llenaban de saludable respeto?

Una tarde, sospechando que en mi corazón sentía alguna pena grave, la infeliz me echó los brazos al cuello y me llenó el rostro con sus lágrimas. En este desahogo no había la menor torpe idea: una hija no abrazaría a su padre con más respeto.

Pero después de esto mi imaginación se turbaba. Aquel abrazo me volvía a la memoria y ya no podía pensar en otra cosa.

Otra vez que se abandonó a parecido transporte de filial confianza, yo me apresuré a desprenderme de sus brazos sin ceñirla, sin besarla, diciéndole balbuciente:

—Zanza, te ruego que no me abrases nunca. Esto no está bien.

Me miró de hito en hito, bajó luego los ojos y se ruborizó. Seguramente que fué la primera vez que

pensé en la posibilidad de alguna debilidad mía con respecto a ella.

No por esto dejó de ser tan familiar conmigo, pero su familiaridad fué más respetuosa, más conforme a mi deseo, y se lo agradecí.

CAPITULO XXXI

No puedo hablar del mal que aflige a otros hombres; pero en el que me tocó en suerte, por duro que fuera, necesito confesar que, bien examinado, lo hallé siempre emparejado con alguna alegría. Sí: ¡hasta aquel horrible calor que me oprimía y aquellas nubes de mosquitos que me hacían guerra tan feroz! Mil veces lo he reflexionado. Sin un estado de continuo tormento como era aquel, ¿habría yo tenido la constante vigilancia necesaria para conservarme invulnerable a los dardos de un amor que me amenazaba? ¿Qué difícil hubiera sido un amor respetuoso con un natural tan alegre y acariciador como el de aquella muchacha! Si yo llegué a temblar por mí en semejante estado, ¿cómo habría podido gobernar la vanidad de mi fantasía en un ambiente más placentero y propicio a la alegría?

No obstante la imprudencia de los padres de Zanza, que tanto se fiaban de mí; no obstante la imprudencia de ella, que no preveía el ser ocasión de una culpable embriaguez por mi parte; no obstante la poca seguridad de mi virtud, no hay duda

que el sofocante calor de aquel horno y los crueles mosquitos eran cosas saludables.

Este pensamiento me reconciliaba algún tanto con aquellas plagas. Porque yo me preguntaba: «¿Preferirías estar en libertad o verte en una habitación fresca y no ver más a esta afectuosa criatura?»

¡Debo decir la verdad!: me faltaba valor para contestar categóricamente a esto.

Cuando se quiere bien a una persona, es indedible el placer que causan las cosas más baladíes en apariencia. A menudo, una palabra de Zanza, una sonrisa, una lágrima, una gracia de su dialecto veneciano, la agilidad de su brazo en ahuyentar con su pañuelo o con el abanico los mosquitos que a mí y a ella nos perseguían, me infundían en el ánimo una alegría infantil que duraba todo el día. Especialmente me agradaba que sus penas se mitigaran contándomelas, que mi compasión le fuera estimable, que la persuadieran mis consejos y que su corazón se inflamara cuando hablábamos de la virtud y de Dios.

—Cuando hemos hablado juntos de religión —me decía—, rezo con mejor gana y con más fe.

A veces, interrumpiendo un razonamiento frívolo, echaba mano a la Biblia, la abría, besaba un versículo y quería que se lo tradujera y comentara, diciéndome: «Quisiera que cada vez que vuelva usted a leer este pasaje se acordara que yo imprimí un beso en él.»

A decir verdad, no siempre sus besos caían a

propósito, sobre todo cuando se trataba de *El cantar de los cantares*. Entonces, para no hacerla ruborizar, me aprovechaba de su ignorancia del latín y me valía de frases con las cuales, salva la santidad del libro, salvara la inocencia de ella, cualidades ambas que me inspiraban gran veneración. En tales casos no me permití nunca reír. Era un no pequeño embrollo para mí cuando, no entendiendo ella algunas veces mis seudoversiones, me pedía que le tradujera el período palabra por palabra y no me dejaba pasar fugitivamente a otro tema.

CAPITULO XXXII

¡Nada hay duradero aquí abajo! Zanza cayó enferma. En los primeros días de su enfermedad venía a verme, quejándose de fuertes dolores de cabeza. Lloraba y no me explicaba el motivo de su llanto. Únicamente balbuceaba algún lamento contra el amante. «¡Es un malvado—decía—, pero Dios lo perdone!»

Por mucho que yo la rogara espontanease, como acostumbraba, su corazón, no pude saber la causa de su pesar.

—Volveré mañana—me dijo una tarde.

Pero al siguiente día el café me lo trajo su madre; en los otros días, los vigilantes, porque Zanza estaba gravemente enferma.

Los carceleros me decían ambigüedades sobre el amor de la joven, haciéndome erizar el cabello.

¿Una seducción? Acaso eran calumnias. Confieso que les di crédito, y me consternó tanta desventura. Esperaba, sin embargo, que se equivocaran.

Después de un mes de enfermedad, la pobrecita fué llevada al campo y no la volví a ver.

¡Es indecible lo que sentí esta pérdida! ¡Qué horrenda se me volvió la soledad! ¡Cien veces más amarga que su apartamiento era para mí la idea de que aquella criatura fuera infeliz! ¡Haberme consolado tanto en mi miseria con su dulce compasión y ser estéril para ella la mía! ¡Seguramente que estaría persuadida que yo la lloraba, que yo habría hecho no pequeños sacrificios para sanarla, si posible fuera; que yo no cesaría nunca de bendecirla y hacer votos por su felicidad!

En el tiempo de las visitas de Zanza, éstas, si bien cortas, rompiendo amablemente la monotonía de mi perpetuo meditar y estudiar en silencio con la mudanza de ideas, excitándome a algún afecto suave, embellecían realmente mi desgracia y me doblaban la vida.

Después volvió a ser la prisión una tumba para mí. En muchos días me vi oprimido de tristeza hasta el punto de ni siquiera encontrar placer en escribir; pero de una tristeza tranquila, en comparación de la anterior por mí experimentada. ¿Quería esto decir que estaba más hecho al infortunio? ¿Más filósofo? ¿Más cristiano? ¿O bien que el sofocante calor de mi prisión había postrado las fuerzas de mi dolor? ¡Ah! Las fuerzas del dolor, no. Recuerdo que lo sentía poderosamente en el fondo

del alma y acaso con más fuerza, porque no tenía ganas de desahogarlo gritando y agitándome.

Ciertamente, el largo infortunio me había hecho más capaz de sufrir nuevas aflicciones, resignándome a la voluntad de Dios. Con tanta frecuencia repetía ser *una vileza el quejarse*, que conseguí reprimir las imprecaciones al punto de lanzarlas y me avergonzaba de haberme visto expuesto a proferirlas.

El ejercicio de escribir mis meditaciones había contribuido a reconfortar mi ánimo, a desengañarme de la vanidad, a reducir mucha parte de mis razonamientos a estas conclusiones:

«Hay un Dios, y, por consiguiente, infalible justicia; igualmente todo lo que sucede es ordenado con buen fin. Así, pues, el padecer el hombre en la tierra es para el bien del hombre.»

Asimismo, el trato con Zanza me había sido beneficioso, me había endulzado el carácter. Su dulce aplauso había me impulsado a no apostatar en algunos meses del deber que me parecía tener el hombre de ser superior a la fortuna y además paciente. Y algunos meses de constancia me llevaron a la resignación.

Zanza me vió únicamente dos veces encolerizado. Una fué la ya dicha por el mal café; la otra, por el caso siguiente:

Cada dos o tres semanas, el alcaide me traía una carta de mi familia, carta que pasaba primero por manos de la Comisión y era rigurosamente mutilada con negros borrones de la censura. Sucedió un

día que en vez de tachar algunas frases borraron todo lo escrito excepto las palabras «Querido Silvio», que iban al principio, y el saludo final: «Te abrazamos todos de corazón.»

Tomé tal ira, que en presencia de Zanza prorrumpí en alaridos y maldije no sé a quién. La pobre muchacha me compadeció, pero al mismo tiempo me tachó de contradicción en mis principios. Vi que tenía razón, y no volví a maldecir a nadie.

CAPITULO XXXIII

Un día uno de los carceleros entró en mi prisión con aire misterioso y me dijo:

—Cuando venía la señora Zanza, como ella le traía a usted el café y se encerraba tanto tiempo aquí para hablar, temía yo que la picarilla explorase todos los secretos de usted.

—No me exploró ninguno—le contesté airado—, y aunque los tuviera no sería tan mentecato para dejarme sonsacar. ¿Qué más?

—Perdone; no digo que sea mentecato, pero es que yo no me fiaba de la señora Zanza. Ahora, señor, que no hay otro que venga a hacerle compañía, le haré confianza...

—¿Qué? Explicaos de una vez.

—Júreme primero no traicionarme.

—Puedo jurarlo porque jamás traicioné a ninguno.

—¿De modo que jura usted?

—Sí, juro no hacerle traición. Pero tened entendido, pedazo de animal, que el que es capaz de traicionar lo es también de violar un juramento.

Sacó entonces del bolsillo una carta y me la entregó temblando y excitándose a destruirla después de leerla.

—Tranquilizaos—le dije—: apenas leída, la destruiré en presencia vuestra.

—Es que necesitaría que la contestara, y yo no puedo esperar. Haga como le parezca, pero pongámonos de acuerdo: cuando oiga usted venir a alguno, para que comprenda que soy yo, cantaré siempre el aria *Soñé que era un gato...* Así no será usted sorprendido y puede guardar la carta en el bolsillo. Pero si no oye esta cantilena, será señal que no soy yo, o que vengo acompañado. En tal caso no se fíe de tener la carta escondida en el bolsillo, porque podrían registrarle. Caso de tener alguna, rómpala en seguida y tírela por la ventana.

—Muy bien; veo que sois precavido, y yo lo soy también.

—Sin embargo, usted me ha llamado animal...

—Hacéis bien en reprochármelo—le dije estrechándole la mano—. Perdonadme.

Fuése y leí:

«Soy (aquí el nombre) uno de vuestros admiradores; sé de memoria toda vuestra *Francesca de Rimini*. Me arrestaron (aquí decía el motivo de su arresto y la fecha), y daría no sé cuántas libras de mi sangre por tener la dicha de estar con usted,

de tener, a lo menos, mi prisión al lado de la suya, para que pudiéramos hablar juntos. Desde que supé por Tremerrallo—así llamaremos al confidente—que estaba usted preso y el motivo, ardo en deseo de decirle a usted que nadie le compadece más que yo ni nadie le ama más que yo. ¿Será usted tan bueno que acepte esta proposición: la de que aligeremos ambos el peso de nuestra soledad carteándonos? Le prometo, como hombre de honor, que ninguno lo sabrá nunca, en la persuasión de que yo puedo esperar lo mismo de usted. Mientras, para que tenga algún conocimiento de mí, le daré un compendio de mi historia», etc.

Seguía el compendio.

CAPITULO XXXIV

El lector que tenga alguna imaginación comprenderá fácilmente lo eléctrico del efecto de semejante mensaje para un pobre prisionero, sobre todo para un preso de índole en ningún modo selvática y de corazón amante. Mi primer sentimiento fué amistar me con el incógnito, conmoverme de sus desventuras, sentir gratitud por la benevolencia que me demostraba.

—Sí—exclamé—, acepto tu proposición, hombre generoso. Puedan mis cartas darte igual alivio que me darán las tuyas y ya me ha dado la primera.

Leí y robí la carta con júbilo de niño y bendije cien veces a quien la había escrito, pareciéndome

por sus expresiones que revelaba un alma espontánea y noble.

Se ponía el sol: era la hora de mi plegaria. ¡Cómo sentía a Dios! ¡Cómo le daba las gracias de encontrar siempre manera de no dejar languidecer las potencias de mi mente y de mi corazón! ¡De qué modo se reavivaba la memoria de todos sus preciosos dones!

Estaba apoyado en el ventanuco, con los brazos entre los barrotes y las manos en cruz. La iglesia de San Marcos estaba debajo de mí; una multitud prodigiosa de palomas sueltas se arrullaban, volaban, anidaban en aquel techo de plomo; un cielo magnífico lo cubría todo. Yo dominaba toda la parte de Venecia que era visible desde mi prisión; un lejano rumor de voces humanas me hería suavemente en el oído. En aquel sitio de dolor, pero azombroso, yo conversaba con Aquel cuyos solos ojos me veían; le encomendaba a mi padre, a mi madre y una a una todas las personas queridas, pareciéndome que El me respondía:

—¿Te satisface mi bondad?

Y yo exclamaba:

—Sí. Tu bondad me satisface.

Concluía mi oración enternecido, confortado, y cuidándome poco de las picaduras que en tanto me daban alegremente los mosquitos.

Aquella noche, después de tanta exaltación, empezando a calmarse la fantasía y empezando a hacerse insoportables los mosquitos, la necesidad de envolverme cara y manos hizose sentir, y un

pensamiento vulgar y maligno me entró de rondón en la cabeza, y, aunque quise ahuyentarlo, no pude conseguirlo.

Tremerallo había insinuado una infame sospecha acerca de Zanza: que ésta fuera una exploradora de mis secretos. ¡Ella! ¡Aquella alma cándida, que nada sabía de política, que nada quería saber de ésta?

Me era imposible dudar de ella; pero me pregunté: «¿Tengo la misma seguridad respecto a Tremerallo? ¿Y si fuera instrumento de indagaciones fraudulentas? ¿Si la carta aquella fuera compuesta por alguien para inducirme a hacer importantes confidencias al nuevo amigo? Acaso el supuesto preso que me escribe no existe, y si existe sea un pérfido que trata de sonsacar secretos para salvarse revelándolos; acaso sea un caballero, sí, pero el pérfido es Tremerallo, que quiere perder a los dos para ganar un apéndice a su salario.»

Fea cosa, pero muy natural en quien gime en una cárcel, temer enemistad y dolo por todas partes.

Tales dudas me angustiaban, me deprimían. No; me era imposible dudar por un momento de Zanza. Desde que Tremerallo había insinuado a aquella sospecha sobre ella, dudaba yo a medias, no de Zanza, sino de aquellos que la dejaban venir a verme. ¿Lo hacían por propio celo, o por voluntad superior, con el encargo de exploradores? ¡Oh! Si así fué, estuvieron mal servidos.

Pero ¿qué hacer con la carta del desconocido? ¿Aferrarse a los mezquinos consejos del miedo que

se llama prudencia? ¿Devolver la carta a Tremerrallo y decirle: «No quiero comprometer mi sosiego?» ¿Y si no hubiera engaño y el incógnito fuera un hombre dignísimo de mi amistad, dignísimo de que yo arriesgase algo para templar la angustia de la soledad? «¡Vil! ¿Estás quizá a dos pasos de la muerte, la terrible sentencia puede pronunciarse de un día a otro, y rehusarás hacer un acto de amor? Debo responder. Pero si, por desgracia, viniera a descubrirse este carteo y ninguno pudiera en conciencia echarse la culpa, ¿no es verdad también que un fiero castigo caería sobre el pobre Tremerrallo?» Tal consideración no fué bastante para imponerme como deber absoluto el no emprender un carteo clandestino.

CAPITULO XXXV

Estuve agitado toda la tarde, no pude dormir por la noche, y, entre tanta incertidumbre, no sabía qué resolver.

Salté del lecho antes de alborear, me asomé a la ventana y recé. En los casos arduos conviene consultar confiadamente con Dios, oír sus inspiraciones y atenerse a ellas.

Hecho esto, y tras larga plegaria, ahuyenté los mosquitos, me acaricié con las manos las ronchas de las picaduras y tomó mi determinación: exponer a Tremerrallo mi temor de que el carteo le pu-

diera ser perjudicial; renunciar a él si vacilaba; aceptar si no se amedrentaba.

Paseó hasta que oí canturrear *Soñé que yo era un gato y tú me acariciabas*; Tremerrallo me traía el café.

Le dije mi escrúpulo y no escatimé palabras para infundirle miedo. Le hallé firme en la voluntad de servir, según él, *a dos caballeros tan cumplidos*. Esto estaba en bastante oposición con la cara de conejo que tenía y con el apodo de Tremerrallo que le dábamos.

Yo también me mantuve firme.

—Te daré mi vino—le dije—; proporcióname el papel necesario para esta correspondencia, y ten por seguro que si oigo sonar las llaves sin vuestra cantilena destruiré en un instante cualquier escrito clandestino.

—Ahí va un pliego de papel; le daré siempre los que necesite y descanso tranquilo en su previsión.

Me quemé el paladar por tomar a prisa el café. Tremerrallo fué y me puse a escribir.

¿Hacía bien? La resolución que yo tomaba ¿estaba verdaderamente inspirada por Dios? ¿No sería más bien un triunfo de mi natural ardimiento, de mi propensión a anteponer lo que me agrada a los sacrificios penosos? ¿Una mezcla de orgullosa complacencia por la estimación que el incógnito me demostraba y el temor de pasar por pusilánime si prefería un prudente silencio a una correspondencia un tanto peligrosa?

¿Cómo resolver estas dudas? Se las expuse cán-

didamente al concautivo al contestarle, añadiendo ser mi opinión que cuando a uno le parece obrar con buenos motivos y sin manifiesta repugnancia de la conciencia no hay que temer la culpa. Le hacía también reflexiones con toda seriedad sobre el asunto que emprendíamos, y que me dijera con qué grado de tranquilidad o de inquietud se determinaba a ello. Que si, por nuevas reflexiones, juzgaba él el asunto demasiado temerario, hiciéramos el esfuerzo de renunciar al carteo y nos contentáramos con el común ejercicio del cambio de pocas, pero indeleblos palabras de amistad.

Escribí cuatro páginas vehementísimas de sincero afecto, toqué brevemente el motivo de mi prisión, hablé con efusión cordial de mi familia y de algunos amigos y procuré dar a conocer el fondo de mi alma.

Esta carta fué llevada por la tarde. Como no había dormido en la noche anterior, estaba muy cansado; el sueño no fué reacio, y me desperté a la mañana siguiente restaurado, ágil, palpitante con el dulce pensamiento de tener en seguida la respuesta del amigo.

CAPITULO XXXVI

La respuesta vino con el café. Salté al cuello de Tremerallo, diciéndole con ternura:

—¡Dios te pague tanta caridad!

Mis sospechas acerca de él y el incógnito des-

aparecieron, no sabré decir por qué: porque me eran odiosas, porque teniendo la cautela de no hablar nunca locamente de política, me parecían inútiles; porque mientras soy admirador del ingenio de Tremerallo, tengo todavía poquísima fe en la pauta de callar y ver las cosas por el lado negro.

Juliano (así se firmaba mi corresponsal) empezaba su carta con un preámbulo de galantería y se mostraba sin inquietud acerca del carteo. Aquí se chanceaba, primero moderadamente, de mi vacilación; luego, la burla se hacía algo punzante. Al final, tras un elocuente elogio sobre la sinceridad, me pedía perdón si no podía ocultarme el disgusto que había experimentado viendo en mí *cierto escrupuloso titubeo, cierta cristiana sutileza de conciencia, incompatible con la verdadera filosofía.*

«Le agradeceré siempre—añadía—que nos pongamos de acuerdo sobre esto; pero la sinceridad que profeso me obliga a decirles que no tengo religión, que lo aborrezco todo, que tomo *por modestia* el nombre de Juliano, porque aquel buen emperador era enemigo de los cristianos, aunque realmente yo voy más allá que él. El Juliano coronado creía en Dios y tenía cierta gazmoñería. Yo no tengo ninguna, no creo en Dios, cifro toda la virtud en amar la verdad y quien la busca y odia a quien no me agrada.»

Y por este estilo, no omitía razones y embestía a diestro y siniestro contra el cristianismo; alababa con pomposa energía la alteza de la virtud irreligiosa, y con estilo entre serio y burlón hacía el

elogio del emperador Juliano por su apostasía y por la *filantrópica tentativa* de arrancar del mundo toda huella del Evangelio.

Y temiendo chocar demasiado con mis opiniones, volvía a pedirme perdón y a declamar contra la frecuente falta de sinceridad. Repetía su gran deseo de mantener relaciones conmigo, y me saludaba.

Una posdata decía: «No tengo más escrúpulos sino el no ser bastante franco. No puedo ocultaros el sospechar que sea una ficción el lenguaje cristiano que usáis conmigo. Lo deseo ardientemente, y en tal caso quitaos la máscara; yo os doy el ejemplo.»

No acierto a decir el efecto que me causó esta carta. Yo palpitaba como un enamorado en los primeros períodos; una mano de hielo parecía que me oprimía el corazón después. Aquel sarcasmo por lo que el incógnito estimaba falta de franqueza mía me ofendía. Me arrepentí de haber entablado correspondencia con un hombre así. ¡Yo que desprecio tanto el cinismo! ¡Yo que lo creo la más infilosófica, la más villana de todas las tendencias! ¡Yo a quien la arrogancia impone tan poca cosa!

Leída la última palabra, cogí la carta entre el pulgar y el índice de una mano y el pulgar y el índice de la otra, y levantando la mano izquierda tiré rápidamente con la derecha, de modo que cada una de las manos quedara en posesión de media carta.

CAPITULO XXXVII

Guardé los dos pedazos y medité un instante sobre la inconstancia de las cosas humanas y la falsedad de sus apariencias. ¡Poco antes tanto deseo por esta carta y ahora la rompía desdeñosamente! ¡Poco antes gran presentimiento de futura amistad con aquel compañero de desgracia, tanta persuasión de mutuo consuelo, tanta disposición a mostrarme afectuosísimo con él, y ahora le llamo insolente!

Puse los dos pedazos uno encima del otro, y colocando de nuevo como antes el índice y el pulgar de una mano y el índice y el pulgar de la otra, volví a alzar la izquierda y a tirar más rápidamente con la derecha.

Iba a repetir la misma operación, pero uno de los pedazos se me cayó de la mano; me incliné para recogerlo, y en el breve espacio de tiempo para doblarme y enderezarme cambié de propósito y quise volver a leer aquel soberbio escrito.

Me siento, arreglo los cuatro pedazos sobre la Biblia y los releo. Lo dejo en este estado, paseo, vuelvo a leer y, entre tanto, pienso:

«Si no le contesto, juzgará que estoy aniquilado por la confusión, que no me atrevo a comparecer ante tantos Hércules. Contestémosle, hagámosle ver que no tememos la confrontación de las doctrinas. Demostremosle de buena manera que no es vileza el madurar consejos, titubear cuando

se trata de una resolución un tanto peligrosa y más peligrosa para otros que para nosotros. Aprende que el verdadero valor no está en reírse de la conciencia ni que la verdadera dignidad está en el orgullo. Expliquémosle la racionalidad del cristianismo y la insubsistencia de la incredulidad. Y, finalmente, si Juliano aun así se manifiesta de opiniones tan opuestas a las mías, si no me escasea punzantes sarcasmos y se complace en disgustarme, ¿no es prueba, al menos, de que no es un espía? ¿Pero no podría ser un refinamiento de arte este rudo fustigar mi amor propio? No; no puedo creerlo. Soy un malicioso que porque me siento ofendido por temerarias burlas quisiera persuadirme de que quien me burló no puede ser sino el más abyecto de los hombres. ¡Malignidad vulgar será, que condené mil veces en otros por el camino de mi corazón! No; Juliano es lo que es y nada más: un insolente y no un espía. ¿Y tengo yo realmente el derecho de dar el odioso nombre de *insolencia* a lo que él reputa *sinceridad*? ¡He aquí tu humildad, oh hipócrita! Basta que uno, por error de mente, sostenga opiniones falsas y se burle de tu fe, para que en seguida le vilipendies. ¡Sabe Dios si esta humildad rabiosa y este celo maligno en mi pecho cristiano será peor que la audaz sinceridad de aquel incrédulo! ¡Acaso no le falta sino un rayo de la gracia para que su enérgico amor de verdad se cambie en religión más sólida que la mía! ¿No haré mejor en orar por él que en envanecerme de ser mejor? ¿Quién sabe si mientras yo rompía fu-

rioso su carta él leía con dulce amabilidad la mía y si confiaba en mi bondad hasta el punto de creermelo incapaz de ofenderme por palabras molestas? ¿Quién sería el más inicuo de los dos, el que ama y dice: «No soy cristiano», o el que dice: «Soy cristiano» y no ama? Es cosa difícil conocer a un hombre después de haber convivido con él muchos años ¿y querré yo juzgar a éste por una carta? Entre tantas posibilidades, ¿no hay aquella de que, sin confesárselo a sí mismo, no está tan convencido de su ateísmo y me azuza para combatirle con la secreta esperanza de tener que ceder? ¡Oh si fuera así! ¡Oh gran Dios, en cuya mano todos los instrumentos más indignos pueden ser eficaces, trabajemos, trabajemos en esta empresa! ¡Díctame tales potentes y santas razones que convenzan a aquel infeliz! ¡Que lo traigan a bendecirte y a aprender que lejos de Ti no hay virtud que no sea contradicción!

CAPITULO XXXVIII

Rompí más menudamente, pero sin resto de enojo, los cuatro pedazos de la carta, me acerqué a la ventana, saqué la mano y me detuve a mirar la suerte que corrían los pedacitos de papel echados al viento. Algunos quedaron en los plomos de la iglesia, otros revolotearon mucho tiempo en el aire y cayeron en el suelo. Iban tan dispersos, que no había peligro de que alguien los recogiera y comprendiera el misterio.

Luego escribí a Juhano, poniendo especial cuidado en no ser y en no aparecer despechado.

Me chanceé del temor suyo de que yo llevara la sutileza de conciencia a un grado no compatible con la filosofía, y decía que suspendiese, por lo menos, sus juicios respecto a este particular. Alabé la profesión que él hacía de sinceridad; le aseguraba que hubiera hecho lo mismo que él en este particular, añadiendo que para darle una prueba me disponía a defender el cristianismo, «bien persuadido que así como estaré siempre dispuesto a oír todas vuestras opiniones, tendréis la liberalidad de oír en paz las mías».

Me proponía hacer aquella defensa poco a poco, y en tanto, la empezaba analizando con fidelidad la esencia del cristianismo; culto a Dios, despojado de supersticiones; fraternidad humana, aspiración perpetua a la virtud, humildad sin bajeza, dignidad sin orgullo; tipo, un Hombre-Dios. ¿Qué más filosófico y más grande?

Entendía después demostrar cómo tanta sabiduría era más o menos débilmente traspasada a todos aquellos que con las luces de la razón habían buscado la verdad, pero que no se había difundido universalmente hasta que, venido el Divino Maestro al mundo, dió señal estupenda de sí operando con medios humanamente más débiles aquella difusión. Lo que eminentes filósofos no pudieron nunca, el abatimiento de la idolatría y la predicación general de la fraternidad, lo lograron unos pocos rudos mensajeros. Así se hizo la emancipa-

ción de los esclavos más frecuente, hasta que, finalmente, aparece una civilización sin esclavos, estado social que parecía imposible a los antiguos filósofos.

Una reseña de la Historia, desde Jesucristo hasta acá, debía, por último, demostrar que la religión por El establecida se había adaptado siempre a todos los grados posibles de civilización: de donde la falsedad de que, continuando el progreso civilizador, el Evangelio no sea compatible con él.

Escribí en letra menuda y largo y tendido, pero me faltó papel para desarrollar mi tesis. Leí y volví a leer mi introducción y me pareció bien. No había una sola frase de resentimiento por los sarcasmos de Juliano y abundaban las expresiones de benevolencia, como dictadas por un corazón enteramente inclinado a la tolerancia.

Envié la carta, y a la mañana siguiente esperé con ansiedad la respuesta.

Vino Tremerallo y me dijo:

—El otro señor no ha podido escribir, pero le ruega que continúe usted la burla.

—¿Burla?—exclamé—. Habréis entendido mal, tomando una palabra por otra.

Tremerallo se encogió de hombros:

—Habré entendido mal.

—¿Pero estáis seguro que dijo *burla*?

—Tan seguro como oigo en este momento las campanadas de San Marcos. (Sonaba en este momento el reloj.)

Bebí el café y me callé.

—Pero, decidme, ¿había leído aquel señor toda mi carta?

—Me figuro que sí, porque reía y reía como un loco y hacía con el papel una pelota, y cuando le dije que no se olvidara de destruirla la inutilizó en seguida.

—Muy bien.

Y devolví a Tremerallo la taza, preguntándole si sabía que el café lo hubiera hecho la señora Bettina.

—¿Lo ha encontrado malo?

—Pésimo.

—Pues lo he hecho yo, y le aseguro que lo puse bien cargado.

—Tendré mal gusto de boca.

CAPITULO XXXIX

Me paseé toda la mañana frenético. «¿Qué clase de hombre será este Juliano? ¿Por qué tildará de burla mi carta? ¿Por qué reírse y jugar a la pelota con ella? ¿Por qué no responderme tan siquiera una línea? Todos los incrédulos son así. Sienten la debilidad de sus opiniones, y si alguno se apresura a refutarlos, no le oyen, se ríen, ostentan una superioridad de ingenio que desdeña la necesidad de examinar nada. ¡Desgraciados! ¿Desde cuándo hubo filosofía sin examen, sin seriedad? Si es verdad que Demócrito rió siempre, fué un bufón. Pero bien se me está: ¿a qué emprender tal corres-

pondencia? Era perdonable que me forjara ilusiones; pero al ver que se insolentaba fui un necio en seguir escribiéndole.»

Resolví no escribirle. En la comida, Tremerallo tomó mi vino, lo echó en un frasco y, metiéndolo en el cesto, dijo:

—Ahora me acuerdo que tengo que darle una carta—. Y me la entregó.

Fuése, y mirando yo aquel papel blanco, sentí la tentación de escribir por última vez a Juliano, despidiéndole con una buena lección sobre la torpeza de la insolencia.

—¡Bonita tentación — me dije después — devolverle desprecio por desprecio! ¡Hacerle odiar más al cristianismo mostrándole en mí, un cristiano, impaciencia y orgullo! No; esto no puede ser; cortemos esta correspondencia. Pero si la corto tan en seco, ¿no dirá él, a su vez, que me vencieron la impaciencia y el orgullo? Conviene, pues, seguir escribiéndole y sin hiel. Pero si puedo escribirle sin hiel, ¿no sería mejor no darme por entendido de sus risotadas y de la burla que ha hecho de mi carta? ¿No sería mejor continuar bucnamente mi apología del cristianismo?

Medité un poco, y al fin me atuve a esto último.

Por la tarde envié mi pliego, y a la mañana siguiente recibí algunas líneas de agradecimiento muy frías, pero sin expresiones mordaces y tampoco sin la menor señal de aprobación ni de invitación a proseguir.

El tal billete me desagradó. No por esto desistí de mi propósito.

Mi tesis no podía tratarse brevemente; fué trabajo de seis o siete cartas extensas, cada una de las cuales era contestada con unas lacónicas gracias, acompañadas de alguna declamación extraña al tema, ora imprecando a sus enemigos, ora riéndose de haberlos imprecado y diciendo ser cosa natural que los fuertes opriman a los débiles, sintiendo no ser fuerte, ora haciéndome confianza de sus amoríos y el imperio que éstos ejercían en su atormentada imaginación.

Sin embargo, a mi última carta sobre el cristianismo me decía que estaba pergeñando una larga respuesta. Esperé más de una semana, y entre tanto me escribía de cualquier cosa, generalmente obscenidades.

Le rogué que se acordara de la respuesta que me debía, recomendándole aplicara su ingenio en pensar verdaderamente todas las razones que yo le había expuesto.

Me respondió rabiosamente, prodigándose los atributos de *filósofo*, de *hombre firme*, de *hombre que no tenía necesidad de pesar tanto las cosas para comprender que las luciérnagas no eran linternas*. Y volvió a hablar alegremente de aventuras escandalosas.

CAPITULO XL

Yo mostraba paciencia para no pasar por santurrón o intolerante y porque no desesperaba que a aquella fiebre de erótica bufonería sucediera un período de seriedad. Mientras, le iba manifestando mi desaprobación por su irreverencia con las mujeres, por su manera profana de hacer el amor, y compadecía a las infelices que él me decía eran sus víctimas.

Fingía él creer poco en mis desaprobaciones y repetía: *Aunque los tildáis de inmorales, tengo por seguro que os divierten mis cuentos; todos los hombres aman el placer como yo, pero no tienen la franqueza de hablar sin ambages; os diré tantos que os encantaré y os veréis obligado en conciencia a aplaudirme.*

Pero de semana en semana él no desistía nunca de estas infamias y yo, esperando encontrar siempre nuevo tema en cada carta y dejándome atraer por la curiosidad, lo leía todo, quedando mi alma, no ya seducida, sino conturbada y alejada de pensamientos nobles y santos. Hablar con hombres degradados degrada, si no se tiene una virtud mayor que la ordinaria, mucho mayor que la mía.

«¡Te ves castigado—me decía a mí mismo—por tu presunción! ¡He aquí lo que se gana en querer hacer el misionero sin la santidad de éste!»

Un día me resolví a escribirle estas palabras:

«Hasta ahora me esforcé en invitaros a otros

asuntos, y siempre me enviáis cartas que me desagradan. Si os place que tratemos de cosas más dignas, continuaremos la correspondencia; en caso contrario, démonos la mano y cada uno quede como antes.»

En dos días no tuve contestación, y al principio me alegré.

—¡Oh bendita soledad!—exclamaba—. ¡Cuán menos amarga eres que una conversación falta de concordia y villana! En vez de molestarme leyendo impudencias, en vez de cansarme en vano en oponer a tales expresiones los anhelos que honran a la Humanidad, volveré a conversar con Dios, con la cara memoria de mi familia y de mis verdaderos amigos. Volveré a leer, sobre todo, la Biblia, a escribir mis pensamientos en la mesa, estudiando el fondo de mi corazón y procurando mejorarlo; a gustar la dulcedumbre de una melancolía inocente, mil veces preferible a las imágenes livianas e inicuas.

Cuantas veces entraba Tremerallo en mi prisión, me decía:

—No traigo contestación.

—Está bien—le respondía.

Al tercer día me dijo:

—El señor N. N. está medio enfermo.

—¿Qué tiene?

—No lo dice, pero siempre está en la cama; no come, no bebe, y está de mal humor.

Me conmoví, pensando si sufriría y no tenía quien le consolara. Me escapó de los labios, o más bien del corazón: «Le escribiré dos líneas.»

—Las llevaré esta tarde—dijo Tremerallo.

Y se fué.

Yo estaba algo perplejo al ponerme a escribir.

«¿Hago bien en seguir el carteo? ¿No bendecía antes la soledad como un tesoro riquísimo? ¿Qué inconstancia, es pues, la tuya? Sin embargo, aquel infeliz no come, no bebe; seguramente está enfermo. ¿Es éste el momento de abandonarle? Mi último billete era áspero; ¿habrá contribuido a afligirle? Quizá, a despecho de nuestros distintos modos de sentir, él no habría roto nuestra amistad. Mi billete le habrá parecido más maligno de lo que era; lo habrá tomado por un definitivo, despreciador despido.»

CAPITULO XLI

Escribí esto:

«Lamento que no estéis bueno. Quisiera de corazón estar a vuestro lado para prestaros los oficios de amigo. Confío que vuestra falta de salud haya sido el único motivo de vuestro silencio en tres días. ¿Os habéis quizá ofendido de mi billete del otro día? Os aseguro que lo escribí sin la menor malicia, con el único fin de traeros a más serios raciocinios. Si el escribir os hace daño, enviadme noticias de vuestra salud; yo os escribiré todos los días algo para distraeros y para que comprendáis que os quiero bien.»

Nunca hubiera esperado la contestación que me dió:

Empezaba así:

«Reniego de tu amistad; si no sabes qué hacer de la mía, yo tampoco sé qué hacer de la tuya. No soy hombre que perdona ofensas; no soy hombre que despedido una vez vuelva. Porque sabes que estoy enfermo, te diriges hipócritamente a mí, esperando que la enfermedad debilite mi espíritu y me incline a escuchar tus sermones.»

Y continuaba de este modo, vituperándome con violencia, burlándose, poniendo en caricatura cuanto yo le dijera sobre religión y moral, protestando vivir y morir siempre el mismo, esto es, con el odio más grande y con el mayor desprecio contra todas las filosofías contrarias a la suya.

Me quedé pasmado.

«Vaya unas conversiones que haces!—me dije con pena y horrorizándome—. Dios me es testigo de la pureza de mis intenciones. No; no he merecido estas injurias. Pero, paciencia; será un desengaño más. ¡Quién sabe si se imagina ofendido porque no quiera perdonarle! Pero no estoy obligado a más de lo que he hecho.»

Todavía, después de algunos días, se mitigó mi desdén pensando que una carta frenética podía haber sido fruto de una exaltación poco duradera. «Quizá él ya se avergüenza—decía yo—, pero está demasiado agitado para confesar su culpa. ¿No sería obra generosa que le escribiera, pasado algún tiempo, en que se calmara?»

Me costaba mucho hacer tal sacrificio de mi amor propio, pero lo hice. El que se humilla sin

bajos fines no se degrada por injusto que sea el desprecio que le venga.

En contestación recibí una carta menos violenta, pero no menos insultante. El implacable me decía que admiraba mi evangélica moderación.

«Anudemos nuestra correspondencia—decía—, pero hablemos claro. Seguiremos escribiéndonos para entretenernos mutuamente, poniendo en el papel libremente cuanto se nos ocurra: vos, vuestras imaginaciones seráficas, y yo, mis herejías; vos, vuestros éxtasis sobre la dignidad del hombre y de la mujer; yo, el ingenuo relato de mis profanaciones; esperando yo convertiros a vos y vos convertirme a mí. Respondedme si os cumple este pacto.»

Contesté: «Vuestra proposición no es un pacto, sino una burla. La conciencia no me obliga a más que a deseáros toda felicidad en esta y en la otra vida.»

Así terminó mi clandestina relación con aquel hombre, quizá más exasperado por la desventura y delirante por desesperación que malvado.

CAPITULO XLII

Bendije otra vez de veras la soledad, y transcurrieron mis días por algún tiempo sin sobresaltos.

Finía el verano, y en la última mitad de septiembre disminuía el calor. Llegó octubre y yo me alegraba de tener una habitación que en invierno

debía ser buena. Mas he aquí que una mañana me dice el alcaide que hay orden de mudar de cárcel.

—¿Cuál es la otra?

—A pocos pasos; en una habitación más fresca.

—¿Cómo no se acordaron de esto cuando me moría de calor y el aire estaba infestado de mosquitos y la cama de chinches?

—La orden no ha venido antes.

—Paciencia; vamos.

Si bien había padecido en aquella cárcel, me dolió dejarla, no solamente porque en la estación fría debía estarse bien en ella, sino por otros motivos. Tenía algunas hormigas a las que quería y alimentaba con solicitud diría que casi paternal, si no fuera ridícula la expresión. Hacía pocos días que la querida araña había emigrado, no sé por qué, y yo me decía: «¿Quién sabe si se acordará de mí y volverá? Y ahora que me voy volverá y encontrará la cárcel vacía o la habitará otro huésped, tal vez enemigo suyo, que rasgará la hermosa tela y aplastará al animalillo. Además, que tan triste prisión estaba embellecida para mí por la piedad de Zanza. En aquella ventana se apoyaba a menudo dejando caer generosamente restos de *buzzolai* (1) para mis amigas; allí acostumbraba a sentarse para que le hiciera tal o cual relación; allá se doblaba sobre mi mesita y rompía a llorar.

El lugar a donde me llevaron estaba debajo de los Plomos, pero a la parte de tramontana y po-

(1) Paucillos tiernos, populares en Venecia.

niente, con dos ventanas en los dos extremos; sitio de perpetuos enfriamientos y de horribles heladas en los meses fríos.

La ventana al poniente era grandísima; la que daba a tramontana, pequeña y alta y encima de mi cama.

Me asomé a la primera y vi que daba al palacio del patriarca. Otras prisiones estaban cerca de la mía, en un ala de poca extensión, a la derecha, y en un saliente del edificio que estaba debajo. En él había dos cárceles, una encima de la otra. La inferior tenía un ventanal enorme, por el cual veía yo pasear un hombre señorialmente vestido. Era el señor Caporali de Cesena (1), el cual al verme me hizo señas y nos dijimos los nombres.

Quise ver en seguida a dónde daba la otra ventana. Puse la mesita sobre la cama y sobre la mesa una silla, subí encima y vi estar al nivel de una parte del techo del palacio. Más allá del palacio aparecía un gran trozo de la ciudad y de la laguna.

Me detuve a mirar aquella hermosa vista, y aunque oí abrir la puerta no me moví. Era el guardián, el cual, al verme allí subido, pensó si yo podría pasar como un brujo por aquellas barras, creyó que intentaba huir, y en el rápido instante de su turbación saltó a mi cama, a pesar de una ciática que le afligía, y me cogió de las piernas, chillando como un águila:

(1) Pietro Caporali, desterrado de los Estados Pontificios como carbonario en 1821. Procesado por el Gobierno austriaco, se refugió en Perusa, donde fué preso por los esbirros del Papa y condenado a prisión perpetua. Vuelto loco, fué perdonado en 1828.

—¿No veis—le dije—, desmemoriado, que es imposible huir a causa de estos barrotes? ¿No comprendéis que estoy aquí por curiosidad?

—Veo, señor, comprendo; pero le sorprendí aquí arriba y esto es tentación de escapar.

Me vi obligado a bajar y reírme.

CAPITULO XLIII

Comprendí que en las ventanas de las prisiones laterales había otros detenidos por cosas políticas.

Véase por dónde, cuando yo me disponía a una soledad mayor que la pasada, me encuentro en una especie de mundo. Al principio me incomodó, sea porque la larga costumbre de vivir aislado me hubiera hecho un tanto insociable, o sea porque el desagradable éxito de mis relaciones con Juliano me volvió desconfiado.

No obstante, la poca conversación que intentamos emprender, parte a gritos y parte con señales, llegó a ser pronto un beneficio, si no como estímulo a la alegría, al menos como distracción. De mis relaciones con Juliano no di conocimiento a nadie. Ambos nos habíamos dado palabra de honor de que el secreto quedaría entre nosotros. Si alguien hubiera sorprendido aquellas cartas le hubiera sido imposible adivinar que, entre tantos presos, el autor era Juliano.

A los nuevos conocimientos de concautivos se añadió otro que me fué muy placentero.

Desde la ventana grande veía, además de la serie de prisiones que tenía enfrente, una extensión de techos adornados de chimeneas, campanarios y cúpulas, que se perdían en la perspectiva del mar y del cielo. En la casa más vecina a mi prisión estaba un ala del palacio patriarcal, en la que habitaba una familia que despertó mi agradecimiento porque con sus saludos demostraban la compasión que yo les inspiraba. Un saludo, una palabra afectuosa a los infelices es una gran caridad.

Desde una ventana empezó por saludarme con las manos un niño de nueve a diez años, al que oí gritar:

—Mamá, mamá, hay un preso en los Plomos. Pobre preso, ¿quién eres?

—Soy Silvio Pellico—contesté.

Otro niño, de más edad, corrió a la ventana y gritó, a su vez:

—¿Eres tú Silvio Pellico?

—Sí; ¿y vosotros, queridos niños?

—Yo me llamo Antonio S..., y mi hermano, José.

Luego se volvía hacia dentro y decía: «¿Qué más debo preguntarle?»

Y una mujer, que supongo fuera su madre, que estaba medio escondida, apuntaba palabras amables a los queridos niños, quienes las repetían, y yo se las agradecía con la más viva ternura.

Aquellas conversaciones eran pocas, pues no convenía abusar para que no protestara el carcelero, pero se repetían a diario, con gran consuelo de mi parte, por mañana, mediodía y tarde. Al

encender las luces, la mujer cerraba la ventana y los niños gritaban: «¡Buenas noches, Silvio!», y ella repetía en voz alta y conmovida: «¡Buenas noches, Silvio! ¡Valor!»

Cuando los niños comían o merendaban, me decían: «¡Si pudiéramos darte de nuestro café y leche!... ¡Si pudiéramos darte *buzzolai*!... El día que estés libre, acuérdate de venir a vernos. ¡Te convidaremos con *buzzolai* calientes y con muchos besos!»

CAPITULO XLIV

El mes de octubre era el más triste de mis efemérides. Había sido arrestado el 13 de este mes del año anterior. Tristes recuerdos se añadían para mí en el mismo mes. Dos años antes, en octubre, se había ahogado en el Tesino un hombre de mérito, por mí muy honrado. Tres años antes, en octubre, se había matado involuntariamente con una escopeta Odoardo Briche, jovencito al que yo quería como a un hijo. En mi primera juventud, también en octubre, otra grave aflicción me había asaltado.

Si bien no soy supersticioso, el encontrarme en un mes de recuerdos tan tristes me ponía melancólico.

Hablando en la ventana con los niños y con mis compañeros de cárcel me fingía alegre; pero apenas dentro de mi antro un peso indecible de dolor me oprimía el alma.

Tomaba la pluma para componer algunos versos.

o atender a otra labor literaria, y una fuerza irresistible parecía constreñirme a divagar y escribir otras cosas. ¡Qué? Largas cartas que no podía hacer circular; cartas extensas a mi querida familia, en las que vaciaba todo mi corazón. Las escribía en la mesita y luego las rascaba. Eran cálidas expresiones de ternura y recuerdos de la felicidad que había gozado al lado de mis padres, hermanos y hermanas, tan indulgentes y tan cariñosos. El deseo que sentía de verme con ellos me inspiraba infinitas cosas apasionadas. Tras haber escrito horas y horas, me quedaban otros sentimientos que expresar.

Era esto, bajo otra forma, una repetición de mi biografía e ilusionarme volviendo a recordar el pasado; un obligarme a volver los ojos al tiempo feliz que ya no era. ¡Dios mío! ¡Cuántas veces, después de haber representado en animadísimo cuadro un rasgo de mi más hermosa vida; después de haber embriagado la fantasía hasta el punto de parecerme que hablaba con las personas a quien me dirigía, me acordaba repentinamente del presente, se me caía la pluma de la mano y me horrorizaba!

¡Qué momentos tan espantosos! Otras veces los había probado, pero nunca con las convulsiones de ahora.

Yo atribuía estas convulsiones, estas terribles angustias, a la demasiada excitación de los afectos, a causa de la forma epistolar que daba a aquellos escritos y el dirigirlos a personas tan queridas.

Quise cambiar de rumbo y no pude; quise abandonar, al menos, la forma epistolar y no podía. Con la pluma en la mano, dispuesto a escribir, lo que me resultaba era siempre una carta impregnada de ternura y de dolor.

«¿No soy libre de mi albedrío?—me preguntaba—. Esta necesidad de hacer lo que no quisiera hacer, ¿será un extravío de mi cerebro? Antes no me sucedía esto. Hubiera sido explicable en los primeros tiempos de mi arresto; pero ahora que estoy hecho a la vida de preso, ahora que la fantasía debiera estar calmada del todo, ahora que estoy tan nutrido de reflexiones filosóficas y religiosas, ¿por qué me he vuelto esclavo de los ciegos deseos del corazón y fluctúo de esta manera? Busquemos otro camino.»

Procuraba entonces rezar o enfrascarme en el estudio de la lengua alemana. ¡Vano esfuerzo! Volvía al tema de las cartas.

CAPITULO XLV

Un estado así era una verdadera enfermedad, o, si me es permitido decirlo, una especie de sonambulismo. Era, sin duda, el efecto de un gran relajamiento, operado por el pensar y el velar.

Fué más allá. Mis noches se volvieron constantemente insomnes y casi siempre febriles. Por más que me privé de café por la noche, el insomnio era el mismo.

Me parecía que en mí había dos hombres, uno que quería siempre escribir cartas y otro que quería hacer otra cosa. «Pues bien—me decía—, transijamos, escribe cartas, pero escríbelas en alemán; así aprenderás la lengua.»

A no tardar, escribía todo en mal alemán, y de este modo hice, por lo menos, algún progreso en este estudio.

Por la mañana, después de larga velada, el cerebro, cansado, caía en sopor. Soñaba entonces, o más bien deliraba, en ver a mi padre, a mi madre y a mis hermanos desesperarse por mi suerte. Oía sus míseros gemidos, y al punto me despertaba sollozando y despavorido.

A veces, en aquellos breves sueños, me parecía oír a mi madre consolar a los otros, entrando juntos en mi cárcel, dictándome santas palabras de resignación, y cuando más me animaban su valor y el de los otros, ella prorrumpía de improviso en lágrimas y todos lloraban. Nadie podrá decir qué destrozos hacía esto en mi alma.

Para librarme de tanta miseria probé a no acostarme. Tenía encendida luz toda la noche y me sentaba a la mesa a leer o escribir. Pero ¿qué? En el momento que leía, la cabeza era incapaz de coordinar ideas y no entendía nada. Copiaba entonces algo, pero lo copiaba con la mente puesta en cosas distintas de las que copiaba, pensando en mis aflicciones.

Si me acostaba, era peor. Ninguna posición me era tolerable; me revolvía, convulso, y tenía que

levantarme. O bien, si me dormía, desesperantes sueños me hacían más daño que el velar.

Mis plegarias eran áridas, y, sin embargo, las repetía a menudo, no con largas recitaciones orales, sino invocando a Dios. ¡Dios, unido al hombre, víctima de humanos dolores!

En aquellas horribles noches mi imaginación se exaltaba de tal manera que me parecía, aunque despierto, oír gemidos en mi prisión o bien risas estrepitosas. Después de mi infancia nunca fui crédulo tocante a duendes y fantasmas; pero aquellas risas y aquellos gemidos me aterrorizaban y no sabía cómo explicarlos, viéndome obligado a dudar si era ludibrio de incógnita potencia maligna.

Muchas veces tomé, tembloroso, la luz y miré si había debajo de la cama alguno que me hacía burla. Más veces aún me asaltó la duda de que me habían cambiado de prisión porque en ésta hubiera alguna puerta falsa o alguna secreta abertura en las paredes, por las que mis esbirros espiaban lo que yo hacía y se divertían cruelmente en asustarme.

Sentado a la mesa, parecíame que alguien me tiraba de la ropa o daba un tirón del libro, el cual caía al suelo, o bien que una persona detrás de mí me soplaba la luz para apagarla. Entonces yo saltaba del asiento, miraba alrededor, paseaba con desconfianza y me preguntaba si estaba loco o cuerdo. No discernía sobre lo que veía y sentía, fuera realidad o ilusión, y exclamaba con angustia:

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

CAPITULO XLVI

Una vez que iba a acostarme, muy cerca del amanecer, me pareció tener la seguridad de haber puesto el pañuelo debajo de la almohada. Al cabo de un rato de letargo me levanté de repente, pareciéndome que me estrangulaban. Sentí que me ceñían el cuello. ¡Cosa extraña!: lo tenía ceñido con mi pañuelo, fuertemente y con muchos nudos. Yo hubiera jurado no haber tocado el pañuelo ni haber hecho ningún nudo, a menos que hubiese obrado soñando o delirando, de lo que no me acordaba. Pero no podía creerlo, y desde entonces tuve el temor todas las noches de ser estrangulado.

Comprendo lo ridículas que parecerán tales fantasías; pero a mí, que las probé, me hacían tanto mal que todavía me estremecen.

Desaparecían por la mañana, y en tanto duraba la luz del día sentía el ánimo tan libre de estos terrores que me parecía imposible volverlos a sufrir. Pero al ponerse el Sol yo empezaba a desvariar, y cada noche reproducía las extravagancias de la precedente.

Cuanto mayor era mi falta de valor en las tinieblas, tanto mayores eran mis esfuerzos durante el día para mostrarme alegre en las charlas con los compañeros, con los dos niños del palacio del patriarca y con mis carceleros. Ninguno, al verme chancearme como lo hacía, hubiera imaginado la mísera enfermedad que yo padecía. Esperaba vi-

gorizarme con estos esfuerzos, pero de nada serían. Aquellas visiones nocturnas, a las que de día llamaba quimeras, por la noche volvían a ser para mí realidades espantosas.

De haberme atrevido, hubiera suplicado a la Comisión que me cambiara de lugar; pero no me resolví, temeroso de dar que reír.

Siendo vanos todos los raciocinios, todos los propósitos, todos los estudios, todas las plegarias, la horrible idea de ser totalmente y por siempre abandonado de Dios se apoderó de mí.

Todos aquellos malignos sofismas contra la Providencia, que en estado de razón, pocas semanas antes, me parecían tan necios, vinieron a girar en mi cabeza bestialmente y me parecieron atendibles. Luché contra esta tentación bastantes días; después me entregué a ella.

Desconocí la bondad de la religión; dije como había oído decir a los rabiosos ateos y como Juliano escribía: «La religión sirve únicamente para debilitar la mente.» Me arrogué el creer que renunciando a Dios se reforzaba la mente. ¡Loca confianza! Yo negaba a Dios y no sabía negar los invisibles maléficos entes que parecían circundarme y alimentarse de mis dolores.

¿De qué modo calificar aquel martirio? ¿Basta decir que era una enfermedad? ¿O era al mismo tiempo un castigo divino para abatir mi orgullo y hacerme conocer que sin una luz particular yo podía ser un incrédulo como Juliano y más insensato que él?

Como quiera que fuese, Dios me libró de tanto mal cuando menos lo esperaba.

Una mañana, tomado el café, me asaltaron vómitos violentos y cólicos. Pensé si me habría envenenado. Tras la fatiga de los vómitos estaba sudoroso y guardé cama. Al mediodía me adormecí y dormí plácidamente hasta la noche.

Me desperté; sorprendido de tanta quietud y pareciéndome que no tenía sueño, me levanté. «Estando levantado—me dije—seré más fuerte contra los terrores nocturnos.»

Pero los terrores no volvieron. Me regocijé, y lleno de reconocimiento, volviendo a sentir a Dios, me arrodillé para adorarle y pedirle perdón de haberle negado tantos días. Aquella efusión de alegría exaltó mis fuerzas, y así arrodillado como estaba, apoyado en una silla, me asaltó el sueño y me dormí en tal posición.

Al cabo de una o más horas, no lo recuerdo, medio me incorporé, pero apenas con tiempo de echarme vestido en la cama, y volví a dormir hasta la aurora. Estuve soñoliento todo el día; la noche vino pronto y dormí otra vez. ¿Qué crisis se había operado en mí? Lo ignoro, pero estaba curado.

CAPITULO XLVII

Cesaron las náuseas que padecía desde mucho tiempo mi estómago, cesaron los dolores de cabeza, y me asaltó un apetito extraordinario. Dige-

ría excelentemente y mis fuerzas aumentaban. ¡Admirable Providencia! Me había quitado las fuerzas para humillarme; ahora me las devolvía porque se acercaba la época de la sentencia y quería que yo no sucumbiera a este anuncio.

El 24 de septiembre, uno de nuestros compañeros, el doctor Foresti, fué sacado de las cárceles de los Plomos y transportado no se sabe dónde. El guardián, la mujer y los carceleros estaban aterrados; ninguno de ellos quería aclararme este misterio.

—¿Qué quiere usted saber—me decía Tremerallo—, cuando no hay nada bueno que decir? Bastante he dicho; he dicho bastante.

—¿De qué sirve callar?—le grité, volviendo a la carga—. Comprendo; ¡ha sido condenado a muerte!

—¿Quién?... El... ¿El doctor Foresti?

Tremerallo vacilaba; pero las ganas de hablar no eran la mayor de sus virtudes.

—No diga luego que soy charlatán; yo no quería hablar de este asunto. Conste que es usted el que me obliga.

—Sí, te obligo. ¡Ea! Dímelo todo. ¿Qué es del pobre Foresti?

—¡Ah señor! Le hicieron pasar el Puente de los Suspiros (1) y está en las cárceles criminales. Han sentenciado a muerte a él y a dos más.

—¡Desgraciados! ¿Y quiénes son los otros dos?

(1) Así se llama el puente que une las prisiones del crimen con el palacio del Dux, pasado el cual quedaban pocas horas de vida al condenado.

—No sé más, no sé más. La sentencia no se ha publicado aún. Se dice en Venecia que habrá conmutación de la pena. ¡Quiera Dios que no ejecuten a ninguno! ¡Ojalá que, si a lo menos no se salvan todos, se salve usted!... ¡Le he cobrado tanto cariño..., perdone la libertad..., como si fuese un hermano mío!

Y se fué, conmovido. El lector puede imaginarse en qué agitación estuve todo aquel día y en la noche siguiente y en los demás días, en los que no tuve más noticias.

Duró la incertidumbre un mes; por fin se publicaron las sentencias relativas al primer proceso. Culpaban a muchas personas, nueve de las cuales eran condenadas a muerte, conmutándoseles la pena por presidio, unos por veinte años, otros por quince (y en este caso debían sufrirla en la fortaleza de Spielberg, cerca de la ciudad de Brünn, en Moldavia) y otros por diez años, y a éstos se los destinaba al castillo de Lubiana.

La conmutación de la pena a todos los del primer proceso, ¿sería anuncio de que se libraría también de la muerte a los del segundo? ¿O bien el indulto era para los primeros, ya que fueron arrestados antes de la notificación contra las sociedades secretas, y todo el rigor caería sobre los del segundo proceso?

«La solución de la duda no puede tardar mucho—me dije—. Sean dadas gracias al Cielo porque me da tiempo de prevenir la muerte y prepararme.»

Mi único pensamiento era morir cristianamente y con el debido ánimo. Tuve la tentación de sustraerme del patíbulo por el suicidio, pero me contuve. ¿Qué mérito hay en no dejarse matar por el verdugo y convertirse en verdugo de sí mismo? ¿Para salvar el honor? ¿No es infantil suponer que sea más honroso burlar al verdugo, para que no intervenga, cuando es forzoso morir? Aunque yo no fuera cristiano, el suicidio, reflexionándolo bien, me hubiera parecido un placer loco, una inutilidad.

«Si el término de mi vida se ha dictado—me decía—, fortuna es para mí que sea de modo que me dé tiempo para recogerme y purificar mi conciencia con deseos y arrepentimientos dignos de un hombre. Juzgando a lo vulgar, el subir al cadalso es la peor de las muertes; juzgando a lo sabio, ¿no es mejor muerte que la que viene por enfermedad, con grande debilidad del intelecto, que no deja lugar a que el alma se limpie de pensamientos bajos?»

La justeza de tal razonamiento penetró con tanta fuerza en mi espíritu, que el horror de la muerte y de aquella clase de muerte se amortiguaba enteramente en mí. Medité acerca de los sacramentos que debían vigorizarme en el solemne paso, y me pareció que estaba en aptitud de recibirlos con la debida eficacia. Aquella elevación

de ánimo que yo creía tener, aquella paz, aquel indulgente afecto hacia aquellos que me odiaban, aquella alegría de poder sacrificar mi vida a la voluntad de Dios, ¿las habría tenido si fuera llevado al suplicio?

¡Ah! El hombre está lleno de contradicciones, y cuando parece ser más gallardo y más santo, puede caer en un instante en debilidad y en culpa. Si entonces hubiera muerto dignamente, únicamente Dios lo sabe. No me jacto de poder afirmarlo.

Era tanto lo que la verosímil vecindad de la muerte abrumaba mi imaginación, que el morir me parecía no sólo posible, si que también significado por infalibles presentimientos. Ninguna esperanza de evitar este destino penetraba en mi corazón, y a cada ruido de pasos y de llaves, a cada abrirse una puerta, yo me decía: «¡Valor! Tal vez vengan a llevarme para oír la sentencia. Oigámosla con digna tranquilidad y bendigamos al Señor.»

Medité en lo que debía escribir por última vez a mi familia, en particular a mis padres y a cada uno de mis hermanos, y revolviendo en la mente aquellas expresiones de afectos tan profundos y sagrados, me enternecía con gran dulcedumbre; lloraba, y aquel llanto enflaquecía mi resignada voluntad.

¿Cómo no habían de volver los insomnios? ¡Pero qué diferentes de los de antes! No oía ni gemidos ni risas en la cárcel; no me alucinaban espíritus ni hombres escondidos. La noche era para mí más

deliciosa que el día, porque me concentraba más en la oración. A eso de las cuatro solía acostarme, y dormía plácidamente cerca de dos horas.

Una noche me había acostado más temprano de lo acostumbrado, y dormido apenas un cuarto de hora, cuando al despertar me apareció una inmensa luz en la pared frontera a mí. Temí hubiera recaído en los delirios pasados; pero lo que ahora veía no era una ilusión. Aquella luz venía del ventanal del Norte, bajo el cual estaba yo acostado.

Salto al suelo, tomo la mesita, la pongo sobre la cama, añado una silla, subo y veo uno de los más hermosos y terribles espectáculos del fuego que podía imaginar.

Era un gran incendio a un tiro de fusil de nuestras cárceles. Se había cebado en la casa donde estaban los hornos públicos y la consumió.

La noche era obscurísima y sólo se veían vastos globos de llamas y humo, agitados por el viento. Volaban chispas de todas partes, y parecía que el cielo las llovía. La laguna vecina reflejaba el incendio. Multitud de góndolas iban y venían. Yo me imaginaba el espanto y el peligro de los habitantes de la casa incendiada y de los de las vecinas y los compadecía. Oía voces lejanas de hombres y mujeres, llamándose: «¡Tognina! ¡Momolo! ¡Beppo! ¡Zanza!» ¡Sonó también a mi oído el nombre de Zanza! Las hay a millares en Venecia, pero yo temía pudiera ser aquella cuyo recuerdo me era grato. ¿Sería la misma, rodeada por las llamas? ¡Ah! ¡Si pudiera ponerla en salvo!

Palpitando y mirando estuve hasta la aurora en el ventanal; luego bajé oprimido por mortal tristeza, figurándome mayor daño que el que había sido. Tremerrallo me dijo que sólo se habían quemado los hornos y los almacenes inmediatos, juntamente con gran cantidad de sacos de harina.

CAPITULO XLIX

Mi fantasía estaba todavía vivamente impresionada por haber visto aquel incendio, cuando pocas noches después— aun no me había acostado y estaba estudiando a la mesa, entumecido de frío—oigo voces poco lejanas. Eran las del guardián, su mujer, sus hijos y de los carceleros: «¡Fuego, fuego! ¡Oh Virgen Santa! ¡Estamos perdidos!»

Se me quitó el frío en un instante. Salté, rápido, en pie y miré alrededor si se veían las llamas. No se veían.

El incendio era en el mismo palacio, en alguna parte de las dependencias próximas a las prisiones.

Uno de los carceleros gritaba: «Pero, señor jefe, ¿qué hacemos de estos señores presos si se propaga el fuego?»

El alcaide respondió: «No tengo valor para dejarlos que se abrasen. Pero no se pueden abrir los calabozos sin permiso de la Comisión. ¡Ea! Corre a pedir este permiso.

—Voy en seguida, señor, pero la contestación no vendrá tan pronto, ¿sabe?

¿Dónde estaba aquella heroica resignación que yo me jactaba tener pensando en la muerte? ¿Por qué me daba fiebre la idea de morir abrasado? ¿Sería más placentero dejarse estrangular que quemar? Pensando en esto, me avergoncé de mi miedo; estaba a punto de gritar al alcaide que, por caridad, me abriese la puerta, pero me contuve. Sin embargo, tenía miedo.

«Este será mi valor si, libre del fuego, soy llevado a la muerte. Me refrenaré, ocultaré a los demás mi vileza, pero temblaré. Sólo que... ¿no es bastante valor obrar como si no se sintiera miedo y sentirlo? ¿No es generosidad el esforzarse en dar voluntariamente lo que se siente dar? ¿No es obediencia obedecer repugnándolo?» Era tal el revuelo en la casa del guardián, que indicaba un peligro siempre en aumento. ¿Y el vigilante que había ido a pedir permiso y que no volvía? Al fin me pareció oír su voz. Escuché y no entendí lo que decía. Aguardo, espero, y no viene nadie. ¿Será posible que no haya sido otorgado el permiso de ponernos a salvo del incendio? ¿Y si éste no se ataja, y el alcaide, con su familia, procuraran salvarse y ninguno atendiera a los pobres *enjaulados*?

«Lo mismo da; esto no es filosofía, ésta no es religión. Mejor será que me prepare a ver entrar las llamas en mi prisión y que me devoran.»

Entre tanto, los rumores se amortiguaban y poco a poco dejaron de oírse: prueba de que habría cesado el fuego. ¿No sería acaso que todos los

que pudieron habían huído y sólo quedaban las víctimas abandonadas a su cruel suerte?

La continuación del silencio me tranquilizó: conocí que el fuego se había extinguido.

Me acosté, reprochándome como vileza el afán sufrido; y ahora, que no se trataba de ser quemado, sentí no haberlo sido, mejor que ser muerto por los hombres pocos días después.

A la mañana siguiente oí de Tremerrallo la causa del incendio, y me reí del miedo pasado por los dos, aunque el mío hubiera sido igual o mayor que el de él.

CAPITULO L

El 11 de enero—1822—, a eso de las nueve de la mañana, Tremerrallo aprovechó una ocasión para venir a verme y, muy agitado, me dijo:

—¿Sabe usted que en la isla de San Miguel de Murano, a poca distancia de Venecia, hay una prisión en la que están más de cien carbonarios?

—Ya me lo dijiste otra vez. ¿Qué quieres decir con esto?... ¡Ea! Explicáte. ¿Los han condenado?

—Esto es.

—¿A cuáles?

—No lo sé.

—¿Acaso al desgraciado Maroncelli?

—¡Ah! señor; no lo conozco; no sé quién es.

Y se fué turbado, mirándome con compasión.

Poco después vino el alcaide, acompañado de los vigilantes y de un hombre desconocido para mí.

Aquél parecía confuso. El hombre nuevo tomó la palabra:

—Señor, la Comisión manda que venga usted conmigo.

—Vamos—dije—. ¿Quién es usted?

—Soy el alcaide de las cárceles de San Miguel, adonde va usted destinado.

El guardián de los Plomos entregó a éste mi dinero que tenía en la mano. Pedí y obtuve el permiso de hacer algún regalo a los vigilantes. Puse en orden mi ropa, tomé la Biblia bajo el brazo y salí. Bajando aquella infinita escalera, Tremerallo me apretó furtivamente la mano, como queriendo decirme:

—¡Desgraciado! ¡Estás perdido!

Salimos por una puerta que daba a la laguna; aquí había una góndola con dos empleados de la nueva cárcel.

Entré en la góndola y opuestos sentimientos me conmovieron: cierto sentimiento de abandonar los Plomos, donde tanto había sufrido, pero donde al menos había tomado cariño a alguno y alguno encariñándose conmigo; el placer de verme, después de tanto tiempo de encierro, al aire libre, ver el cielo, la ciudad y el agua sin la infausta cuadrícula de los barrotes; el recordar la alegre góndola que en tiempos mejores me llevaba por aquella laguna misma y las góndolas del Lago de Como y las del Lago Mayor, las barquillas del Po, las del Ródano y del Sonna... ¡Oh rientes años pasados! ¿Quién más feliz que yo en el mundo entonces?

Nacido de padres amantes, en aquella posición que sin ser pobreza se aproxima igualmente al pobre que al rico, la cual da el verdadero conocimiento de los dos estados—condición que yo considero la más ventajosa para cultivar los afectos—, yo, después de una infancia consolada por dulcísimos cuidados domésticos, me trasladé a Lione, a casa de un viejo primo materno, muy rico y muy digno de sus riquezas, con el cual todo cuanto pudo servir de encanto para un corazón deseoso de elegancia y de amor lo disfruté en el primer hervor de la juventud. De allí, vuelto a Italia y domiciliado con mis padres en Milán, proseguí estudiando y amando la sociedad y los libros, no encontrando sino egregios amigos y lisonjero aplauso. Monti y Foscolo, si bien adversarios mutuos, me eran benévolos por igual. Me aficioné más al último, y aunque hombre iracundo, que con sus asperezas incitaba tanto a que le desamaran, era para mí todo dulzura y cordialidad, y yo le correspondía tiernamente. Ni una envidia, ni una calumnia me asaltaron jamás, o, por lo menos, eran de gente tan desacreditada que no podía hacer daño.

A la caída del reino de Italia mi padre se trasladó a Turín con el resto de la familia, y yo, anhelando juntarme a tan caras personas, acabé por fijar mi residencia en Milán, donde me rodeaba tanta felicidad que no sabía decidirme a abandonarla.

Entre otros óptimos amigos, tres en Milán predominaban en mi corazón: D. Pietro Borsieri, mon-

señor Ludovico di Breme y el conde Porro Lamberfenghi. Poco después se añadió Federico Confalonieri. Hiceme educador de dos hijos de Porro, y yo era como un padre de ellos y un hermano de su padre. A aquella casa afluían lo más culto de la ciudad y los viajeros de nota. En ella conocí a la Stael, Schlegel, Davis, Byron, Hobbhouse, Brougham y otros hombres ilustres de varios puntos de Europa. ¡Lo que alegra y estimula, para educarse, el trato con los hombres de mérito! ¡Sí; yo era feliz! ¡No habría cambiado mi suerte por la de un príncipe! ¡Y de suerte tan placentera, andar entre esbirros, ir de cárcel en cárcel y concluir por ser aherrojado o morir en los cepos!

CAPITULO LI

Con estos pensamientos llegué a San Miguel, y fui encerrado en una prisión con vistas a un patio, a la laguna y a la hermosa isla de Murano. Pregunté por Maroncelli al guardián, a la mujer de éste y a cuatro carceleros; pero las visitas de esta gente eran cortas, llenas de desconfianza y no querían decirme nada.

Sin embargo, entre cinco o seis personas es difícil que no se encuentre una deseosa de compadecerse y de hablar. Yo hallé esta persona y supe lo que sigue:

Maroncelli, después de mucho tiempo de estar aislado, fué puesto con el conde Camilo Laderchi;

éste último salió de la cárcel a los pocos días, como inocente, y el primero volvía a estar solo. De los otros compañeros habían salido, como inocentes, el profesor Juan Domingo Romagnosi y el conde Juan Arrivabene. El capitán Rezia y el señor Canova estaban juntos (1). El profesor Ressi estaba moribundo en una cárcel vecina a la de estos dos.

—Los que no han salido es que están condenados—dije—. ¿A qué se espera? ¿Acaso a que se muera el pobre Ressi o esté en aptitud de oír su sentencia?

—Creo que sí.

Preguntaba yo todos los días por el infeliz.

—Ha perdido el habla... La ha recobrado, pero delira y no entiende... Da pocas señales de vida... Esputa a menudo sangre y sigue delirando... Está peor... Está mejor... Está en la agonía...

Tales respuestas se me dieron durante varias semanas. Finalmente, se me dijo: «Ha muerto.»

Derramé una lágrima por él y me consolé pensando que había ignorado su condena.

Al siguiente día, 21 de febrero (1822), el alcaide vino a buscarme a las diez de la mañana. Me llevó a la sala de la Comisión y se retiró. Estaban sentados, y se levantaron, el presidente, el inquisidor y dos jueces asistentes.

(1) Romagnosi, profesor de Derecho penal en la Universidad de Pavia; autor de la *Génesis del Derecho penal* y de otros escritos filosóficos y literarios.

Adeato Ressi escribió la obra, en cuatro tomos, *Economía de la especie humana*.

Canova fué director escénico de algunos grandes teatros de Italia.

El presidente, con noble conmiseración, díjome que la sentencia dictada era terrible, pero que el emperador la había mitigado.

El fiscal me leyó la sentencia: condenado a muerte. Luego leyó el rescripto imperial: la pena, conmutada por quince años de presidio en la fortaleza de Spielberg.

Contesté: «¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Mi verdadera intención era recibir como cristiano aquel golpe y no demostrar ni alimentar resentimiento contra ninguno.

El presidente alabó mi tranquilidad y me aconsejó que la conservara siempre, diciéndome que de esta tranquilidad podía depender que acase dentro de dos o tres años se me otorgara mayor gracia. (En vez de dos o tres fueron muchos más.)

También los otros jueces me dirigieron palabras corteses y de esperanza. Pero de uno de ellos (1), que en el proceso me había parecido muy hostil, las cortesías se me figuraron sarcasmos y las juzgué desmentidas por las miradas, en las que juraría entonces haber visto una expresión de alegría y de insulto.

Ahora no juraría que fuera así; pude haberme engañado. Pero la sangre se me alteró en aquella hora y me contuve para no enfurecerme. Disimulé, y en tanto que seguían alabándome por mi cristiana paciencia yo la había perdido en secreto.

—Mañana—dijo el fiscal—hay que anunciarle

(1) Salvoti de Trento, uno de los jueces más severos de la Comisión inquisidora de Lombardía bajo el Gobierno austriaco.

la sentencia en público; es formalidad imprescindible.

—Está bien—contesté.

—Desde ahora le concedemos—añadió—la compañía de su amigo.

Y llamado el alcaide, me entregaron nuevamente a él, diciéndole que me llevaran a donde estaba Maroncelli.

CAPITULO LII

¡Qué dulce instante fué para el amigo y para mí volvernos a ver después de un año y tres meses de separación y de tantos dolores! La alegría de la amistad me hizo olvidar por algunos instantes la condena.

Me aparté, no obstante, de sus brazos, para tomar la pluma y escribir a mi padre. Deseaba ardientemente que el anuncio de mi triste suerte llegase a mi familia por mi conduoto y no por los extraños, a fin de que la pena que habia de destrozar aquellos amantes corazones se viera algo atenuada por mi lenguaje de paz y de religión. Los jueces me prometieron expedir en seguida aquella carta.

Después de esto Maroncelli me habló de su proceso y yo del mío; nos confiamos parecidas peripecias carcelarias; fuimos a la ventana y saludamos a tres amigos que estaban en la suya. Dos eran Canova y Rezia, que se hallaban juntos, el uno condenado a seis años de presidio y el otro a tres. El ter-

cero era el doctor César Armari, que en meses anteriores había sido mi vecino en los Plomos. Este no estaba condenado y salió declarado inculpable.

La conversación con unos y otros fué agradable distracción en todo aquel día y aquella noche. Pero al acostarme, apagada la luz y hecho el silencio, no me fué posible dormir: me ardía la cabeza, me sangraba el corazón pensando en mi casa. ¿Sobrevivirán mis ancianos padres a tanta desventura? ¿Bastarán los demás hijos a consolarlos? Todos eran amados como yo y valían más que yo; pero un padre y una madre ¿encuentran en los hijos que les quedan una compensación del que pierden?

¡Si sólo pensara en los parientes y en algunas otras personas amadas! Su recuerdo me afligía y me enternecía. Mas en seguida me acordé de la presunta risa de alegría y de insulto de aquel juez, del proceso, del porqué de la condena, de las pasiones políticas, de la suerte de los demás amigos..., y no supe juzgar con indulgencia a ninguno de mis adversarios. Dios me sometía a una gran prueba. Mi deber era sostenerla con virtud y valor. ¡No pude, no quise! La voluptuosidad del odio me plugo más que la del perdón; pasé una noche infernal.

Por la mañana no recé. El universo me pareció obra de una potencia enemiga del bien. Nuevamente me volví calumniador de Dios; pero no hubiera creído volverlo a ser y en tan pocas horas. Juliano en sus máximos furores no podía ser más impío que yo. Rumiano pensamientos de odio,

principalmente cuando uno está sumido en gran infelicidad, la cual debiera hacerle, por el contrario, más religioso, por justo que uno sea se vuelve inicuo. No se puede odiar sin soberbia. ¿Quién eres tú, ¡oh mísero mortal!, para pretender que ninguno de tus semejantes te juzgue severamente; para pretender que nadie te pueda hacer daño de mala fe, creyendo obrar con justicia; para querrellarte, si Dios permite que padezcas de un modo o de otro?

Me sentía infeliz por no poder orar; pero donde reina la soberbia no hay otro Dios que uno mismo.

Hubiera querido encomendar a un supremo amparador a mis desolados padres, y desconfiaba de él.

CAPITULO LIII

A las nueve de la mañana, a Maroncelli y a mí nos hicieron entrar en una góndola y nos llevaron a la ciudad. Llegamos al palacio del Dux y fuimos a las cárceles. Nos metieron en la prisión donde pocos días antes estuvo el señor Caporali, el cual ignoro dónde fuera trasladado. Nueve o diez esbirros daban la guardia mientras nosotros, paseando, esperábamos el instante de ir a estrados. La espera fué larga. Al mediodía compareció el inquisidor a anunciarnos que era la hora de partir. Se presentó el médico para recomendarnos bebiéramos una copa de agua de menta; aceptamos, agradecidos, no tanto por esto cuanto por la profunda

compasión que el buen viejo nos demostraba. Era el doctor Dosmo. Se adelantó luego el cabo de los esbirros y nos puso las esposas. Le seguimos, acompañados de los demás guardianes.

Bajamos la magnífica escalera de los Gigantes, acordándonos del dux Marino Faliero, aquí decapitado (1); entramos en el gran portón que del patio del palacio lleva a la plazuela, y aquí dimos vuelta a la izquierda, hacia la laguna. En medio de la plazuela estaba el palco al que debíamos salir. De la escalera de los Gigantes hasta el estrado había dos filas de soldados tudescos; pasamos por en medio de ellos.

Subidos al estrado, miramos alrededor y vimos aterrizado al inmenso público. En distintos sitios se veían a lo lejos otros soldados. Dijose que eran los artilleros, con las mechas encendidas para disparar los cañones.

En aquella plazuela, en septiembre de 1820, un mes antes de mi arresto, un mendigo me había dicho: «¡Este es un lugar de desgracia!»

Me acordé de aquel mendigo y pensé: «¡Quién sabe si entre tantos millares de espectadores está él y acaso me recuerde!»

El capitán tudesco gritó que nos volviéramos de cara al palacio y miráramos en alto. Obedecimos y vimos en la Logia un curial con un papel en la mano. Era la sentencia. La leyó en voz alta.

(1) Pellico, como antes Byron en su tragedia, se equivoca. No fué en lo alto de la escalera de los Gigantes donde fué decapitado el dux Marino Faliero.

Reinó profundo silencio hasta la expresión *condenados a muerte*. Entonces se levantó un general murmullo de compasión. Sucedió nuevo silencio para oír el resto de la lectura. Nuevo murmullo se alzó a la expresión *condenados a presidio, Maroncelli, por veinte años, y Pellico, por quince*.

El capitán nos hizo seña para que bajáramos. Echamos otra mirada en torno y bajamos. Entramos en el patio, volvimos a subir la escalinata y tornamos a la prisión de donde nos sacaron. Aquí nos quitaron las esposas y fuimos devueltos a San Miguel.

CAPITULO LIV

Los que habían sido condenados antes que nosotros habían ya partido para Lubiana y para Spielberg, acompañados de un comisario de policía. Se esperaba el regreso del mismo comisario para que nos llevase a idéntico destino. Este intervalo duró un mes.

Mi vida se redujo entonces a hablar mucho y a oír hablar para distraerme. Además, Maroncelli me leía sus composiciones literarias y yo le leía las mías. Una tarde leí en la ventana la *Ester de Engaddi* a Canova, Rezia y Armari, y a la tarde siguiente, la *Iginia d'Asti*.

Pero por la noche me estremecía y lloraba, durmiendo poco o nada.

Deseaba y temía al mismo tiempo saber cómo mis padres habían recibido la noticia de mi infortunio.

Por fin llegó una carta de mi padre. ¡Qué dolor el mío viendo que la última que le dirigí no había sido expedida en seguida, como tanto lo había rogado! El infeliz padre, lisonjeándose siempre de que sería absuelto, leyó en la *Gaceta de Milán* mi condena. El mismo me contaba la cruel noticia, dejándome imaginar el dolor de su alma.

Ante la inmensa piedad que sentí por el dolor suyo, el de mi madre y toda la familia, me indigné de que la carta no hubiese sido solícitamente expedida. No habría habido malicia en el retraso, pero yo la supuse infernal; la creí un refinamiento de barbarie, un deseo de que el castigo se agravase lo más posible aún para mis inocentes parientes. Hubiera querido derramar un mar de sangre para castigar esta soñada inhumanidad.

Ahora que pienso más tranquilo, no lo encuentro verosímil. Aquel retraso no tuvo otra causa, sin duda, que el poco cuidado.

Furibundo como yo estaba, temblé al oír que mis compañeros se proponían celebrar la Pascua antes de partir, y sentí que yo no debía hacerlo en vista de que no tenía voluntad de perdonar. ¡Hubiera dado este escándalo! (1).

(1) Aquí, en el manuscrito de MIS PRISIONES segulan los siguientes periodos, que Pellico, u otro por él, suprimió al imprimirse: «Pero tuve la vileza de fingir. Me confesé y comulgué por pura fórmula. El preboste de Murano era un venerable anciano. Sus palabras, llenas de caridad, casi me conmovieron. Al fin de mi indigna confesión estuve por decirle: «Padre, os he engañado; no merezco vuestra absolución». La vergüenza me contuvo y me esforcé en sonreír y persuadirme a mí mismo que yo era incrédulo.»

CAPITULO LV

El comisario regresó al fin de Alemania, y vino a decirnos que partiríamos dentro de dos días.

—Tengo el gusto—añadió—de poder dar a ustedes un consuelo. Volviendo de Spielberg vi en Viena a Su Majestad el emperador, quien me dijo que los días de pena de ustedes quiere que se computen no por veinticuatro horas, sino por doce. Con esta expresión quiere dar a entender que la pena es disminuída.

Esta disminución no nos fué nunca anunciada oficialmente, pero era de presumir que el comisario no mentía; tanto mas, que no nos dió la noticia en secreto, sino a sabiendas de la Comisión.

No por esto me alegré. Para mí eran tan horribles siete años y medio de presidio como quince. Me parecía imposible vivir tanto tiempo.

Mi salud volvía a estar quebrantada. Padecía fuertes dolores de pecho, con tos, y creía dañados los pulmones. Comía poco y esto poco no lo digería.

Fué la partida en la noche del 25 al 26 de marzo. Nos fué permitido abrazar al doctor César Armari, amigo nuestro. Un esbirro nos encadenó transversalmente la mano derecha y el pie izquierdo, para que no pudiéramos huir. Montamos en una góndola y las guardias remaron hacia Fusina.

Al llegar aquí encontramos dispuestos dos coches. Rezia y Canova subieron a uno; Maroncelli

y yo al otro. En uno de los coches iba el comisario con dos presos; en el otro, el subcomisario con otros dos. Completaban el convoy seis o siete policías, con escopeta y sable, distribuidos parte dentro del coche y parte en el pescante.

Verse obligado por la desgracia a abandonar la patria es siempre doloroso; pero abandonarla encadenado, conducido a climas horribles, destinado a languidecer años enteros entre hierros, es cosa tan lacerante que no hay palabras para expresarlo.

Antes de tramontar los Alpes tanto más se me hacía querida a cada paso mi nación, ante la compasión que nos demostraban los que encontrábamos en el camino. En todas las ciudades, en todas las aldeas y hasta en los caseríos, como era pública la noticia de nuestra condena, éramos esperados, y los comisarios y los guardias tenían que apartar la multitud que nos rodeaba. Era admirable el sentimiento que se manifestaba a nuestra vista.

En Udine aconteció una sorpresa conmovedora. Llegados a la posada, el comisario mandó cerrar la puerta del patio y apartar al pueblo. Señaló una habitación y dijo al camarero que trajera la cena y lo concerniente para dormir. A poco entraron tres hombres con colchones a la espalda. Quedamos sorprendidos al ver que solamente uno de los tres era criado de la casa y que los otros dos eran conocidos nuestros. Fingimos ayudarlos a colocar los colchones y nos estrechamos furtivamente las manos. Las lágrimas brotaban del corazón de ellos

y de nosotros. ¡Qué pena no podemos abrazar todos!

Los comisarios no se enteraron de esta piadosa escena, pero sospeché que uno de los guardias penetrara el secreto en el momento que el buen Darío (1) me apretaba la mano. Aquel guardia era veneciano. Miró a la cara a Darío y a mí, palideció, pareció que intentaba dar una voz, pero se calló y se hizo el disimulado. Si no adivinó que aquéllos eran amigos nuestros, pensó, por lo menos, que serían camareros conocidos.

CAPITULO LVI

Muy de mañana salimos de Udine; amanecía apenas, pero el afectuoso Darío estaba ya en la calle, muy encapotado. Nos saludó otra vez y nos siguió un rato. Vimos también un carruaje que nos siguió durante dos o tres millas. Alguien que iba dentro agitaba un pañuelo. Al fin retrocedió. ¿Quién sería? Lo supusimos (2).

¡Dios bendiga las almas generosas que no se desdennan amar a los desventurados! ¡Ah! Tanto más lo estimo, cuanto que en los años de mi calamidad conocí cobardes que renegaron de mí y creyeron lograr ventajas llenándome de improperios Pero estos últimos fueron los menos, y el número de los primeros fué el más elevado.

(1) Darío Cappeli, actor de la compañía Marchionni.

(2) Eran Gegia y Carlota Marchionni

Me engañaba al creer que aquella compasión que encontrábamos en Italia había de cesar cuando llegáramos a tierra extranjera. El bueno es siempre compatriota de los infelices. Cuando estuvimos en tierras de Iliria y de Austria sucedió lo mismo que en Italia. El gemido era universal: *Arme herren!* (¡Pobres señores!)

Sucedía que en algunos sitios los coches se veían obligados a detenerse mientras se resolvía en dónde alojarnos. Entonces el pueblo se juntaba en torno nuestro y oíamos palabras compasivas que verdaderamente salían del corazón. La bondad de aquella gente me conmovía más aún que la de mis compatriotas. ¡Cómo se lo agradecía a todos! ¡Cuán suave es la piedad de nuestros semejantes! ¡Qué dulce es el amarlos!

El consuelo que esto me proporcionaba disminuía el desdén que sentía contra los que yo llamaba mis enemigos.

«¿Quién sabe—pensaba—, si viera de cerca sus caras y si ellos me vieran a mí, y si pudiera leer en sus almas, quién sabe si me vería obligado a confesar no haber maldad en ellos, y ellos no ver ninguna en mí! ¡Quién sabe si nos veríamos obligados a compadecernos y amarnos!

Con frecuencia se aborrecen los hombres porque recíprocamente se desconocen. Si cambiaran algunas palabras, el uno daría confiadamente el brazo al otro...

Nos detuvimos un día en Lubiana, y aquí se separaron Canova y Rezia de nosotros, siendo con-

ducidos al castillo. Fácil es imaginarse lo dolorosa que fué esta separación para los cuatro.

En la noche de nuestra llegada a Lubiana y al día siguiente vino a hacernos cortés compañía un caballero que dijo, si yo entendí bien, ser un secretario municipal. Era muy humanitario y hablaba afectuosa y dignamente sobre religión. Dudé si sería un sacerdote. Los sacerdotes en Alemania acostumbran vestir como los seglares. Era de aquellas maneras sinceras que inspiran estimación; siento haber olvidado su nombre.

¡Qué agradable me sería también saber tu nombre, oh jovencita que en una aldea de Estiria nos seguiste en medio de la turba, y luego, cuando nuestro coche se paró algunos minutos, nos saludaste con las dos manos y te apartaste después con el pañuelo en los ojos, apoyada en el brazo de un mozo entristecido, que, por lo rubio, parecía alemán, pero que acaso habría estado en Italia y había tomado cariño a nuestra infeliz nación!

¡Qué dulce me sería saber el nombre de cada uno de vosotros, oh venerandos padres y madres de familia que en distintos lugares os acercasteis a nosotros para preguntarnos si teníamos padres, y al oír que *sí*, exclamabais, palideciendo: «¡Oh! ¡Que Dios os devuelva pronto a los pobres viejos!»

CAPITULO LVII

Llegamos al lugar de nuestro destino el 10 de abril.

La ciudad de Brunn es capital de la Moravia y en ella reside el gobernador de las dos provincias de Moravia y Slesia. Está situada en un risueño valle y tiene cierto aspecto de riqueza. Prosperaban entonces allí muchas manufacturas de paños, que a poco decayeron; su población era de unas 30.000 almas.

Pegado a sus murallas, al poniente, se alza un montículo sobre el cual se asienta la infausta roca de Spielberg, en otro tiempo mansión de los señores de Moravia, hoy la más severa ergástula de la monarquía austriaca. Era ciudadela bastante fuerte, pero los franceses la bombardearon y tomaron en tiempo de la famosa batalla de Austerlitz, cuya población está a poca distancia. No volvió a ser restaurada para servir de fortaleza, pero se rebizo una parte del recinto, y en ella cerca de trescientos presidiarios, en su mayoría ladrones y asesinos, cumplían condena en grado *duro* y *durísimo*.

La cárcel *dura* significa estar obligado al trabajo, llevar la cadena a los pies, dormir en una tabla desnuda y comer un rancho abominable. La *durísima* significa estar encadenado más horribilmente, con una argolla de hierro en la cintura, que apenas deja andar hasta el camastro que sirve de

lecho; la comida es la misma, por más que la ley diga: *a pan y agua*.

Nosotros, prisioneros de Estado, estábamos condenados a prisión dura.

Desde aquel montecillo volvimos los ojos atrás para dar un adiós al mundo, no sabiendo si el báratro que nos engullía vivos nos arrojaría otra vez afuera. Yo estaba resignado exteriormente, pero por dentro rugía. En vano quise recurrir a la filosofía para aquietarme: la filosofía no tenía razones suficientes para mí.

Habiendo salido de Venecia en mal estado de salud, el viaje me había empeorado miserablemente. La cabeza y todo el cuerpo me dolían; ardía en fiebre. El mal físico contribuía a tenerme iracundo, y probablemente la ira agravaba el mal físico.

Fuimos consignados al superintendente de Spielberg y nuestros nombres fueron inscriptos entre los de los ladrones. El comisario imperial nos abrazó al irse y estaba enternecido: «Recomiendo a los señores particularmente la docilidad—nos dijo—: la más mínima infracción de la disciplina es castigada con penas severas por el señor superintendente.»

Hecha la filiación, Maroncelli y yo fuimos conducidos a una galería subterránea donde se veían dos tenebrosos calabozos por separado. Cada uno de nosotros fué encerrado en su cubil.

CAPITULO LVIII

Amarguísima cosa, después de haber dado el adiós a tantos objetos, cuando no quedan mas que dos amigos igualmente infelices, ¡ah, sí, amarguísimo es el separarse! Maroncelli, al dejarme, me veía enfermo y compadecía en mí al hombre que probablemente no volvería a ver; yo compadecía en él la espléndida flor de salud apartada quizá para siempre de la luz vital del sol. Como así fué. La flor volvió a ver la luz, ¡pero en qué estado!

Así que me vi solo en aquel horrible antro y oí echar los candados y distinguí, a la débil luz que bajaba por el alto ventanal, el desnudo tablón que había de servirme de cama y la enorme cadena en la pared, me senté, trémulo, en aquel lecho y tomé la cadena, midiendo su longitud, creyendo que estaba destinada para mí.

Media hora después oigo ruido de llaves, se abre la puerta, y el cabo carcelero me trae un jarro de agua.

—Esto es para beber—dijo, con voz bronca—; mañana traeré el pan.

—Gracias, buen hombre.

—No soy bueno—respondió.

—Peor para vos—le dije con desdén—. Y esta cadena, ¿es para mí?

—Sí, señor; para el caso que desobedeciera, se enfureciera o se insolentara. Pero si se muestra

razonable, solamente le pondremos una cadena en el pie. El herrero la está aparejando.

Y se paseaba lentamente arriba y abajo, agitando el villano manojo de gruesas llaves, en tanto que yo miraba airado su gigantesca, flaca y vieja persona; y a despecho de facciones no vulgares, todo en él me parecía la expresión odiosísima de un rigor brutal.

¡Oh qué injustos son los hombres juzgando por las apariencias y según sus soberbias prevenciones! Aquel que yo me imaginaba que agitaba complaciente las llaves, para hacerme sentir su triste dominio; aquel que yo reputaba impudente por una larga costumbre de crueldad, tenía sentimientos compasivos, y ciertamente no hablaba así, con expresión hosca, sino por esconder estos sentimientos. Hubiera querido disimularlos a fin de no aparecer débil; pero al propio tiempo, suponiendo que yo fuera más infeliz que malvado, desearía manifestármelos.

Enojado por su presencia y más aún por su aspecto de amo, estimé oportuno humillarle diciéndole imperiosamente, casi como a un criado:

—Dadme de beber.

Me miró como diciéndome: «¡Arrogante!, aquí hay que perder la costumbre de mandar!»

Pero no dijo nada; dobló su largo espinazo, cogió del suelo el jarro y me lo entregó. Al tomarlo yo noté que temblaba su mano, y atribuyendo este temblequeo a su vejez, algo de piedad y de reverencia mitigó mi orgullo.

—¿Qué edad tenéis?—le pregunté con amabilidad.

—Setenta y cuatro años, señor. He visto muchas desventuras, mías y de otros.

Este sentimiento por la desgracia ajena fué acompañado de un nuevo temblor en el acto que yo devolvía la jarra; dudando yo si sería efecto no sólo de la edad, sino de una noble turbación. En el acto me despojé del odio que me había inspirado a primera vista.

—¿Cómo os llamáis?—le pregunté.

—La fortuna se burló de mí dándome el apellido de un gran hombre: me llamo Schiller.

Aquí, en pocas palabras, me enteré de qué país era, de su origen, de las guerras en que había estado y de las heridas recibidas.

Era suizo, de familia aldeana. Había militado contra los turcos a las órdenes del general Laudon, en tiempo de María Teresa y de José II; después hizo toda la guerra de Austria contra Francia, hasta la caída de Napoleón.

CAPITULO LIX

Cuando formamos mejor opinión de un hombre que antes juzgábamos malo, entonces, atendiendo a su voz, a su cara y a sus modales, nos parece descubrir evidentes señales de honradez. Este descubrimiento ¿es pura realidad? Yo sospecho que es una ilusión. Esta misma cara, aquella misma voz,

aquellas mismas maneras nos parecían poco antes señales evidentes de bribonería. Lo que ha cambiado ha sido nuestro juicio sobre las cualidades morales, y con esto cambiaron las conclusiones de nuestra ciencia fisionómica. ¡Cuántas efigies veneramos porque sabemos que son de grandes hombres, y que no nos parecerían venerables si pertenecieran a otros mortales! Y viceversa. Una vez me reí de una señora que viendo una imagen de Catilina y confundiéndola con Colatino creía ver pintado el sublime dolor de Colatino por la muerte de Lucrecia. Semejantes ilusiones son frecuentes.

No es que no haya caras de buenos las cuales llevan impresas el carácter de bondad y caras de malvados que llevan bien impreso el de maldad; lo que sostengo es que hay muchas de expresión ambigua o doble.

Ello es que me empezó a caer en gracia el viejo Schiller; le miré con más atención y no me desagradó. A decir verdad, en su modo de hablar, aparte alguna rudeza, había rasgos de alma noble.

—Siendo cabo—me dijo—, me ha tocado por lugar de retiro el triste oficio de carcelero; y bien sabe Dios que esto me cuesta más que exponer la vida en las batallas.

Me arrepentí de haberle pedido de beber con altanería.

—Querido Schiller—le dije, estrechándole la mano—, antes lo negasteis, pero sois un hombre bueno, y ya que he caído en esta adversidad, doy gracias al Cielo de teneros por mi guardián.

Oyó mis palabras, meneó la cabeza y luego contestó, rascándose la frente, como aquel que tiene un pensamiento molesto.

—Yo soy malo, señor; me hicieron prestar un juramento que no quebrantaré nunca. Estoy obligado a tratar a todos los presos sin miramiento a su condición, sin indulgencia, sin concesión de abusos; sobre todo, tratándose de presos políticos. El emperador sabe lo que hace y yo debo obedecerle.

—Sois un hombre excelente y yo respetaré lo que consideráis deber de conciencia. El que obra por sincera conciencia puede errar, pero es puro ante Dios.

—¡Pobre señor! Tenga paciencia y compadézcame. Seré férreo en mis deberes, pero el corazón..., el corazón está amargado de no poder aliviar al infeliz. Esto es lo que quería decirle.

Los dos estábamos conmovidos. Me suplicó que me estuviera quieto y que no me enfureciera, como acostumbraban hacer otros condenados, para no obligarle a tratarme duramente.

Después, con acento rudo, casi para disimular algo de su bondad, añadió:

—Ahora es preciso que me vaya.

Retrocedió y volvió a preguntarme que desde cuánto tiempo tosía tan lastimosamente como lo hacía, y lanzó una maldición muy gorda contra el médico porque no venía aquella misma noche a visitarme.

—Tiene usted una fiebre de caballo; yo me en-

tiendo. Necesitáis, por lo menos, un colchón, pero hasta que el médico no lo ordene no puedo dároslo.

Salió, cerró la puerta y yo me eché sobre la dura tabla, febricitante, sí, y con mucho dolor en el pecho, pero menos febril, menos enemigo de los hombres, menos apartado de Dios.

CAPITULO LX

Por la noche vino el superintendente, acompañado de Schiller, de otro cabo y de dos soldados, para hacer una requisita.

Estaban prescriptas tres requisitas cotidianas: una, por la mañana; otra, por la tarde, y otra, a media noche. Registraban todos los rincones del calabozo, todas las minucias; después salían los subalternos, y el intendente—que no faltaba nunca mañana y tarde—se encerraba a hablar conmigo.

La vez primera que vi aquel registro me asaltó una extraña idea. Ignorante como estaba de aquellos molestos usos y delirante por la calentura, pensé que vinieran a matarme, y aferré la larga cadena que tenía cerca, para romper la cara al primero que me echara mano.

—¿Qué hace usted?—me dijo el intendente—. No venimos a hacerle daño alguno. Esta es una visita de formalidad en todas las cárceles, a fin de asegurarse que no hay nada anormal.

Yo dudaba; pero cuando vi a Schiller adelantarse amistosamente dándome la mano, su paternal

aspecto me inspiró confianza: solté la cadena y tomé su mano en la mía.

—¡Cómo quema!—dijo al intendente—. ¡Si se le pudiera dar un jergón!...

Pronunció estas palabras con expresión tan cordial que me enterneció.

El intendente me tomó el pulso, me compadeció; era hombre de buena educación, pero no se atrevía a tomar una iniciativa.

—Aquí todo es rigor, hasta para mí—dijo—. Si no sigo a la letra lo que está mandado, me expongo a ser relevado de mi cargo.

Schiller movía los labios, como si pensara: «Si yo fuera intendente no llevaría el miedo hasta este punto; ni el tomar una iniciativa tan justificada por la necesidad perjudica a la monarquía ni se tendría por grave falta.»

Al verme solo, mi corazón, incapaz desde hacía algún tiempo de profundo sentimiento religioso, se enterneció y recé. Era una plegaria de bendición a Schiller, y yo decía a Dios: «Haz que yo aprecie en los demás algo que me aficione a ellos; yo acepto todos los tormentos de la cárcel; pero líbrame del tormento de odiar a los que amo y de odiar a mis semejantes.»

A media noche oí muchos pasos en el corredor. Rechinaban las llaves; se abrió la puerta. Entró el cabo con dos guardias para hacer la visita.

—¿Dónde está mi viejo Schiller?—pregunté con afán.

Schiller se había quedado en el corredor.

—Aquí estoy, aquí estoy—contestó.

Y llegándose a mí, volvió a tomarme el pulso, mirándome con inquietud, como un padre a la cabecera del hijo enfermo.

—Ahora que me acuerdo, mañana es jueves—murmuró—; sí, jueves.

—¿Qué queréis decir con esto?

—Que el médico no acostumbra a venir mas que en las mañanas de los lunes, miércoles y viernes, y que mañana no vendrá.

—No os inquietéis por esto.

—¿Que no me inquiete? ¿Que no me inquiete? En toda la ciudad no se habla mas que de la llegada de los señores; el médico no puede ignorarlo. ¿Por qué diablos no ha hecho el esfuerzo extraordinario de venir ahora?

—Tal vez venga mañana, aunque sea jueves.

El viejo no dijo más; me estrechó la mano con fuerza bestial, a riesgo de estropeármela. Aunque me lastimó, sentí placer; al modo del placer que experimenta un enamorado cuando su amada, bailando, le pisa un pie: podría gritar casi de dolor, pero prefiere sonreír y se considera dichoso.

CAPITULO LXI

En la mañana del jueves, después de una pésima noche de debilidad, con los huesos molidos por la tabla del lecho, me asaltó un sudor copioso. Vino la visita. No se presentó el intendente, porque

como aquella hora era molesta para él, solía venir más tarde.

Dije a Schiller:

—¿Veis como estoy empapado de sudor? Pero ya se me enfría sobre la carne. Necesitaría mudarme de camisa en seguida.

—¡No se puede!—gritó con voz brutal.

Pero hízome secretamente señal con los ojos y con la mano. Idos el cabo y la guardia, volvió a hacerme un guiño cuando cerraba la puerta.

Al poco rato volvió, trayéndome una de sus camisas, que me estaba larga: dos veces mi medida.

—Para usted es un poco larga, pero no hay otra.

—Gracias, amigo; pero como he traído a Spielberg un baúl lleno de ropa blanca y espero que no se me negará el uso de mis camisas, os ruego que pidáis al intendente una de las mías.

—Señor, no está permitido darle ninguna prenda de su propiedad. Todos los sábados se le dará una camisa de la casa, como a los demás presos.

—Honrado viejo, ya veis en qué estado estoy. Es poco creíble que yo salga vivo de aquí. No podré recompensaros nunca.

—¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza! ¡Hablar de recompensa a quien no puede hacer un favor! ¡A quien apenas puede prestar, a escondidas, a un enfermo algo con que pueda enjugarse el sudor que le empapa el cuerpo!

Y, echándome rudamente su larga camisa, se fué refunfuñando, cerrando la puerta con rabia.

Como dos horas más tarde me trajo un pedazo de pan negro.

—Esta—dijo—es la ración para dos días.

Y se puso a andar, tembloroso.

—¿Qué os pasa?—le pregunté—. ¿Estáis enojado conmigo? Sin embargo, acepté la camisa que me prestasteis.

—Estoy enojado con el médico, que, aunque hoy sea jueves, bien pudo haber venido hoy.

—¡Paciencia!—dije.

Yo decía ¡paciencia!; pero no encontraba modo de acostumbrarme al duro lecho, sin tan siquiera un cabezal. Me dolían todos los huesos.

A las once me trajo la comida un preso acompañado de Schiller. La componían dos cazuelas de hierro, una con una pésima menestra; otra, con legumbres condimentadas con una salsa que apestaba.

Probé a comer algunas cucharadas y no me fué posible.

Schiller me repetía: «¡Animo! Procure acostumbrarse a estos alimentos; de otro modo, le sucederá lo que a otros, que por no comer nada mas que pan mueren de debilidad.»

El viernes por la mañana, vino, por fin, el doctor Bayer. Me encontró con fiebre, ordenó un jergón y que se me trasladara al piso de arriba. Pero no se podía, no había sitio. Enterado de esto el conde Mitrowski, gobernador de las dos provincias, Moravia y Slesia, residente en Brünn, dispuso que, en atención a la gravedad de mi enfermedad, se cumpliera la orden del médico.

En la habitación que me dieron entraba alguna luz, y arrimándome a la reja de la estrecha ventana veía el valle abajo, parte de la ciudad de Brünn, un suburbio con muchos huertecillos, el cementerio, el lago pequeño de Certosa y las colinas del bosque que separan de los famosos campos de Austerlitz.

La vista aquella me encantaba. ¡Qué alegría la mía, de haber podido compartirla con Maroncellit

CAPITULO LXII

Entre tanto se iban haciendo los trajes de los presos. A los cinco días me dieron el mío.

Consistía en un par de pantalones de paño ruin, la pierna derecha de color amarillo y la izquierda de color pardo; un chaleco de los mismos colores, pero en orden opuesto, es decir, el pardo a la derecha y el amarillo a la izquierda. Las medias eran de lana gruesa; la camisa, de una estopa llena de filamentos punzantes, un verdadero cilicio. Para el cuello, un pedazo de tela parecida a la de la camisa. Los zapatos eran de cuero sin teñir, y el sombrero, blanco.

Completaban este indumento los hierros en los pies, es decir, una cadena de una pierna a la otra, y los cepos, cerrados y remachados en un yunque. El herrero que me hizo esta operación dijo a un guardia, creyendo que yo no entendía el alemán: «Enfermo como está, podían ahorrarsé este juego;

no pasarán dos meses sin que venga el ángel de la muerte a libertarle.»

—*Möchte es seyn!* (¡Ojalá fuera así!)—contesté, poniéndole la mano en la espalda.

El pobre hombre quedó confundido y añadió:

—Espero que no seré profeta y deseo que le liberte a usted un ángel de otra clase.

—¿No os parece—repuse—que mejor que vivir así debe desearse que venga el de la muerte?

Hizo señal que sí con la cabeza y se fué, compadeciéndome. De buena gana habría dejado de vivir, pero no me tentaba el suicidio. Confiaba en que la debilidad de mis pulmones daría pronto cuenta de mí. A Dios no plugo; la fatiga del viaje me había hecho daño, pero el reposo me proporcionó algún alivio.

Un instante después que salió el herrero, oí sonar el martillo en el yunque del subterráneo. Schiller estaba aún en mi habitación.

—¿Oís los golpes?—le dije—. Seguramente que están poniendo los hierros a Maroncelli.

Y diciendo esto, se me contrajo de tal modo el corazón, que vacilé, y el buen viejo tuvo que sostenerme para que no cayera. Estuve más de media hora como desvanecido, pero no del todo. No podía hablar y apenas tenía pulso; un sudor frío me inundaba de cabeza a pies, y, no obstante, oía todas las palabras de Schiller y tenía vivísimo el recuerdo del pasado y el conocimiento del presente.

El mandato del intendente y la vigilancia de los

guardas tenían hasta entonces en silencio las prisiones vecinas. Por tres o cuatro veces había yo oído entonar alguna canción italiana, pero en seguida era apagada por el grito de los centinelas. Algunos de éstos estaban en el terraplén bajo nuestras ventanas, y uno había en el mismo corredor que se paseaba continuamente, escuchando en las puertas y mirando por las ventanillas para prohibir cualquier ruido.

Cierto día, hacia la noche—y cada vez que lo pienso se me remueven las palpitaciones que entonces me asaltaron—, los centinelas, por feliz acaso, estuvieron menos vigilantes y oí entonar y proseguir con voz apagada, pero clara, una canción en la prisión inmediata a la mía.

¡Oh alegría! ¡Qué conmoción se apoderó de mí!

Salté del camastro, agucé el oído, y cuando la voz calló prorrumpí en irresistible llanto.

—¿Quién sois, desgraciado?—grité—. ¿Quién sois? Decidme vuestro nombre. Yo soy Silvio Pellico.

—¡Oh Silvio!—gritó el vecino—. Yo no te conozco personalmente, pero ha tiempo que te amo. Acércate a la ventana y hablaremos, a despecho de los esbirros.

Me arrimé a la ventana y él me dijo cómo se llamaba. Cambiamos algunas palabras de ternura.

Era el conde Antonio Oroboni, natural de Fratta, cerca de Rovigno, joven de veintinueve años.

¡Ah! Pronto nos interrumpieron los amenazadores gritos de los centinelas. El del corredor daba

fuertes culatazos, ora a la puerta de Oroboni, ora a la mía. No queríamos, no podíamos obedecer; pero las maldiciones del guardia eran tales, que cesamos, quedando en proseguir cuando se mudara el centinela.

CAPITULO LXIII

Esperábamos, como fué así, que hablando más bajo podríamos oírnos y que tal vez nos tocaría algún centinela compasivo que se hiciera el sordo. A fuerza de probar, aprendimos un modo de emitir la voz tan quedo, que sólo bastaba para entendernos, no siendo perceptible a los demás, o por lo menos disimulándose. A veces sucedía de cuando en cuando que teníamos escuchas de oído más fino, o bien que nosotros olvidáramos ser discretos en la voz. Entonces volvían a oírse los gritos de silencio, y, lo que es peor, la cólera del pobre Schiller y del intendente.

Poco a poco fuimos perfeccionando las cautelas, hablando en ciertos cuartos de hora o cuando había determinados centinelas, y siempre en voz queda. Sea excelencia de nuestro arte, sea una costumbre de condescendencia en los otros, concluimos por poder conversar todos los días un buen rato sin que ningún superior tuviera que enfurruiñarse.

Nos ligamos con tierna amistad. Me contó su vida; yo le conté la mía; las angustias y los con-

suelos del uno lo eran del otro. Nos confortábamos a porfía. ¡Cuántas veces, después de una noche de insomnio, yendo cada cual a su ventana al amanecer y saludando al amigo y oyendo las queridas palabras sentía el corazón endulzar la tristeza y redoblarse el ánimo! Cada uno estaba persuadido de ser útil al otro, y esta certidumbre comunicaba cierta dosis de amabilidad en los pensamientos, aquel contento que tiene el hombre, aun en la miseria, cuando puede alegrar a su prójimo.

Cada coloquio dejaba la necesidad de continuarlo; era un estímulo vital, perenne, a la inteligencia, a la memoria, a la fantasía, al corazón.

Al principio, acordándome de Juliano, yo desconfiaba de la constancia de este nuevo amigo. Pensaba: «Hasta ahora no ha sucedido que estemos discordes; de un día a otro puedo desagradarle en algo y entonces me enviará noramala.»

Tal sospecha cesó bien pronto. Nuestras opiniones concordaban en todos los puntos esenciales. Sólo que a un alma noble, ardiente, de generosos sentidos, indómita por la desventura, unía él la más cándida y plena fe en el cristianismo, al paso que ésta vacilaba algún tiempo en mí y en ocasiones me parecía haberse extinguido.

Combatía él mis dudas con justísimas reflexiones y con mucho amor; yo sentía que tenía él razón y se la daba; pero las dudas volvían. Esto acontece a todos aquellos que no tienen el Evangelio en el corazón; a los que odian a otros y se ensoberbecen de sí mismos. La mente ve por un

instante lo verdadero, pero como esto le desagradaba, descreo en seguida, esforzándose por tomar otro camino.

Oroboni era habilísimo en convertir mi atención a los motivos que tiene el hombre para ser indulgente con los enemigos. No le hablaba yo de persona aborrecida que él no se aprestase a defenderla, no ya sólo de palabra, sino con el ejemplo. Otros le habían hecho daño; él no gemía, sino que perdonaba a todos, y si podía contarme algún rasgo laudable de cualquiera de ellos, lo hacía de buen grado.

La cólera que me dominaba y me hacía irreligioso, desde mi condena, duró algunas semanas, hasta que cesó del todo. La virtud de Oroboni me había invadido. Industriándome en razonarla, me puse por lo menos sobre sus huellas. Cuando pude orar de nuevo sinceramente por todos y no odiar a nadie las dudas sobre la fe se disiparon: *Ubi charitas et amor, Deus ibi est.*

CAPITULO LXIV

A decir verdad, si la pena era severísima y como para enfurecer, teníamos al mismo tiempo la rara suerte de que eran buenos todos los que tratábamos. Estos no podían aliviar nuestra situación a no ser con benévolas y respetuosas maneras, pero todos obraban así. La rudeza del viejo Schiller la compensaba la nobleza de su corazón. Hasta

el miserable Kunda—el presidiario que traía la comida y tres veces al día el agua—quería que comprendiéramos nos compadecía. Nos barría la habitación dos veces por semana. Una mañana, haciendo la limpieza, aprovechó el momento en que Schiller se había alejado dos pasos de la puerta y me ofreció un pedazo de pan blanco. No lo acepté, pero le estreché cordialmente la mano. Este apretón de manos le conmovió. Díjome, en mal alemán (era polaco): «Señor, le dan a usted tan poca comida, que seguramente pasará hambre.»

Le aseguré que no; pero aseguraba lo increíble.

El médico, viendo que ninguno de nosotros podía comer los alimentos que nos daban en los primeros días, nos puso a todos a la llamada «cuarto de ración», o sea la dieta de hospital. Consistía en tres comidas muy ligeras al día, un pedacito de cordero asado, que se comía de un bocado, y unas tres onzas de pan blanco. Como mi salud mejoraba y crecía el apetito, no tenía bastante con aquella minúscula ración. Probé volver a la comida de los sanos, pero no ganaba nada con esto, porque me disgustaba tanto que no podía comerla. No hubo más remedio que atenerse al «cuarto». Por más de un año conocí lo que era el tormento del hambre. Y este tormento lo padecieron en mayor grado otros compañeros míos, que, siendo más robustos que yo, necesitaban alimentarse más. Sé de algunos que aceptaron pan de Schiller y de los centinelas y hasta del buen Kunda.

—Corre la voz en la ciudad que a los señores se

les da poco de comer—me dijo una vez el barbero, joven practicante de nuestro cirujano.

—Es mucha verdad—contesté secamente.

El siguiente sábado—el barbero venía todos los sábados—quiso darme a hurtadillas una libreta de pan blanco. Schiller fingió no ver la oferta. Yo, si hubiese consultado el estómago, la hubiera aceptado; pero rehusé a fin de que el pobre joven no repitiera el regalo y a la postre le irrogara un grave perjuicio.

Por la misma razón rehusaba las ofertas de Schiller. Muchas veces me trajo un pedazo de carne magra, rogándome que le comiera, y protestando que no le costaba nada, que se la habían regalado, que no sabía qué hacer de ella y que tendría que dársela a otro si yo no la tomaba. Me sentía dispuesto a devorarla; pero si lo hacía, ¿no repetiría el obsequio todos los días?

Únicamente dos veces que me trajo un plato de cerezas, y otra vez, peras, la vista de aquella fruta me fascinó irresistiblemente. Me arrepentí de haberla aceptado, porque continuamente me la ofrecía.

CAPITULO LXV

En los primeros días se estableció que cada uno de nosotros tuviese una hora de paseo dos veces por semana. Luego se extendió este alivio a un día sí y otro no; y más tarde el paseo fué diario.

Nos llevaban a pasear a cada uno por separado,

entre dos guardias con el fusil al hombro. Yo, por estar alojado al principio del corredor, tenía que pasar ante las prisiones de todos los presos políticos italianos, excepto Maroncelli, el único que estaba abajo.

—¡Buen paseo!—me decían todos desde la ventanilla de sus calabozos. Pero no me era permitido pararme a saludar a ninguno.

Se bajaba una escalera, se atravesaba un ancho patio y se andaba sobre un terraplén situado a Mediodía, desde el cual se oteaba la ciudad de Brünn y gran perímetro comarcano.

En dicho patio había siempre muchos presos comunes, que iban y venían de los trabajos, o paseaban en grupos, conversando. Entre ellos había algunos ladrones italianos, que me saludaban con gran respeto, diciéndose entre ellos: «No es un bribón como nosotros, y sin embargo su prisión es más dura que la nuestra.»

Estos tenían mucha más libertad que yo.

Yo oía estas y otras expresiones y les correspondía con cordialidad. Uno de ellos me dijo una vez:

—Señor, su saludo me hace bien. Quizá vea usted en mi cara algo que no es maldad. Una pasión infeliz me llevó a cometer un delito; ¡pero, señor, no soy un malvado!

Y prorrumpió en lágrimas. Le alargué la mano y él no me la pudo alcanzar. Mis guardias, no por malicia, sino por la consigna que tenían, lo apartaron. No podían dejarnos acercarnos a nadie. Las pala-

bras de estos presidiarios, aunque dirigidas a mí, fingían decirlas entre ellos, porque si los dos soldados se enteraban que yo era el aludido, les mandaban callar.

Pasaban también por aquel patio hombres de varias condiciones, extraños al castillo, los cuales venían a visitar al intendente, o al capellán, o al sargento, o a alguno de los cabos de la guarnición.

—¡Este es uno de los italianos! ¡Este es uno de los italianos!—decían en voz baja. Y se paraban a mirarme; y muchas veces les oí decir en alemán, creyendo que yo no les entendía:

—Este pobre señor no envejecerá: tiene la muerte en la cara.

La verdad es que, si bien mejorado de salud, languidecía por la parvedad de la alimentación y me asaltaban nuevos períodos de fiebre. Sufría en arrastrar mi cadena en el paseo y concluía por dejarme caer en la hierba, permaneciendo así hasta que concluía la hora.

De pie, o sentados cerca de mí, estaban los guardias, hablando. Uno de ellos, llamado Kral, era un bohemio, que si bien de familia campesina y pobre, había recibido cierta educación, perfeccionándola en la medida posible, reflexionando con mucho tino sobre las cosas del mundo y leyendo todos los libros que caían en su mano. Conocía a Klopstock, a Wieland, a Goethe, a Schiller y a muchos otros buenos escritores alemanes. Sabía infinidad de versos de memoria y los recitaba con inteligencia y sentimiento. El otro soldado era el polaco Ku-

bitzky, ignorante, pero respetuoso y cordial. Su compañía me era muy agradable.

CAPITULO LXVI

A un extremo de aquel terraplén estaban las habitaciones del intendente; al otro extremo se alojaba un cabo, con su mujer y un hijo pequeño. Cuando yo veía salir a alguno de aquellas habitaciones me levantaba y me acercaba a la persona o personas que allí aparecían, colmándome todos de demostraciones de cortesía y de compasión.

La mujer del intendente estaba enferma hacía tiempo y desfallecía lentamente. Algunas veces se hacía llevar sobre un sofá, al aire libre. Es indecible lo que se conmovía para expresarme la compasión que sentía por todos nosotros. Su mirada era dulcísima y tímida; pero aunque tímida, se fijaba de tiempo en tiempo con intensa interrogadora confianza en la mirada de quien le hablaba.

Yo le dije una vez, riendo:

—¿Sabéis, señora, que os parecís algo a una persona que me fué querida?

Se ruborizó y respondió con seria y amable sencillez:

—No os olvidéis, pues, de mí cuando me muera; rezad por mi pobre alma y por los hijitos que dejo en el mundo.

Desde aquel día en adelante no pudo dejar más

la cama; no la volví a ver. Languideció algunos meses y luego murió.

Tenía tres hijos tiernos como amorcillos, uno de ellos, de pecho. La desventurada los abrazaba a menudo en mi presencia y decía:

—¡Quién sabe qué mujer será su madre después de mí! Cualquiera que sea, déle el Señor entrañas de madre para los hijos no nacidos de ella!—Y lloraba.

Mil veces me he acordado de su ruego y de aquellas lágrimas.

Cuando ella dejó de existir yo solía abrazar a los niños y me enternecía y repetía el ruego maternal. Pensaba en mi madre, en los ardientes votos que su corazón amantísimo formaba sin duda por mí, y, sollozante, exclamaba: «¡Cuán más feliz la madre que al morir abandona hijos pequeños que aquella otra que después de haberlos criado con infinitos cuidados se los va arrancar!»

Dos buenas viejas acostumbraban acompañar a los niños: una, la madre del intendente; otra, la tía. Quisieron saber mi historia y yo se la conté en compendio.

—¡Infelices de nosotras—me decían con expresión de verdadero dolor—, de no poder ayudaros en nada! Pero estad seguro que rezaremos por vos y que si un día llega vuestro indulto, será una fiesta para toda nuestra familia.

La primera de estas señoras, que era la que yo veía con más frecuencia, poseía una dulce, extraordinaria elocuencia para consolar. Yo la escu-

chaba con filial gratitud y se me grababan sus palabras en el corazón.

Me decía cosas que yo las sabía ya, pero que me impresionaban como cosas nuevas: «Que la desgracia no degrada al hombre si éste no se apoca, antes le sublima; que si pudiéramos penetrar los juicios de Dios veríamos muchas veces que eran más de compadecer los vencedores que los vencidos, los exaltados que los caídos, los poderosos que los despojados de todo; que la amistad particular demostrada por el Hombre-Dios hacia los desventurados es un gran hecho; que debemos gloriarnos de la cruz después que fué llevada a hombros divinos.»

Aquellas dos buenas ancianas, que yo veía con tanto placer, debieron a poco, por razones de familia, abandonar Spielberg, y los niños dejaron también de venir al terraplén. ¡Lo que me afligieron estas pérdidas!

CAPITULO LXVII

La incomodidad de la cadena al pie, que no me dejaba dormir, contribuía a arruinar mi salud. Schiller quería que yo reclamase y pretendía que el médico debía ordenar que me la quitaran.

Al principio no le hice caso; luego cedí al consejo, y dije al médico que, para poder conciliar el sueño, le suplicaba hacerme desencadenar, siquiera por algunos días.

Contestó el médico que mi fiebre no era tanta que pudiera matarme y que era necesario que me acostumbrase a los hierros.

La respuesta me indignó, y sentí rabia de haber pedido aquella gracia.

—He aquí lo que he ganado en seguir vuestro insistente consejo—dije a Schiller.

Se lo dije en tono tan áspero, que el rudo hombre se ofendió.

—A usted le desagrada haberse expuesto a una negativa y a mí me desagrada que usted se ensoberbeca conmigo.

A seguida me espetó un largo sermón:

—Los soberbios hacen consistir su grandeza en no exponerse a un desaire, en no aceptar ofertas, en avergonzarse de mil pequeñeces. *Alle Eseeleyen!* ¡Todo asnadas! ¡Vana grandeza! ¡Ignorancia de la verdadera dignidad! ¡La verdadera dignidad consiste en gran parte en avergonzarse de las malas acciones!

Dijo y fué haciendo un ruido infernal con las llaves.

Me quedé aturdido.

—Esta ruda franqueza me agrada—dije—, me agrada. Sale del corazón, como sus obsequios, como sus consejos, como su compasión. ¿No me dijo la verdad? ¡A cuánta debilidad doy yo el nombre de dignidad, cuando no es otra cosa que soberbia!

A la hora de la comida, Schiller dejó que el presidiario Kunda me trajera los platos y el agua y se quedó en la puerta. Le llamé.

—No tengo tiempo—contestó secamente.

Me levanté, fui a él y le dije:

—Si queréis que la comida me haga provecho, no me mostréis este ceño.

—¿Y qué cara he de poner?—preguntó serenándose.

—De hombre alegre, de amigo—repuse.

—¡Viva la alegría!—exclamó—. Y si, para que la comida le haga provecho, quiere también verme bailar, lo haré.

Y púsose a dar zancadas con sus flacas y largas pértigas, tan alegremente que solté la carcajada. Yo reía, pero tenía el corazón conmovido.

CAPITULO LXVIII

Una tarde Oroboni y yo estábamos a la ventana y nos dolíamos a porfía de pasar hambre. Levantamos algo la voz y los centinelas nos gritaron. El intendente, que, por desgracia, pasaba por allí, se creyó en el deber de hacer llamar a Schiller y reprenderle fieramente porque no vigilaba mejor para que hubiera silencio.

Schiller vino muy airado a quejarse a mí, y me intimó a que no hablara más por la ventana. Quería que se lo prometiera.

—No—respondí—, no lo quiero prometer.

—¡Oh!, *der Teufel! der Teufel!* (¡Diablo! ¡Diablo!)—gritó—. ¿Decirme a mí no quiero? ¿A mí, que recibo una chillería por causa de usted?

—Mucho lo siento, querido Schiller; lo siento de veras; pero no quiero prometer lo que comprendo no he de cumplir.

—¿Y por qué no lo habéis de cumplir?

—Porque no podría; porque la soledad continua es tormento cruel para mí, que no resistiré nunca a la necesidad de dar algún aliento a los pulmones y de invitar a mi vecino a que responda. Y si el vecino callara, dirigiría yo la palabra a los barrotes de mi ventana, a las colinas que tengo enfrente, a los pájaros que vuelan.

—*Der Teufel!* ¿No quiere prometérmelo?

—¡No, no y no!—exclamé.

Tiró al suelo el ruidoso manajo de llaves y repitió: *Teufel, Teufel!* En seguida añadió, abrazándose:

—¡Vaya! ¿Dejaré yo de ser hombre por esta canalla de llaves? Es usted un caballero como debe, y me agrada que no me quiera prometer lo que no ha de cumplir. Yo haría lo mismo.

Recogí las llaves y se las entregué.

—Estas llaves—le dije—no son tan canalla, ya que no pueden hacer de un honrado cabo que sois un malvado esbirro.

—Y si yo creyese que podían hacer esto—respondió—, las entregaría a mis superiores diciéndoles: «Si no quieren ustedes darme otro pan que el del verdugo, iré a pedir limosna.»

Sacó del bolsillo el pañuelo, se enjugó los ojos, luego levantó éstos y juntó las manos en actitud de orar. Yo junté las mías, y al par de él recé en

silencio. El comprendía que yo hacía votos por él, así como yo entendía que él los hacía por mí.

Ya al salir me cuchicheó:

—Cuando hable usted con el conde Oroboni, hágalo en voz más baja. Así hará dos bienes; uno, el evitarme la chillería del señor intendente; otro, el no dar a entender algún discurso..., ¿debo decirlo?..., algún discurso que irritara más, que puede castigar.

Le aseguré que de nuestros labios no saldría nunca una palabra que, referida a quienquiera que fuera, pudiese ofender.

La verdad es que no teníamos necesidad de ser advertidos que fuéramos cautos. Dos presos que se comunican entre sí saben perfectamente crearse un caló con el que lo dicen todo sin que nadie los entienda.

CAPITULO LXIX

Volví yo una mañana del paseo: era el 7 de agosto. La puerta del calabozo de Oroboni estaba abierta y dentro estaba Schiller, el cual no me había oído venir. Mis guardias quisieron adelantar el paso para cerrar aquella puerta. Yo me adelanto, me lanzo adentro y héteme en brazos de Oroboni.

Sorprendido, Schiller dijo: *Teufel! Teufel!* Y alzó el dedo, amenazándome. Pero los ojos se le llenaron de lágrimas y gritó, sollozando:

—¡Dios mío! ¡Compadeceos de estos pobres jóve-

nes y de mí, y de todos los infelices, vos que fuisteis también tan infeliz en este mundo!

Los dos guardias lloraban también. El centinela del corredor, que acudió allí, lloraba asimismo. Oroboni me decía:

—Silvio, Silvio, éste es uno de los más felices días de mi vida.

Yo no sé lo que le dije; estaba fuera de mí, de alegría y de ternura.

Cuando Schiller nos mandó separarnos, y fué forzoso obedecerle, Oroboni prorrumpió en copioso llanto y dijo:

—¿Volveremos a vernos en este mundo?

No le volví a ver. Pocos meses después su calabozo quedó vacío y Oroboni yacía en aquel cementerio que yo tenía delante de mi ventana.

Desde que nos vimos aquel instante parecía que yo le amaba más dulcemente, con más intensidad que antes; parecía que nos fuéramos más necesarios.

Era un hermoso joven, de noble aspecto, pero pálido y de escasa salud. Únicamente los ojos estaban llenos de vida. Mi afecto por él se aumentaba por la compasión que su delgadez y su palidez me inspiraban. Lo mismo sentía él por mí. Ambos sentíamos la probabilidad que a uno de nosotros tocara pronto sobrevivir al otro.

En pocos días enfermó. Yo no hacía otra cosa que gemir y rezar por él. Después de algunas fiebres recobró algo de salud y pudo reanudar los coloquios amistosos. ¡Cómo me consolaba el volver a oír el sonido de su voz!

—No te hagas ilusiones—me decía él—, será por poco tiempo. Ten la fortaleza de disponerte para mi pérdida; inspírame valor con el tuyo.

Por aquellos días enjalbegaron las paredes de nuestros calabozos, y nos transportaron, mientras, a los subterráneos. Desgraciadamente, en aquel intervalo nos separaron. Schiller me decía que Oroboni estaba bien, pero yo dudaba que me dijera la verdad, y temía que la salud, tan quebrantada, del amigo empeorase en aquellos subterráneos.

¡Si a lo menos hubiese logrado la fortuna de tener por vecino en aquella ocasión a mi querido Maroncelli! Algunas veces oía su voz. Nos saludábamos, cantando, a despecho de las gritas de los guardias.

Por estos días vino a vernos el protomédico de Brünn, enviado tal vez a consecuencia de las comunicaciones que el intendente hizo a Viena acerca de la extrema debilidad a que nos había reducido la escasa alimentación, o bien porque entonces reinaba en las cárceles un escorbuto muy epidémico.

No sabiendo yo el motivo de esta visita, pensé si sería por la nueva recaída de Oroboni. El temor de perderlo me daba una inquietud indecible. Se apoderó de mí fuerte melancolía y el deseo de morir. Volvía a presentarse el pensamiento del suicidio. Yo lo combatía; pero era como un viajero fatigado que mientras se dice a sí mismo: «Mi deber es andar hasta la meta» siente una necesidad prepotente de echarse en el suelo y descansar.

Se me había dicho que en uno de aquellos tenebrosos cubiles se había matado un viejo bohemio

estrellándose la cabeza contra la pared. Yo no podía quitarme de la cabeza la tentación de imitarle. No sé si mi delirio me hubiera llevado a esta determinación, a no ser porque un vómito de sangre me hizo creer que estaba próxima mi muerte. Di gracias a Dios por querer matarme de este modo, evitándome un acto de desesperación que mi inteligencia condenaba.

Pero Dios quiso conservarme. Aquel vómito de sangre palió mis males. Entre tanto fui devuelto a las cárceles de arriba, y la mayor luz y la nueva vecindad de Oroboni me congraciaron con la vida.

CAPITULO LXX

Le confié la profunda melancolía que yo había experimentado separado de él, y díjome haber tenido él que combatir igualmente la idea del suicidio.

—Aprovechemos—decía—el poco tiempo que se nos ha dado para confortarnos con la religión. Hablemos de Dios, excitémonos a amarle, acordémonos que El es justicia, sabiduría, bondad, belleza y todo lo que de óptimo anhelamos siempre. Dígote en verdad que mi muerte no está lejana. Te lo agradeceré eternamente si contribuyes a hacerme en estos últimos días de mi vida tan religioso como hubiera debido serlo durante toda ella.

Y nuestros discursos no versaban sino sobre filosofía cristiana y sobre el parangón de ésta con

la mezquindad de la sensualista. Los dos nos entusiasmábamos de tanta consonancia entre el cristianismo y la razón; ambos, en la confrontación de las diversas comuniones evangélicas, veíamos ser la católica la única que verdaderamente puede resistir a la crítica, y que la doctrina de la comunión católica consiste en dogmas purísimos y en purísima moral, y no en los míseros productos de la ignorancia humana.

—Si por inesperado acaso volviéramos a la sociedad—decía Oroboni—, ¿seríamos tan pusilánimes que no confesáramos el Evangelio? ¿De impresionarnos porque alguien nos echara en cara que la prisión había debilitado nuestro ánimo y que por imbecilidad nos habíamos vigorizado en nuestra creencia?

—Oroboni mío—le respondí—, tu pregunta me da a entender tu respuesta, y ésta es también la mía. El colmo de la vileza es ser esclavo de los juicios ajenos cuando se tiene la persuasión que son falsos. No creo tal vileza en ti ni en mí, ni que la tengamos nunca.

En aquella efusión del corazón cometí una falta. Había jurado a Juliano no revelar a nadie, dando su verdadero nombre, las relaciones que habían mediado entre nosotros. Las referí a Oroboni, diciéndole:

—Jamás pronunciarían mis labios en el mundo cosas semejantes, y si tú volvieras a él sé que puedo fiarme de ti.

Aquella alma honrada callaba.

—¿Por qué no me contestas?—le pregunté.

Acabó por reprocharme seriamente la violación del secreto. Su reproche era justo. Ninguna amistad, por íntima que sea y fortificada por la virtud, puede autorizar a tal violación.

Pero ya cometida la falta, Oroboni derivó de ella un bien. El había conocido a Juliano y sabía algunos rasgos honrosos de su vida. Me los contó, añadiendo:

—Aquel hombre ha obrado tan a menudo como cristiano, que no puede llevar su furor antirreligioso hasta la tumba. ¡Esperemos! ¡Esperemos! ¡Y tú, Silvio, procura perdonarle de corazón sus malos humores y reza por él!

Estas palabras fueron sagradas para mí.

CAPITULO LXXI

Las conversaciones a que hago referencia, ora con Oroboni, ora con Schiller y con otros, ocupaban poca parte de mis largas veinticuatro horas del día, y no pocas veces me estaba vedada la plática con el primero.

¿Qué hacía yo, entre tanto, en aquella soledad?

He aquí toda mi vida en aquellos días: Me levantaba siempre con el alba, y en la reja de la ventana decía mis oraciones. Oroboni estaba ya en la suya o no tardaba en asomarse. Nos saludábamos y uno y otro seguíamos calladamente pensando en Dios. Cuanto más horribles eran nuestros calabos-

zos, más bello nos era el espectáculo de afuera. Aquel cielo, aquella campiña, aquel lejano moverse de las criaturas en el valle, aquellas voces de los aldeanos, aquellas risas, aquellos cantos nos exultaban, nos hacían caramente sentir la presencia de Aquel que es tan magnífico en su bondad y del que tanta necesidad teníamos.

Venía la visita matutina de la guardia. Daba ésta una ojeada a la habitación para ver si todo estaba en orden, y observaba mi cadena anillo por anillo, a fin de asegurarse que cualquier accidente o malicia no la hubiera roto; o más bien—ya que romper la cadena era imposible—hacíase esta inspección para obedecer fielmente las prescripciones del reglamento. Si era día de visita del médico, Schiller me preguntaba si quería verle y tomaba nota.

Acabada la visita a nuestros calabozos volvía Schiller, acompañado de Kunda, el cual tenía el oficio de limpiar todas las habitaciones.

Breve intervalo, y traían el desayuno: media olla de caldo, con tres delgadísimas rebanadas de pan; yo comía este pan y no bebía el caldo (1).

Tras esto me ponía a estudiar. Maroncelli había traído de Italia muchos libros, y los demás compañeros habían hecho otro tanto, quién más, quién menos. Juntos todos, formaban una buena biblioteca. Esperábamos, además, aumentarla con nuestro dinero. No había venido todavía la respuesta del emperador a nuestra petición de leer

(1) Es, propiamente, la llamada *Bruen-Suppe* en alemán, especie de gachas de harina con manteca y agua caliente.

nuestros libros y adquirir otros; pero entre tanto el gobernador de Brünn nos concedía provisionalmente tener cada preso dos libros consigo y canjearlos a nuestra voluntad. A eso de las nueve venía el intendente, y si el médico había sido llamado, éste le acompañaba.

Otro rato de tiempo para el estudio, hasta las once, hora de la comida.

Hasta la puesta del Sol no había más visitas y volvía a estudiar. A esta hora Schiller y Kunda venían a mudar el agua, y un instante después, el intendente, con algunos guardias, para la inspección respectiva de la habitación y de la cadena.

En una de las horas del día, antes o después de la comida, a discreción de los guardias, era el paseo.

Terminada la visita nocturna, Oroboni y yo hablábamos, y éstos eran los coloquios más largos. Los extraordinarios eran por la mañana, o apenas comidos, pero siempre brevísimos.

Algunas veces los centinelas eran tan compasivos que decían: «Un poco más bajo, señores; de otro modo, nos castigarán a nosotros.»

Otras veces fingían no oírnos; pero así que veían venir al sargento nos pedían que calláramos hasta que pasara, y apenas se perdía de vista nos decían: «Señores, ahora pueden, pero lo más bajo posible.»

Acontecía que algunos de aquellos soldados se atrevieron, si no a dialogar con nosotros, a satisfacer nuestras preguntas y darnos algunas noticias de Italia.

A ciertas preguntas no contestaban sino rogándonos que calláramos. Era natural que dudáramos si eran expansiones de corazones estrechos o artificios para escrutar nuestros ánimos. Pero me inclino a creer que aquella gente hablaba con sinceridad.

CAPITULO LXXII

Una tarde tuvimos centinelas tan benignos, que Oroboni y yo no nos preocupamos de comprimir la voz. Maroncelli, desde la reja de su subterráneo, oyó y conoció mi voz. No pudo contenerse y me saludó cantando. Me preguntaba cómo estaba y me expresaba, con las palabras más tiernas, su sentimiento por no haber podido conseguir todavía que estuviéramos juntos. Esta gracia también yo la había pedido, pero ni el intendente de Spielberg ni el gobernador de Brünn tenían atribuciones para concederla. Nuestra petición había sido elevada al emperador, pero no llegaba la respuesta.

En otra ocasión que nos saludamos cantando en los subterráneos yo había oído algunas veces, en el piso de arriba, sus cantilenas, pero sin entender palabra y por pocos instantes, porque no dejaban proseguir. Ahora levantó mucho la voz, no le cortaron la palabra tan pronto y lo entendí todo. No hay términos con que decir la emoción que experimenté.

Le respondí, y continuamos el diálogo cerca de un cuarto de hora. Por fin relevaron los centinelas

del terraplén y los nuevos no fueron complacientes. Nos disponíamos a repetir el canto, pero gritos furiosos empezaron a amenazarnos y hubimos de callar.

Yo me representaba a Maroncelli sumido, en tan largo tiempo, en alguna prisión peor que la mía; me imaginaba la tristeza que allí debía oprimirle y el daño que sufriría su salud, y experimentaba yo igual aflicción.

Pude al fin llorar, pero el llanto no me alivió. Se apoderó de mí un fuerte dolor de cabeza, con fiebre violenta. No me tenía de pie y me eché en el jergón. Creció la convulsión; me dolía el pecho con horrible espasmo. Creí morirme aquella noche.

Al otro día cesó la fiebre; el pecho estaba mejor, pero me parecía tener fuego en el cerebro y apenas podía mover la cabeza sin que me asaltaran atroces dolores.

Dije a Oroboni mi estado. También él se sentía peor de lo acostumbrado.

—Amigo—dijo—, no está lejos el día que uno de nosotros no podrá venir a la ventana. Cada vez que nos saludamos puede ser la última. Estemos, pues, pronto uno y otro a morir o a sobrevivir al amigo.

Su voz estaba enternecida; yo no podía contestarle. Estuvimos un rato en silencio, y luego añadió:

—¡Dichoso tú que entiendes el alemán! Podrás, al menos, confesarte. Yo he pedido un sacerdote que sepa el italiano y me han dicho que no hay. Dios ve mis deseos, y desde que me confesé en Ve-

neicia creo en verdad que nada más me grava la conciencia.

—En cambio, yo me confesé en Venecia con el alma llena de rencor e hice peor que si hubiera rehusado los Sacramentos. Pero si ahora se me concede un confesor, confesaré de corazón y perdonaré a todos.

—El Cielo te bendiga—exclamó—; me das un gran consuelo. Hagamos, sí, hagamos lo posible entrambos por estar enteramente unidos en la felicidad como lo estamos en estos días de desgracia.

Al siguiente día le esperé en la ventana y no apareció. Supe por Schiller que estaba gravemente enfermo.

Ocho o diez días después estaba mejor y volvió a saludarme. Yo me lamentaba y él me sostenía. Pasaron algunos meses para él y para mí en esta alternativa de mejor y peor.

CAPITULO LXXIII

Pude aguantar hasta el día 11 de enero de 1823. Por la mañana me levanté con dolor de cabeza, no fuerte, pero con propensión al delirio. Me temblaban las piernas y respiraba con ahogo.

También Oroboni, desde hacía dos o tres días, estaba enfermo y no se levantaba.

Me trajeron el desayuno; apenas probé una cucharada y caí al suelo sin sentido. Algún tiempo

después, el centinela del corredor miró por casualidad por la rejilla, y viéndome tendido en el suelo y con la olla tirada a mi lado, me creyó muerto y llamó a Schiller.

Vino también el intendente; llamaron en seguida al médico y me pusieron en el lecho. Volví en mí medio muerto.

El médico dijo que yo estaba en peligro y me hizo quitar la cadena. Me ordenó no sé qué cordial, pero el estómago no podía retener nada. El dolor de cabeza aumentaba horriblemente.

Se dió cuenta inmediata al gobernador, quien expidió un correo a Viena para saber cómo debía tratármeme. Se contestó que no se me llevara a la enfermería, pero que se me atendiera en la prisión con la misma diligencia que si estuviera en la enfermería. Además se autorizaba al intendente a suministrarme caldos y comidas de su cocina mientras durase la gravedad del mal.

Este último alivio me fué al principio inútil: no podía con ningún alimento ni bebida. Empeoré durante una semana y deliraba día y noche.

Kral y Kubitzky me sirvieron de enfermeros; los dos me cuidaban con cariño.

Cuantas veces volvía en mí, Kral me repetía:

—Tenga confianza en Dios; sólo Dios es bueno.

—Reza por mí—le decía yo—, no para que sane, sino para que acepte mi desgracia y mi muerte en expiación de mis pecados.

Me sugirió que pidiera los Sacramentos.

—Si no los pedí—le respondí—, atribúyelo a mi

debilidad de cabeza; pero me será de gran consuelo el recibirlos.

Kral trasladó mis palabras al intendente y se hizo venir al capellán de la cárcel.

Me confesé, comulgué y recibí la Extremaunción. Estuve contento de aquel sacerdote. Se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo sobre la justicia de Dios, sobre la injusticia de los hombres, sobre los deberes del perdón, sobre la vanidad de todas las cosas del mundo no eran triviales: tenían el sello de una inteligencia elevada y culta y de un sentimiento cálido de verdadero amor de Dios y del prójimo.

CAPITULO LXXIV

El esfuerzo de atención que hice para recibir los Sacramentos pareció deber agotar mi vitalidad; pero en vez de esto me animó, después de sumirme en un letargo de algunas horas, que me dejó descansado.

Me levanté bastante aliviado, y viendo a Schiller y a Kral junto a mí les tomé de la mano, dándoles gracias por sus cuidados.

Schiller me dijo:

—Mi vista está ejercitada en ver enfermos; apostarí a que ya no se muere usted.

—¿Me decís esto por no decirme otra cosa peor?

—No; las miserias de la vida son grandes, es verdad; pero el que las soporta con nobleza de ánimo y con humildad, éste gana siempre viviendo.

Y añadió:

—Si vive usted, espero que de aquí a pocos días tendrá un gran consuelo. ¿No ha solicitado ver al señor Maroncelli?

—Lo he pedido tantas veces, en vano, que no confío conseguirlo.

—Espere, señor, espere, y repita la petición.

Así lo hice aquel mismo día. El intendente dijo, como siempre, que debía esperar, pero añadió ser probable que no sólo me viera Maroncelli, si que también se me diera como enfermero, y después, como compañero inseparable.

Como casi todos los presos políticos estábamos más o menos enfermos, el gobernador había solicitado de Viena el que pudiéramos estar juntos de dos en dos, para que uno cuidara del otro.

Yo también había pedido la gracia de escribir un último adiós a la familia.

A fines de la segunda semana mi enfermedad tuvo una crisis y el peligro se conjuró.

Empezaba a levantarme cuando una mañana se abre la puerta y veo entrar, risueños, al intendente, al médico y a Schiller. El primero corre a mí y me dice:

—Tenemos permiso de darle por compañero a Maroncelli y dejarle escribir a usted una carta a la familia.

La alegría me quitó la respiración, y el pobre intendente, que por ímpetu de un buen corazón faltó a la prudencia, me creyó perdido.

Cuando recobré los sentidos y me acordé de los

faustos anuncios, rogué que no me retrasaran aquellos bienes. El médico consintió y Maroncelli vino a poco a abrazarme.

¡Qué momento aquel! «¿Vives?—exclamábamos a porfía—. ¡Oh amigo! ¡Oh hermano! ¡Qué día tan feliz éste en que volvemos a vernos! ¡Bendito sea Dios!»

Pero nuestra alegría, que era inmensa, iba unida a una inmensa compasión. Maroncelli debía de estar más impresionado que yo viendo lo quebrantado que me hallaba; sabía la grave enfermedad que acababa de pasar. Pero yo también, si bien no ignoraba lo mucho que él había padecido, no me lo imaginaba tan cambiado. Apenas se le conocía. Aquella fisonomía tan bella, tan florida, estaba consumida por el dolor, por el hambre, por el aire malsano de su tenebrosa prisión.

El vernos, oírnos y estar juntos, al fin, nos confortaba. ¡Qué de cosas teníamos que comunicarnos, recordar o repetir! ¡Cuánta dulzura en la compasión! ¡Cuánta armonía en todas las ideas! ¡Qué gozo por encontrarse de acuerdo en lo tocante a religión, y odiar la ignorancia y la barbarie, pero descartando a los hombres, y compadecer a los ignorantes y los bárbaros y rezar por ellos!

CAPITULO LXXV

Me trajeron un pliego de papel y tintero para que escribiera a mis padres.

Como el permiso se había concedido al que se

creía moribundo y que por última vez enviaba un adiós a la familia, yo abrigaba el temor de que mi carta, cambiado ahora el tema, no fuera cursada a su destino. Me limité, por consiguiente, a rogar con la mayor ternura a mis padres, hermanos y hermanas que se tranquilizaran sobre mi suerte, asegurándoles que yo estaba resignado.

Sin embargo, esta carta fué expedida, como luego supe, cuando, después de tantos años, volví al techo paternal (1). Era la única que en tan largo cautiverio pude escribir a mis queridos padres. En cambio, yo no recibí carta alguna de ellos; las que me escribieron fueron siempre detenidas en Viena. Del mismo modo estaban privados de relacionarse con sus familias los demás compañeros de infortunio.

Pedimos infinitas veces la gracia de tener, por lo menos, papel y tintero para estudiar y la de comprar libros con nuestro dinero. No fuimos atendidos jamás.

El gobernador nos permitió únicamente que leyéramos los libros que ya teníamos.

Por su bondad obtuvimos asimismo alguna mejora en la alimentación, que, ¡ay!, no duró mucho tiempo. Había consentido que en vez de que nos proveyera la cocina del cantinero de la cárcel lo hiciera la del intendente. A este fin se consigna-

(1) Pellico estuvo engañado. Aquella carta quedó detenida en los archivos imperiales de Brünn, donde la encontró Chiattono, con el sello puesto. Lleva la fecha de 28 de enero de 1823, y Chiattono la ha reproducido.

ron por él algunos fondos suplementarios. No vino la confirmación de esta orden; pero en el tiempo que duró este beneficio yo experimenté mucho alivio. También Maroncelli recobró algún vigor. En cuanto al infeliz Oroboni, era demasiado tarde.

Este último estuvo acompañado, primero, por el abogado Solera, y después, por el cura D. Fortini.

Cuando estuvimos apareados en las prisiones, la prohibición de hablar por las ventanas se renovó, con la amenaza de que el contraventor sería puesto solo. Alguna que otra vez quebrantamos esta orden para saludarnos, pero cesaron los largos coloquios.

La índole de Maroncelli y la mía armonizaban perfectamente. El valor de uno sostenía el valor del otro. Si uno de nosotros era presa de tristeza o de arrebatos de ira contra los rigores de nuestra suerte, el otro le salía al paso con alguna chanza o con oportunas reflexiones. Dulce sonrisa templaba casi siempre nuestros afanes.

Cuando tuvimos libros, si bien de tanto leerlos nos los sabíamos de memoria, nos sirvieron de agradable pasto de la mente, con motivo de nuevos exámenes, confrontaciones, juicios, rectificaciones, etc. Leíamos, o, mejor aún, meditábamos gran parte del día en silencio, y charlábamos al tiempo de la comida, del paseo y toda la noche.

Maroncelli había compuesto en el subterráneo muchos versos de gran belleza. Ahora me los recitaba y componía otros, y nuestra memoria se ejer-

citaba en releer todo esto. Admirable fué la capacidad que adquirimos de poetizar largas producciones de memoria, limarlas y volverlas a limar infinitas veces y reducirlas al grado de posible finura que habríamos obtenido con la pluma. Maroncelli compuso de este modo, poco a poco, y retuvo en la mente, algunos miles de versos líricos y épicos. Yo hice la tragedia *Leoniero da Dertona* y otras producciones.

CAPITULO LXXVI

Oroboni, después de haber estado muy enfermo en el invierno y en la primavera, empeoró en el verano. Esputaba sangre y se puso hidrópico.

Dejo pensar cuánta sería nuestra aflicción cuando él se estaba extinguiendo tan cerca de nosotros sin que pudiéramos romper aquellas crueles paredes que nos impedían verle y prestarle nuestros amistosos servicios.

Schiller nos traía noticias suyas. El infeliz joven padeció atrocemente, pero su ánimo no se abatió nunca. Recibió los socorros espirituales del capellán, el cual, por fortuna, sabía francés.

Murió el día de su santo, a 13 de junio de 1823. Horas antes de expirar habló de su padre, octogenario, se enterneció y lloró. Luego se repuso, diciendo: «Pero, ¿a qué llorar al más afortunado de mis amados, cuando está en vísperas de unirse conmigo en la paz eterna?»

Sus últimas palabras fueron: «Perdono de corazón a mis enemigos.»

Le cerró los ojos D. Fortini, amigo suyo de la infancia, todo religión y caridad.

¡Pobre Oroboni! ¡Qué hielo corrió por nuestras venas cuando dijeron que ya no vivía! ¡Y oímos las voces y los pasos de los que venían a llevarse el cadáver! ¡Y vimos por la ventana el carro que lo llevaba al cementerio! Tiraban de este carro dos presidiarios comunes y seguían cuatro guardias. Acompañamos con la mirada el triste cortejo hasta el cementerio. Entró en el recinto. Se paró en un ángulo: allí estaba la fosa.

Pocos instantes después, carro, presidiarios y guardias volvían atrás. Uno de éstos era Kubitzky. Díjome (gentil arranque en un hombre rudo):

—He señalado con precisión el lugar de la sepultura para que, si algún amigo o pariente pudiera obtener un día el permiso de recoger los huesos y llevarlos a su país, se sepa donde yacen.

¡Cuántas veces Oroboni me había dicho, mirando desde la ventana el camposanto: «Es necesario que me acostumbre a la idea de ir a pudrirme allí dentro; pero confieso que esta idea me amarga. Me parece que no se debe de estar tan bien en esta tierra como en nuestra amada península.»

En seguida reía y exclamaba: «¡Niñerías! Cuando un traje está inservible y hay que quitarlo ¿qué importa dónde sea tirado?»

Otras veces decía: «Me voy preparando para la muerte, pero estaría más resignado con la condi-

ción de entrar por un momento en la casa paterna, abrazar las rodillas de mi padre, oír una palabra de bendición y morir.»

Suspiraba y añadía: «¡Si este cáliz no puede apartarse, ¡oh Dios mío, hágase tu voluntad!»

Y la última mañana de su vida dijo aún, besando un crucifijo que Kral le presentó:

—Tú que eres divino, tuviste horror de la muerte y dijiste: «Si es posible, aparta de mí este cáliz». Perdona si yo lo digo también. Pero repito tus demás palabras: «Sin embargo, sea no como yo quiero, sino como tú quieres.»

CAPITULO LXXVII

Después de la muerte de Oroboni enfermé nuevamente. Creí juntarme pronto al perdido amigo, y esto deseaba. Sentía únicamente separarme del compañero Maroncelli.

Muchas veces, en tanto que él, sentado en el jergón, leía o poetizaba, o acaso fingía, como yo, distraerse con estos estudios y meditaba sobre nuestra desventura, yo le miraba con afán y pensaba:

«¡Cuánto más triste será tu vida cuando el soplo de la muerte me haya tocado, cuando veas que me sacan de esta habitación, cuando, mirando al cementerio, digas: «¡También Silvio está allí!» Y me enternecía por aquel pobre sobreviviente y hacía votos para que se le diera otro compañero, capaz de apreciarle como le apreciaba yo. O bien

que el Señor prolongase mis martirios y me dejase el dulce oficio de calmar los de este infeliz compartiéndolos.

No hago mención de las veces que mi enfermedad se calmaba y recrudecía. La asistencia de Maroncelli era la de un tierno hermano. Se reprimía cuando no me convenía hablar y guardaba silencio; conocía cuando sus palabras podían alentarme, y en este caso hallaba siempre argumentos o temas a propósito de la disposición de mi ánimo, ya secundándola, ya procurando cambiarla de grado en grado. Nunca había conocido espíritu más noble que el suyo: iguales a él, pocos. Un grande amor por la justicia, una gran tolerancia, una gran confianza en la virtud humana y en las ayudas de la Providencia, un sentimiento vivísimo de lo bello en todas las artes, una fantasía rica de poesía: todas las más amables dotes de mente y de corazón se unían para hacérmelo querido.

Yo no olvidaba a Oroboni, y todos los días gemía por su muerte; pero se me alegraba a veces el corazón imaginando que aquel sér querido, libre de todos los males y en el seno de la Divinidad, debía añadir a sus contentamientos el verme con un amigo no menos afectuoso que él.

Una voz parecía asegurarme que Oroboni no estaba ya en el purgatorio; sin embargo, no dejaba de rezar por él. Muchas veces soñé que le veía, que rogaba por mí, y aquellos sueños estimaba que no fueran pasajeros, sino verdaderas manifestaciones suyas, permitidas por Dios para consolarme. Sería

ridículo referir la viveza de tales sueños y la suavidad que realmente dejaban en mí para todo el día.

Pero los sentimientos religiosos y mi amistad por Maroncelli aligeraban siempre más mis aflicciones. La única idea que me asustaba era la posibilidad de que este infeliz, de salud bastante quebrantada, si bien menos minada que la mía, me precediera en el sepulcro. Cada vez que él enfermaba, yo temblaba; verle mejorado era una fiesta para mí.

Este temor de perderlo daba a mi afecto por él una fuerza siempre mayor; y en él el miedo de perderme operaba el mismo efecto.

¡Ah! ¡Cuánta dulzura en aquellas alternativas de afanes y de esperanzas por una persona que es la única que nos queda! Nuestra suerte era, seguramente, una de las más míseras que caben en la tierra; con todo, estimarse y amarse tan plenamente así constituía, en medio de nuestros dolores, una especie de felicidad, y de veras que la sentíamos.

CAPÍTULO LXXVIII

Hubiera deseado que el capellán (del cual estuve tan satisfecho cuando mi primera enfermedad) me fuera concedido para confesor y que pudiera verle de vez en cuando, aunque no fuese en caso de grave enfermedad. En lugar de aquél, el gobernador designó a un agustino, el Padre Battista,

en tanto que venía de Viena o la confirmación de éste o el nombramiento del otro.

Yo temía perder en el cambio; me equivocaba. El Padre Battista era un ángel de caridad. Sus modales eran educadísimos, hasta elegantes; razonaba profundamente acerca de los deberes del hombre.

Le rogamos que nos visitara a menudo. Venía todos los meses, y más frecuentemente si podía. Nos traía, con permiso del gobernador, algún libro, diciéndonos, en nombre de su superior, que toda la biblioteca del convento estaba a nuestra disposición. Ganancia grande hubiera sido esto para nosotros si hubiera durado. Así y todo, nos aprovechamos en algunos meses.

Después de la confesión se encerraba un buen rato a conversar con nosotros, y en todos sus discursos resaltaba su alma recta, digna, enamorada de la grandeza y de la santidad del hombre. Tuvi- mos la suerte de gozar cerca de un año de sus luces y de su afecto, que no se desmintió nunca. Jamás una sílaba que pudiera hacer sospechar intención de servir no a su ministerio, sino a la política. Jamás una falta de respeto a cualesquiera miramientos delicados.

Al principio, a decir verdad, yo desconfiaba de él; esperaba ver que empleaba la finura de su ingenio en indagar inconveniencias. En un preso político tal desconfianza es demasiado natural; pero ¡qué descanso se experimenta cuando aquélla se desvanece y se descubre al intérprete de Dios, sin otro celo que la causa de Dios y de la humanidad!

Poseía un don particular y efficacísimo para consolar. Yo me acusaba, por ejemplo, de arrebatos de ira a causa de los rigores de la disciplina carcelaria. El moralizaba entonces sobre la virtud de sufrir con serenidad y perdonando; luego pasaba a pintar con vivísima representación la miseria de condiciones distintas de la mía. Era hombre que había vivido mucho en la ciudad y en el campo, conocido a grandes y pequeños y meditado sobre las injusticias humanas; sabía describir bien las pasiones y las costumbres de las diferentes clases sociales. Doquiera me mostraba fuertes y débiles, explotadores y explotados; doquiera la necesidad o de odiar a nuestros semejantes o amarlos por generosa indulgencia o por compasión. Los casos que contaba a fin de recordarme la universalidad de la desventura, así como los buenos efectos que se pueden sacar de ésta, no tenían nada de particular; eran usuales, pero los refería con palabras tan poéticas, tan enérgicas, que me hacían sentir fuertemente la deducción de resignarme.

¡Ah, sí! Cada vez que yo oía aquellas amorosas reconvenciones y nobles consejos ardía en amor a la virtud; no aborrecía ya a nadie, habría dado mi vida por el más ínfimo de mis semejantes, bendecía a Dios por haberme hecho hombre.

¡Ah! ¡Infeliz el que ignora la sublimidad de la confesión! ¡Infeliz el que, por no parecer vulgar, se cree obligado a mirarla con escarnio! No es verdad que sabiendo que se necesita ser bueno sea

inútil que oigamos que nos lo dicen, que basten las propias reflexiones y oportunas lecturas, ¡no! El lenguaje vivo del hombre tiene una sugestión que ni la lectura ni las propias reflexiones poseen. El alma experimenta mayor sacudida; las impresiones que se hacen son más profundas. En el hermano que os habla hay una vida y una oportunidad que a menudo se pedirán en vano a los libros y a nuestros propios pensamientos.

CAPITULO LXXIX

A principios del 1824, el intendente, que tenía su despacho en uno de los extremos de nuestro corredor, se trasladó a otro departamento, y las habitaciones que ocupaba, con otras anejas, fueron convertidas en prisiones. ¡Ay! Comprendimos que nuevos presos políticos debían llegar de Italia.

Llegaron, en efecto, los del tercer procesamiento, todos ellos amigos y conocidos míos. ¡Qué tristeza la mía cuando supe sus nombres! Borsieri era uno de mis amigos más antiguos. De menos tiempo databa mi amistad con Confalonieri, pero ésta de todo corazón. ¡Si hubiera podido, aunque fuera pasando a la prisión *durísima* o a cualesquiera otros tormentos imaginables, aminorar sus condenas y libertarlos, Dios sabe que lo hubiera hecho! Más aún: la vida por ellos. ¿Qué es dar la vida? ¡Sufrir es más aún!

Ahora, que es cuando más necesidad tenía de

los consuelos del Padre Battista, no se le permitió venir.

Llegaron nuevas órdenes para que rigiera la más severa disciplina. Aquel terraplén que nos servía de pasco fué rodeado de una valla tan alta que ni aun con telescopio podía verse el bellissimo espectáculo, en lontananza, del anfiteatro de colinas y de la ciudad. Aun esto no fué bastante. Para llegar al terraplén se había de atravesar el patio, con lo cual muchos presos tenían ocasión de cambiar impresiones. Para evitar esto se suprimió también el paso por este sitio, señalándose otro mucho más pequeño, contiguo a nuestro corredor.

No puedo expresar lo que nos afligió ese cambio de paseo. No he dado cuenta de los consuelos que teníamos en el lugar que ahora se nos quitaba: la vista de los niños del intendente, sus queridos abrazos en el lugar donde viéramos enferma, en sus últimos días, a su madre; la charla con el herrero, que aquí tenía su alojamiento; las alegres canciones y las armonías de un cabo que tocaba la guitarra; por último, un amor inocente—no mío ni de mi compañero, sino de una vendedora de fruta, enamorada de Maroncelli, una jovencita húngara.

Ya antes que éste fuera puesto conmigo él y esta mujer habían hecho alguna amistad, a fuerza de verse casi todos los días. Maroncelli era de alma tan honrada, tan digna y tan sencilla que ignoraba haber enamorado a la compasiva muchacha. Fui yo quien le llamó la atención. Dudó en creerme,

pero en la duda de si yo tenía razón, se impuso a sí mismo mostrarse frío con ella. Pero esta mayor reserva, en vez de entibiar el amor de la joven, pareció aumentarlo.

Como la ventana del calabozo de él apenas se levantaba a la altura de un brazo del suelo del terraplén, ella se estacionaba en aquel sitio con el pretexto de secar al sol algunos pañuelos o hacer otros menesteres, poniéndose a contemplarle, y, si podía, entablaba conversación.

Nuestros pobres guardias, siempre cansados de haber dormido poco o nada por la noche, aprovechaban la ocasión de estar en aquel ángulo donde, sin ser visto de los superiores, podían sentarse en la hierba y dormitar. Maroncelli se vió cohibido ante el manifiesto amor de la desgraciada. Mayor era mi embarazo. Aunque tal escena hubiera sido risible de no inspirarnos respeto aquella mujer, a nosotros nos resultaba seria y hasta patética. La infeliz húngara tenía una de aquellas fisonomías que anuncian indudablemente la costumbre de la virtud y la necesidad del cariño. No era hermosa, pero tenía tal expresión de gallardía que los contornos, un tanto irregulares, de su cara parecían embellecerse a cada sonrisa, a cada movimiento de los músculos.

Si tuviera el propósito de hablar de amor, podría escribir muchas cosas de aquella mísera y virtuosa mujer, ya muerta. Baste consignar este incidente, de los pocos ocurridos en nuestra prisión.

CAPITULO LXXX

Los crecientes rigores hacían cada vez más monótona nuestra vida. Todo el 1824, el 25, el 26 y el 27, ¿cómo lo pasamos? Nos fué vedado el uso de los libros que interinamente nos concediera el intendente. Las prisiones se convirtieron en una verdadera tumba, pero sin la tranquilidad de ésta.

Todos los meses, en un día determinado, venía a hacer una diligente pesquisa el director de policía, acompañado de su lugarteniente y de guardias. Nos desnudaban, examinaban todos los cosidos de la ropa, en la duda de si estuviera escondido algún papel u otro objeto, y registraban los jergones. Por más que no podía encontrarse nada clandestino, esta visita hostil y de sorpresa, repetida hasta la saciedad, tenía un nosequé que me irritaba y me daba fiebre.

Los años anteriores me habían parecido infaustos, pero ahora los recordaba con deseo, como tiempos de dulces recuerdos. ¿Dónde estaban las horas en que me engolfaba en el estudio de la Biblia o de Homero? A fuerza de leer Homero en el texto, perfeccioné el poco griego que sabía y me apasioné por este idioma. ¡Cuánto sentí no poder continuar este estudio! Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Walter Scott, Schiller, Goethe, etc. ¡Cuántos amigos arrebatados! Entre otros, añoré algunos libros de cristiana sabiduría, como el Bourdaloue, el Pascal, la *Imitación de Jesucristo*, *La Fi-*

lotea, etc., libros que si se leen con crítica estrecha e iliberal, fijándose en los defectos de gusto y en pensamientos equivocados, se dejan a un lado y no se vuelven a tomar; pero que leídos sin malicia y sin escandalizarse de los lados débiles descubren una alta filosofía vigorosamente nutritiva para el corazón y la inteligencia.

Algunos de los antedichos libros de religión nos fueron enviados como regalo del emperador, pero con exclusión total de otra clase de libros referentes a estudios literarios.

Este regalo de obras ascéticas fué otorgado en 1825, a petición de un confesor dálmata enviado de Viena, el P. Esteban Paulowich, preconizado dos años después obispo de Cattaro. A éste debimos también poder oír misa, lo que antes nos fué negado, a pretexto de que no se nos podía llevar a la iglesia y tenernos separados de dos en dos, como estaba ordenado.

No pudiendo mantenerse tanta separación, íbamos a misa en tres grupos: un grupo, sobre la tribuna del órgano; otro, debajo de la tribuna, de modo que no fuera visto; y el tercero, en un oratorio con vistas a la iglesia por una celosía.

Maroncelli y yo tuvimos entonces por compañeros, pero con prohibición de que una pareja hablara con otra, seis presos de sentencia anterior a la nuestra. Dos de ellos habían sido mis vecinos en los Plomos, de Venecia. Íbamos entre guardias al puesto designado, y acabada la misa, cada pareja a su calabozo. Nos decía la misa un capuchino.

Este buen hombre terminaba siempre su rito con un *Oremus* implorando nuestra liberación, y su voz se conmovía. Camino del altar, dirigía una piadosa mirada a cada uno de los tres grupos y bajaba tristemente la cabeza rezando.

CAPITULO LXXXI

En 1825 Schiller fué considerado como demasiado débil por los achaques de la vejez y le dieron la custodia de aquellos presos con los que no era preciso tanta vigilancia. ¡Lo que sentí que nos lo quitaran y lo que él sintió separarse de nosotros!

Diéronle como sucesor primeramente a Kral, hombre no inferior a él en bondad. Pero éste fué también destinado a otro empleo y nos vino otro, que no era malo, pero sí uraño y desprovisto de toda manifestación de cariño.

Estos cambios me afligían hondamente. Schiller, Kral y Kubitzky, pero en particular los dos primeros, nos habían asistido en nuestras enfermedades como pudieran hacerlo un padre y un hermano. Incapaces de faltar a sus deberes, sabían cumplirlos sin dureza de corazón. Si alguna brusquedad había en la forma, era casi siempre involuntaria y la corregía plenamente el trato cariñoso que nos daban. Tal cual vez me revolví contra ellos, pero ¡cómo me perdonaban cordialmente! ¡Cómo anhelaban persuadirnos que nos estimaban

y cómo gozaban viendo que nos persuadían y que les teníamos por hombres de bien!

Desde que estuvo lejos de nosotros, Schiller enfermó muchas veces, y pedíamos con ansiedad filial noticias suyas. Cuando estuvo convaleciente venía alguna vez a pasear bajo nuestra ventana. Tosíamos nosotros para saludarle, y él miraba arriba con sonrisa melancólica, diciendo a los centinelas de modo que le oyéramos: *Da sind meine Söhne!* (¡Allí están mis hijos!)

¡Pobre viejo! ¡Qué pena me daba verle mover pesadamente el enjuto cuerpo y no poder sostenerle en mis brazos!

A veces se sentaba en la hierba y leía. Eran libros que me había prestado. Y a fin de que los reconociese, decía el título a los centinelas o repetía algún párrafo. Casi siempre eran anécdotas de calendario y otros cuentos de poco valor literario, pero morales.

Tras varias recaídas de apoplejía, se hizo trasladar al hospital militar. Estuvo muy malo, y a poco falleció. Poseía algunos centenares de florines, fruto de sus largos ahorros, pero que había dado en préstamo a algunos de sus camaradas. Cuando vió próximo su fin llamó a algunos amigos y díjoles: «No tengo parientes; cada uno de vosotros se quede con lo que tiene mío. Sólo les pido que rueguen por mí.»

Uno de estos amigos tenía una hija de diez y ocho años, ahijada de Schiller. Pocas horas antes de morir el buen viejo mandó llamarla. No podía

pronunciar palabras con claridad; se quitó del dedo una sortija de plata, su última riqueza, y la puso en uno de ella. Luego la besó y lloró. La joven sollozaba y le cubría con sus lágrimas. El se las enjugaba con el pañuelo. La tomó las manos y se las puso en los ojos. Aquellos ojos estaban cerrados para siempre.

CAPITULO LXXXII

Nos iban faltando los consuelos humanos, uno tras otro; los afanes iban en aumento. Yo me resignaba a la voluntad de Dios, pero me resignaba gimiendo; y el alma mía, en vez de endurecerse en el mal, parecía sentirlo siempre más dolorosamente.

Una vez me fué entregada, clandestinamente, una hoja de la *Gaceta de Augsburgo*, en la que se leían extrañas cosas acerca de mí, con motivo de la toma de hábito religioso de una de mis hermanas.

Decía:

«La señora María Angeles Pellico, hija, etc., etc., tomó en el día, etc., el velo en el monasterio de la Visitación, en Turín. Es hermana del autor de *Francesca de Rimini*, Silvio Pellico, el cual salió reciéntemente de la fortaleza de Spielberg, indultado por S. M. el emperador, rasgo de clemencia dignísimo de tan magnánimo soberano y que alegró a toda Italia, etc.»

Y aquí seguían alabanzas a mí. La fábula del indulto no pude imaginarme por qué fué inventada. ¿Pura diversión del periodista? No parecía verosímil. ¿Alguna astucia de la Policía alemana? ¿Quién sabe! Pero los apellidos de María Angeles eran precisamente los de mi hermana. Sin duda había pasado de la *Gaceta de Turín* a la otra *Gaceta*. ¿De modo que la buena joven se había hecho verdaderamente monja? ¡Ah! ¡Quizá haya tomado este estado porque perdió sus padres! ¡Pobre niña! ¡No ha querido que yo solo padeciera la angustia de la cárcel; ella también ha querido recluirse! ¡El Señor la dé, más que me da a mí, la virtud de la paciencia y de la abnegación! ¡Cuántas veces, en su celda, aquel ángel pensará en mí! ¡Cuántas veces hará duras penitencias para obtener de Dios que alivie los males del hermano!

Estos pensamientos me enternecían, me desgarraban el corazón. ¡Quizá mis desventuras habrían influído para abreviar los días de mi padre o de mi madre, o de los dos! Cuanto más lo pensaba, más me parecía imposible que sin tal pérdida mi Marietta hubiera abandonado la casa paterna. Tal idea me oprimía y caí en la más angustiosa tristeza.

No menos conmovido que yo estaba Maroncelli. De allí a pocos días dióse a componer un lamento poético sobre la hermana del prisionero. Salió un bellissimo poemita, impregnado de melancolía y compasión. Así que lo hubo terminado me lo recitó. ¡Cómo le agradecí su fineza! Entre tantos millones

de versos que hasta ahora se habían hecho para monjas, probablemente aquellos eran los únicos que se compusieron en una cárcel para el hermano de la monja por un compañero de cadena. ¡Qué concurso de ideas patéticas y religiosas!

De esta manera, la amistad endulzaba mis dolores. Desde aquel tiempo no pasó día que no volara con el pensamiento a un convento de vírgenes; que entre aquellas vírgenes no considerase con más tierna piedad a una; que yo no rezase ardentemente al Cielo por que embelleciera su soledad y no se le representara demasiado horrible mi prisión.

CAPITULO LXXXIII

El hecho de habérseme procurado clandestinamente la *Gaceta* aquella no debe hacer creer al lector que me fueran frecuentes las noticias del mundo ni que consiguiera procurármelas. No; todos eran buenos a mi alrededor, pero todos atados por el miedo. Si ocurrió algún leve acto clandestino, fué únicamente cuando el peligro casi era nulo; y era difícil cosa que pudiera parecer nulo en medio de tantas pesquisas ordinarias y extraordinarias.

Nunca me fué posible tener ocultamente noticias de mis queridos ausentes, excepto el referido dato referente a mi hermana.

El temor de que mis padres no vivieran ya se aumentó de allí a poco tiempo, más que disminuyó, por el modo con que una vez el director de policía

vino a anunciarme que en mi casa estaban todos bien.

—Su Majestad el emperador manda—dijo—que le participe buenas noticias de los parientes que tiene usted en Turín.

Me emocioné de sorpresa ante esta primera noticia y pedí más detalles.

—Dejé—le contesté—padres, hermanos y hermanas en Turín. ¿Viven todos? Si hay alguna carta de alguno de ellos, le suplico que me la enseñe.

—No puedo enseñar nada. Debe usted contentarse con lo dicho. Es siempre una prueba de la benignidad del emperador mandar comunicarle estas consoladoras palabras. Esto no se ha hecho aún con ninguno.

—Concedo que sea una prueba de benignidad del emperador; pero usted comprenderá que me es imposible obtener consuelo por palabras tan vagas. ¿Cuáles son los parientes que están buenos? ¿No he perdido alguno?

—Señor, siento no poderle decir más de lo que se me ha ordenado—. Y se fué.

La intención era, a buen seguro, darme un alivio con aquella noticia. Pero yo me persuadí que al mismo tiempo que el emperador quiso ceder a las instancias de alguno de mis allegados y consentir que se me diera aquella noticia, no quería que se me enseñara ninguna carta para que yo no supiera cuál de aquéllos faltaba.

De allí a pocos meses me fué comunicado un

anuncio parecido al anterior; pero ni carta ni más explicación.

Vieron que no me contentaba con esto y que me afligía más, y nada volvieron a decirme de mi familia.

El pensamiento que mis padres hubieran muerto, como también los hermanos y Josefina, otra amadísima hermana mía; que acaso Marietta, sobreviviente, se extinguiera pronto en la angustia de la soledad y en los rigores de la penitencia, me disgustaba más de la vida.

Algunas veces, asaltado fuertemente por la acostumbrada enfermedad, o por otra nueva, como cólicos horribles con síntomas dolorosos y parecidos a los del *cólera morbo*, esperé morir. Sí, la expresión es exacta: *esperé*.

Sin embargo, ¡oh contradicciones del hombre!, dirigiendo una mirada al languideciente compañero se me destrozaba el corazón a la idea de dejarlo solo, y deseaba de nuevo la vida.

CAPITULO LXXXIV

Por tres veces vinieron de Viena personajes encumbrados a visitar nuestras cárceles, para asegurarse de que no había abusos de disciplina. La primera fué la del barón Von Münch, el cual, compadecido de la poca luz que teníamos, dijo que trataría de alargar los días procurándonos por algunas horas de la noche una linterna en la parte exterior

del ventanillo. Fué su visita en 1825. Un año después se cumplió su intento, y a la luz sepulcral de aquel farol pudimos ver, por lo menos, las paredes y no rompernos la cabeza paseando.

La segunda visita fué la del barón Von Vogel. Este me halló en mal estado de salud, y oyendo que el médico me había prescrito tomar café, pero que no se me daba por ser artículo de lujo, dió autorización para que me lo sirvieran.

La tercera visita fué la de no sé cuál otro señor de la corte, hombre entre cincuenta y sesenta años, quien nos demostró con palabras y modales la más noble compasión. No podía hacer nada por nosotros, pero la expresión suave de su bondad era un beneficio que le agradecemos.

¡Oh! ¡Qué deseo tiene el preso de ver criaturas de su especie! La religión cristiana, tan rica en humanidad, no ha olvidado poner entre las obras de misericordia el *visitar los presos*. El aspecto de los hombres que se duelen de nuestra desventura, aun cuando no puedan endulzarla eficazmente, la dulcifica.

La extrema soledad puede tornarse ventajosa para la enmienda de algunas almas; pero creo que, en general, lo sea más no llevada hasta la exageración, sino mezclada con algún contacto con la sociedad. Yo, a lo menos, estoy hecho a esto. Si no veo a mis semejantes, concentro mi amor en poquísimos número de éstos y desamo a los demás; si puedo verlos, no digo muchos, pero un número discreto, amo con ternura a todo el género humano.

Mil veces me he encontrado con el corazón tan únicamente amante de poquísimos y lleno de odio por los otros, que me asustaba yo mismo. Entonces iba a la ventana, suspirando por ver alguna cara nueva; y me tenía por feliz si el centinela no paseaba demasiado rasante al muro; si se acercaba y yo podía verle; si alzaba la cabeza al oírme toser; si era buena su fisonomía. Cuando me parecía descubrir señales de compasión, me conmovía dulcemente, como si aquel desconocido soldado fuera un amigo íntimo. Si se alejaba, yo esperaba con enamorada inquietud que volviera, y si volvía y me miraba, yo me regocijaba como por una gran caridad. Si pasaba de modo que yo no le viera, me quedaba mortificado, como aquel que ama y ve que no es correspondido.

CAPITULO LXXXV

En la cárcel contigua, donde estuvo antes Orobóni, estaban ahora D. Marcos Fortini y el señor Antonio Villa. Este último, antes robusto como un Hércules, padeció mucho de hambre en el primer año, y cuando tuvo más alimento se halló sin fuerzas para digerir. Languideció por mucho tiempo, y ya reducido al último extremo, obtuvo que se le diera una prisión más aireada. La atmósfera mefítica de un angosto sepulcro le era, sin duda, muy nociva, lo mismo que a los demás. Pero el remedio no fué suficiente. En el nuevo calabozo

vegetó algunos meses más y murió después de varios vómitos de sangre.

Le asistieron el compañero D. Marcos Fortini y el abate Paulowich, venido a toda prisa de Viena así que se supo que el enfermo estaba moribundo.

Si bien no me había relacionado con él tan estrechamente como con Oroboni, su muerte me afligió sobremanera. Yo sabía que él era amado con la mayor ternura por padres y una esposa. En cuanto a él, más era para envidiar que para compadecerle; pero ¿y los sobrevivientes?...

Había sido también vecino mío en los Plomos. Tremerrallo me había traído algunos versos suyos, y por él mismo yo le envié otros míos. En sus versos reinaba un profundo sentimiento.

Después de su muerte me pareció quererle más que en vida, por oír a los guardas lo mucho que había padecido. El infeliz no podía resignarse a morir, aunque era muy religioso. Probó en el más alto grado el horror de aquel terrible paso, pero bendiciendo siempre al Señor y gritándole con lágrimas: «¡No sé conformar mi voluntad con la tuya, pero quiero conformarla; obra en mí este milagro!»

No tenía el valor de Oroboni, pero lo imitó, protestando que perdonaba a los enemigos.

A fines de 1826 oímos de noche, en el corredor, el rumor apagado de algunos pasos. Nuestros oídos eran sapientísimos en discernir mil géneros de ruidos. Se abrió una puerta, y comprendimos que era la del abogado Solera. Se abrió otra, la de Fortini.

Entre otras voces se oían las del director de policía. ¿Qué será? ¿Algún registro en horas tan avanzadas? ¿Y por qué?

A poco aparecieron en el corredor y se oyó la querida voz de Fortini, que decía: «¡Pobre de mí! Dispénsame; he olvidado traerme el breviario.»

Y muy agitado corría atrás a recoger el libro y luego se reunía al grupo. Se abrió la puerta de la escalera, oímos sus pasos hasta el fondo; comprendimos que los dos estaban indultados, y nos alegramos, por más que sentimos no acompañarlos.

CAPITULO LXXXVI

La libertad de aquellos dos compañeros ¿traería consecuencias para nosotros? Del mismo modo que salían ellos, que habían sido condenados, el uno, a veinte años, y el otro, a quince, ¿no podría venir también el indulto a nosotros y a muchos más?

¿Existían acaso prevenciones más hostiles contra los no libertados? ¿O bien habría orden de libertarnos a todos, pero con breves intervalos de tiempo: de dos en dos? ¿Acaso cada mes? ¿O cada dos o tres meses?

En estas dudas estuvimos algún tiempo. A los tres meses hubo otro indulto. A fines de 1827 pensamos que diciembre sería el aniversario de nuestra libertad; pero pasó diciembre y no ocurrió nada.

Alargamos la espera hasta el verano de 1828, en

que se cumplieran para mí los siete años y medio de condena, equivalentes, según el dicho del emperador, a quince, si se contaba la pena desde el arresto. Si no se quería computar el tiempo del procesamiento (y esta suposición era la más verosímil), sino contar desde la publicación de la condena, los siete años y medio, no concluía hasta 1829.

Transeurrieron todos los plazos calculables y no vino el indulto. Entre tanto, ya antes de la salida de Solera y Fortini, le sobrevino a mi pobre Maroncelli un tumor en la rodilla izquierda. Al principio, el dolor era mitigado, aunque le obligaba a cojear, mucho más llevando la cadena. Raras veces salía a paseo. Una mañana de otoño se le antojó salir conmigo para respirar un poco de aire; había nieve, y en un fatal momento que yo no le sostenía, resbaló y cayó. El golpe ocasionó un agudo dolor en la rodilla. Lo llevamos al lecho y no podía echarse. Le vió el médico y al fin le hizo quitar la cadena. El tumor empeoró de día en día, hízose enorme y siempre más doloroso. Tales eran los martirios del pobre enfermo, que no podía tener descanso ni en la cama ni fuera de ella.

Cuando necesitaba moverse, levantarse o echarse, yo tenía que tomarle, con la mayor delicadeza posible, la pierna enferma y ponerla muy despacio en la postura conveniente. A veces, en el más pequeño cambio de una postura a otra empleábamos un cuarto de hora de dolores.

Sanguijuelas, fuentes, piedras cáusticas, fomentos ora secos, ora húmedos, todo se probó por el

médico. Sólo servían para aumentar el destrozo y nada más. Tras la quema con los cáusticos venía la supuración. El tumor aquel era todo una llaga que nunca disminuía ni daba algún alivio al dolor.

Maroncelli era mil veces más infeliz que yo, por más que yo padecía mucho con él. Los cuidados de enfermero me eran dulces porque los prestaba a tan digno amigo. ¡Verle morir así, entre tan prolongados atroces tormentos, y no poder devolverle la salud! ¡Presagiar que aquella rodilla no sanaría nunca! ¡Que el enfermo moriría antes que curarse! ¡Y tener continuamente que admirarle por su ánimo y serenidad! ¡Ah! Todo esto me angustiaba de un modo indecible.

CAPITULO LXXXVII

En aquel deplorable estado, Maroncelli todavía poetizaba, cantaba, discurría; hacía todo esto para ilusionarme, para ocultarme una parte de sus males. Ya no podía digerir ni dormir; enflaquecía espantosamente; deliraba con frecuencia; pero en algunos momentos recobraba su vitalidad y me daba ánimo a mí.

Lo que padeció durante nueve meses largos no es para dicho. Al fin se le concedió una consulta. Vino el protomédico, aprobó todo lo que el médico había probado, y, sin expresar su opinión sobre la enfermedad o lo que debía hacerse, se marchó.

Un momento después llegó el subintendente y dijo a Maroncelli:

—El protomédico no se ha aventurado a explicarse delante de usted; temía que no tuviera usted el valor de oírse anunciar una dura necesidad. Yo le he asegurado que a usted no le faltaba valor.

—Creo—contestó Maroncelli—haber dado pruebas de él y sufrir sin gritar cualquier destrozo. ¿Se trata de...?

—Sí, señor, de la amputación. Pero el protomédico, viendo un cuerpo tan consumido, duda aconsejarla. Con tanta debilidad ¿se sentiría usted capaz de aguantar la amputación? ¿Quiere exponerse al peligro?

—¿De morir? ¿Acaso no moriré lo mismo si no se pone término a este mal?

—Siendo así, daremos cuenta a Viena de todo esto, y apenas venido el permiso de amputarla...

—¿Cómo? ¿Se necesita permiso?

—Sí, señor.

De allí a ocho días llegó el esperado consentimiento.

El enfermo fué llevado a un local más espacioso y él pidió que yo le acompañara.

—Podría morir en la operación—dijo—, y al menos lo haré en los brazos de un amigo.

Se le concedió mi compañía.

El abate Wrba, nuestro confesor—que sucedió a Paulowich—, vino a administrarle los Sacramentos. Cumplido este acto de religión, esperamos a

, y no venían. Entonces Maroncelli se
r un himno (1).

presentaron los cirujanos, que eran
ordinario de la casa, esto es, nuestro
en caso de operaciones tenía el de-
erlas por su mano y no quería ceder
ro. El segundo era un joven cirujano,
la escuela de Viena, que ya gozaba
ilidoso. Este, enviado por el goberna-
stir a la operación y dirigirla, hubiera
ela por sí mismo, pero hubo de con-
ver la ejecución.

o fué sentado contra el respaldo del
s piernas en alto, y yo le tenía entre

ciones, el infeliz Maroncelli refiere su himno im-
s éste:

Auras primaverales
que en Italia revoláis,
vosotras no llegáis
al triste prisionero.

Allá en abril y mayo
¡cómo las echa de menos!
Mas no oyeron los trenos
del pobre prisionero.

Bajo el moravo cielo
natura languidece,
en fuerzas desmerece
el pobre prisionero.

¡Qué de acerbos dolores!
que crecen de hora en hora,
sin que una dulce aurora
alivie al prisionero.

¡Salga! ¡Que al fin yo vea
madre, hermana y hermano
sacar con blanda mano
al pobre prisionero!

Mas, ¡ay! ¡Tanta esperanza
la vi marchita y trunca:
que la esperanza nunca
sonríe al prisionero!

mis brazos. Arriba de la rodilla, donde la pierna empezaba a estar sana, le hicieron una ligadura que indicaba el camino que debía seguir el cuchillo. El viejo cirujano cortó todo el contorno en la profundidad de un dedo; tiró de la piel cortada y continuó el corte de los músculos desprendidos. La sangre corría a torrentes por la arteria, pero ésta fué pronto ligada con hilo de seda. Por último, se serró el hueso.

Maroncelli no dió ni un grito. Cuando vió que ya la pierna estaba cortada, le dirigió una ojeada de compasión; luego, volviéndose al operador:

—Me ha librado usted de un enemigo y no puedo pagárselo.

En un vaso de la ventana estaba puesta una rosa.

—Hazme el favor de traerme aquella rosa—me dijo.

Se la dió, y él se la ofreció al viejo cirujano, diciéndole:

—No tengo otra cosa que poder darle en testimonio de mi gratitud.

Aquél tomó la rosa y lloró.

CAPITULO LXXXVIII

Los cirujanos estaban en la creencia de que la enfermería de Spielberg proveería de todo lo necesario, exceptuando los instrumentos que ellos traían. Pero, hecha la amputación, se percataron

que faltaban muchas cosas necesarias: tela encerrada, hielo, vendas, etc.

El mismo mutilado hubo de esperar una hora a que todo esto se trajera de la ciudad. Finalmente, pudo tenderse en la cama y le pusieron el hielo en el muñón.

Al siguiente día limpiaron el muñón de los grumos de sangre formados; lo lavaron, estiraron la piel y ataron.

En algunos días no se dió al enfermo mas que media cucharada de caldo con yema de huevo batida. Pasado el peligro de la fiebre vulneraria empezaron gradualmente a alimentarlo con comida más nutritiva. El emperador había ordenado que hasta que las fuerzas fueran restablecidas se le diese buen alimento de la cocina del intendente.

La curación se operó en cuarenta días, a cuyo término fuimos devueltos a nuestra prisión, la cual se había ampliado haciendo una abertura al muro y uniendo nuestro antiguo calabozo con el que ocuparon Oroboni, primero, y después, Villa.

Yo transporté mi lecho al sitio mismo en que estuvo el en que murió Oroboni. Esta identidad de lugar me era cara; parecíame haberme acercado al difunto. Soñaba a menudo con él y me parecía que su espíritu verdaderamente me visitaba y me serenaba con celestiales consuelos.

El espectáculo horrible de tantos tormentos sufridos por Maroncelli antes del corte de la pierna, durante la operación y después, me fortificó el ánimo. El Dios que me había dado suficiente sa-

lud durante el tiempo de la enfermedad del amigo, porque mis cuidados le eran necesarios, me la quitó cuando pudo valerse de las muletas.

Me salieron algunos tumores glandulares, dolorosísimos. Sané, y sucedieron ahogos de pecho, ya probados otras veces, pero ahora más sofocantes que nunca, vértigos y disentería espasmódica.

—Ha venido mi turno—me decía—. ¿Seré menos paciente que mi compañero?

Me apliqué a imitar su fortaleza en cuanto me era posible.

No cabe duda que toda condición humana tiene sus deberes. Los de un enfermo son la paciencia, el ánimo y todos los esfuerzos para no ser desagradable con aquellos que son sus vecinos.

Maroncelli, con sus pobres muletas, ya no tenía la agilidad de antes, lo que mucho sentía, temiendo servirme menos bien. Temía, además, que para ahorrarme el movimiento y la fatiga yo no me valiese de sus servicios en la medida que los necesitaba.

Que es lo que verdaderamente sucedía, si bien yo procuraba que no se percatase.

Aun cuando él había recobrado fuerzas, no por esto estaba exento de incomodidades. Sufría, como todos los amputados, sensaciones dolorosas en los nervios, como si viviera la parte cortada. Le dolían el pie, la pierna y la rodilla que no tenía. Añádase a esto que el hueso había sido mal cortado y criaba nueva carne, formando frecuentes llagas. Sin embargo, al cabo de un año el muñón se endureció y no volvió a abrirse.

CAPITULO LXXXIX

Pero nuevos males asaltaron al infeliz, casi sin intervalo. Primero, una artritis que empezó por las junturas de las manos y le martirizó meses enteros todo el cuerpo; después, el escorbuto. Este le cubrió por entero de manchas lívidas, tal, que daba miedo.

Procuraba yo consolarle, pensando entre mí: «Puesto que conviene morir aquí dentro, es mejor que uno de nosotros haya sido atacado del escorbuto; éste es mal contagioso y llevará al sepulcro, si no a los dos juntos, por lo menos, con poca diferencia de tiempo.

Ambos nos preparábamos para la muerte y estábamos tranquilos. Nueve años de prisión y de graves padecimientos nos habían familiarizado con la idea de la total destrucción de dos cuerpos ruinosos y deseosos de paz. Nuestras almas confiaban en la bondad de Dios y creían reunirse entrambas en el lugar donde todas las iras de los hombres cesan, y a donde rogábamos que se reunieran también con nosotros algún día aquellos que no nos amaban.

El escorbuto, en años anteriores, había hecho estragos en aquellas prisiones. El Gobierno, cuando supo que Maroncelli estaba atacado por la terrible enfermedad, accedió a la petición del médico, quien decía ser único remedio eficaz para Maroncelli el aire libre y aconsejaba tenerlo el menos tiempo posible en el encierro.

Yo, como compañero de habitación y también enfermo de discrasia, disfruté de idéntica ventaja.

En todas aquellas horas que el paseo no estaba ocupado por otros, esto es, media hora antes del alba, por un par de horas; luego, durante la comida, y, si queríamos, tres horas antes del ocaso del Sol, estábamos fuera. Esto, en los días ordinarios. En los festivos, no siendo el paseo acostumbrado de los demás, estábamos fuera de la mañana a la noche, a excepción de las horas de comer.

Otro infeliz, de salud muy quebrantada y de cerca de setenta años, fué agregado a nosotros, creyéndose que el oxígeno pudiera curarle. Era éste el señor Constantino Munari, amable anciano, aficionado a estudios literarios y filosóficos y cuya sociedad nos fué muy agradable.

Queriendo computar mi condena no desde la época del arresto, sino de la de la sentencia, los siete años y medio terminaban en 1829, a primeros de julio, según la firma imperial de la sentencia, o bien el 22 de agosto, según la publicación.

Pero también pasó aquel término, y murió toda esperanza.

Hasta ahora, Maroncelli, Munari y yo suponíamos volver a ver aún el mundo, nuestra Italia, nuestros parientes; esto era materia de razonamientos llenos de deseo, de piedad y de amor.

Pasado agosto y luego septiembre y después todo el año, nos acostumbramos a no esperar más sobre la tierra, exceptuadas la inalterable continuación de la recíproca amistad y la asistencia de

Dios para consumir dignamente el resto de nuestro largo sacrificio.

¡Ah! La religión y la amistad son dos bienes inestimables. Embellecen hasta las horas de los prisioneros, para quienes no resplandece un destello de gracia. Dios está realmente con los desventurados, con los desventurados que aman.

CAPITULO. XC

Después de la muerte de Villa, al abate Paulowich, que fué hecho obispo, sucedió por confesor nuestro el abate Wrba, moravo, profesor del Nuevo Testamento en Brünn, alumno distinguido del Instituto Sublime, de Viena.

El tal Instituto era una Congregación fundada por el célebre Frint, a la sazón párroco de la corte. Los miembros de esta Congregación son todos sacerdotes, los cuales, ya laureados en Teología, proseguían aquí, bajo la más severa disciplina, sus estudios, para conseguir la posesión del máximo saber posible. La intención del fundador fué laudable: producir un perenne sembradío de verdadera y sólida ciencia en el clero católico de Germania. En general, esto se consiguió.

Wrba, como residente en Brünn, podía disponer de más tiempo con nosotros que Paulowich. Fué para nosotros lo que el Padre Battista, solamente que no le estaba permitido traernos libro alguno. Con frecuencia platicábamos extensamente y mi

religiosidad me reportaba gran provecho, o, si esto es decir demasiado, por lo menos a mí me lo parecía, pues era enorme el consuelo que esto me reportaba.

En el año 1829 cayó enfermo; después, por tener que desempeñar otros cargos, no pudo venir a vernos. Esto nos desagradó en extremo, pero tuvimos la buena suerte que le siguiera otro docto y digno varón, el abate Ziak, segundo párroco.

De esta lista de curas alemanes que tuvieron trato con nosotros, ninguno me pareció malo; ninguno que pareciera ser instrumento de la política —y esto es fácil de descubrir—; ninguno que no tuviera los méritos reunidos de mucha doctrina, acendrada fe católica y profunda filosofía. Ministros de la Iglesia como éstos son respetables.

Los pocos que yo conocí me hicieron formar una idea muy ventajosa del clero católico alemán.

También el abate Ziak tuvo largas conferencias con nosotros. El, por su parte, me servía de ejemplo para soportar serenamente mis dolores. Le atormentaban incesantes dolores de dientes, de garganta y de oídos, y sin embargo se le veía siempre sonriente.

Entre tanto el aire libre hizo desaparecer poco a poco las manchas escorbúticas de Maroncelli, y, al par de éste, Munari y yo mejorábamos.

CAPITULO XCI

Amaneció el 1 de agosto de 1830. Se cumplían diez años que había perdido mi libertad; ocho años y medio que arrastraba la cadena.

Cayó en un domingo. Como en los demás días de fiesta, fuimos al acostumbrado recinto. Miramos desde el muro el valle y el cementerio en el que yacían Oroboni y Villa; hablamos del descanso que un día encontrarían allí nuestros huesos. Nos sentamos otra vez en el acostumbrado banco a ver como los pobres presos iban a misa, la cual se decía antes que la nuestra. Estos eran conducidos al mismo oratorio al que después íbamos nosotros, a la misa siguiente, y que estaba contiguo al lugar del paseo.

Es costumbre en toda Alemania que el pueblo cante himnos en lengua nacional. Como el imperio de Austria era país mixto de alemanes y de eslavos y en las prisiones de Spielberg la mayor parte de los presidiarios pertenecían a una u otra de estas razas, los himnos se cantaban, en una fiesta, en alemán, y en otra, en eslavo. Así también en toda fiesta se hacen dos sermones, alternando los dos idiomas. Era para nosotros un gran placer oír aquellos cantos y el órgano que los acompañaba.

Entre las voces femeninas había algunas que entraban en el corazón. ¡Infelices! Algunas eran muy jóvenes. Un amorío, unos celos, un mal ejem-

plo las había llevado al delito. Aun me repercute en el corazón su religiosísimo canto del *Sanctus: heilig!, heilig!, heilig!* Oyéndolo vertía lágrimas.

A las diez las mujeres se retiraron y fuimos nosotros a misa. Vi a algunos de mis compañeros de infortunio que oían la misa encima de la tribuna del órgano, de la que separaba una celosía, pálidos, flacos, arrastrando su cadena con fatiga.

Acabada la misa volvimos a nuestro cubil. Un cuarto de hora después trajeron la comida. Preparábamos la mesa, reducida a poner un plato sobre la tabla y tomar nuestras cucharas de madera, cuando el subintendente Wegrath entró en la habitación.

—Siento estorbar su comida—dijo—; pero hagan el favor de seguirme. Los llama el señor director de policía.

Como quiera que éste sólo venía para cosas molestas, como registros o inquisiciones, seguimos con bastante mal humor al buen subintendente hasta la sala de audiencia.

Allí encontramos al director de policía y al intendente. El primero nos hizo un saludo más cumplido que de costumbre.

Tomó un papel en la mano y dijo con voz velada, temiendo acaso causar demasiada sorpresa si se expresaba más claramente:

—Señores..., tengo el gusto..., tengo el honor... de anunciar a ustedes... que Su Majestad el emperador... ha concedido un nuevo indulto.

Dudaba en decir cuál fuera. Pensamos si sería

una disminución de pena, como estar exentos de trabajar, o bien tener libros o alimentos más agradables.

—¿Me han comprendido ustedes?

—No, señor. Tenga la bondad de explicarnos cuál sea esta gracia.

—Es la libertad para los dos y para un tercero a quien abrazarán dentro de poco.

Al parecer, este anuncio debía habernos hecho estallar de júbilo. Nuestro pensamiento voló súbitamente hacia la familia, de la que tanto tiempo hacía que no sabíamos nada, y la duda de que quizá no encontráramos vivos a algunos seres queridos anuló el gozo suscitado por el anuncio de nuestra libertad.

—¿Callan ustedes?—dijo el director de policía—. Yo esperaba verlos entusiasmados.

—Le suplico—respondí—que notifique al emperador nuestra gratitud; pero si no tenemos noticias de nuestras familias no es posible que no nos espantemos de vernos faltos de personas queridas. Esta incertidumbre nos oprime hasta en este instante que debiera ser de máxima alegría.

Entonces entregó a Maroncelli una carta de su familia, que le consoló. A mí no me dijo nada de la mía, lo cual hizome temer que habría ocurrido alguna desgracia.

—Vayan—nos dijo—a su habitación y dentro de poco les mandaré el tercero que ha sido también indultado.

Fuimos y esperamos con ansiedad quién fuera

este tercero. Hubiéramos querido que fueran todos, pero no podía ser más que uno.

—¿Si sería el pobre Munari? ¿Si sería el otro o el de más allá? Por todos hacíamos sinceros votos.

Finalmente se abre la puerta, y vemos ser el señor Andrés Tonelli, de Brescia.

Nos abrazamos. No pudimos comer ya.

Hablamos hasta la noche, compadeciendo a los amigos que quedaban.

Al obscurecer volvió el director de policía para sacarnos de aquel malaventurado encierro. Gemían nuestros corazones al pasar ante los calabozos de los amigos y no poder llevarlos con nosotros. ¡Quién sabe el tiempo que seguirían languideciendo! ¡Y cuántos de ellos serían presa lenta de la muerte!

Nos pusieron a cada uno un capote de soldado a la espalda y un sombrero, y así, con el mismo traje de galeote, pero sin cadena, bajamos el funesto monte y fuimos conducidos a la ciudad, a la cárcel de policía.

Hacía una hermosa noche de luna. Las calles, las casas, la gente que encontrábamos, ¡todo me parecía tan agradable y tan extraño después de tantos años que no había visto este espectáculo!

CAPITULO XCII

Aguardamos en la cárcel de policía a un comisario imperial que debía venir de Viena para acompañarnos a los límites. Mientras, como nuestros

baúles habían sido vendidos, nos proveímos de ropa blanca y vestidos, dejando la divisa de presidio.

A los cinco días se presentó el comisario, y el director de policía nos consignó a él, entregándole al mismo tiempo el dinero que habíamos llevado a Spielberg y lo que se había recaudado por la venta de los baúles y de los libros, dinero que nos fué entregado al llegar a la frontera.

El gasto de nuestro viaje fué a expensas del emperador y sin economías.

El comisario era el señor Pon Noe, gentilhombre empleado en la secretaría del ministro de Policía. No pudo destinarse persona de más exquisita educación. Nos trató siempre con los mayores miramientos.

Pero ya partí de Brünn con una penosísima dificultad de respiración, y el movimiento del coche aumentó tanto el mal, que por la noche tosía de una manera espantosa y temíase que de un momento a otro me asfixiara. Además, tuve tanta fiebre una noche, que el comisario dudó a la mañana siguiente si podría seguir viaje hasta Viena. Dije que sí y partimos; la violencia del afán era extrema; no podía comer, ni beber, ni hablar.

Llegué a Viena medio vivo. Aquí nos dieron un buen albergue en la Dirección general de policía. Guardé cama; llamaron a un médico; éste me ordenó una sangría y sentí alivio. Una severa dieta y mucho digital me curaron en ocho días. El médico era el señor Singer; me prestó atenciones verdaderamente amistosas.

Yo estaba ansioso de partir; tanto más cuanto que tenía noticia de las *tres jornadas* de París.

En el mismo día que estalló aquella revolución, el emperador había firmado el decreto de nuestra libertad. Seguramente que ahora no la había revocado; pero no era inverosímil que, volviendo a ser crítica la situación en toda Europa, se temieran movimientos populares en Italia y no quisiera Austria, en aquel momento, repatriar a sospechosos. Estábamos muy persuadidos que no volveríamos a Spielberg, pero temíamos que alguien sugiriese al emperador el deportarnos a cualquiera ciudad del imperio, lejos de la península.

Me mostré más sano de lo que estaba y rogué que se solicitara la partida. En tanto, era mi deseo ardiente presentarme a su excelencia el conde de Pralormo, enviado de la corte de Turín en la corte austriaca, a la bondad del cual yo sabía de cuanto era deudor. El conde había trabajado con generosa y constante actividad para mi excarcelación. Pero la prohibición de que yo viera a nadie, sea quien fuere, no admitió excepciones.

Apenas estuve convaleciente, tuvieron la galantería de enviarme el coche todos los días para pasear por Viena. El comisario tenía la obligación de acompañarme y no dejarme hablar con ninguno. Vi la hermosa iglesia de San Esteban, los deliciosos paseos de la ciudad, la población vecina de Lichtenstein y, por último, la villa imperial de Schönbrunn.

Estando en las avenidas magníficas de Schön-

brunn pasó el emperador, y el comisario nos hizo retirar para que la vista de nuestras escuálidas personas no le entristeciese.

CAPITULO XCIII

Partimos, finalmente, de Viena y pude llegar a Bruck. Aquí el asma volvió a ser violento. Llamamos al médico, que era un cierto señor Jüdmann, hombre de mucha importancia. Hízome sangrar, guardar cama y continuar la digital. A los dos días insté para que prosiguiera el viaje.

Atravesamos Austria y Estiria y entramos en Carintia sin novedad; pero cerca de una aldea llamada Feldkirchen, poco distante de Klagenfurt, llegó una contraorden. Debíamos detenernos aquí hasta nuevo aviso.

Dejo imaginar lo desagradable de este contra-tiempo. Yo, además, tenía el remordimiento de ser causante de tanto daño a mis dos compañeros: si éstos no se repatriaban la culpa la tenía mi fatal enfermedad.

Estuvimos cinco días en Feldkirchen, donde el comisario hizo todo lo posible para divertirnos. Había un pequeño teatro de comediantes y nos llevó a él. Otro día nos dió una partida de caza. Nuestro huésped y algunos jóvenes del pueblo, juntamente con el propietario de un hermoso bosque, eran los cazadores, y nosotros, colocados en puestos convenientes, gozamos del espectáculo.

Por fin llegó un correo de Viena con orden al comisario de que nos llevara a nuestro destino. Me alegré con mis compañeros por tan feliz noticia, aunque al mismo tiempo temía que se acercara para mí el día de un descubrimiento fatal: que no tuviera padre, ni madre, y quién sabe si ningún otro de los seres queridos.

Mi pesadilla aumentaba según avanzábamos en dirección a Italia.

La entrada en Italia por aquella parte es poco agradable a la vista, pues se baja de las bellísimas montañas del país alemán a la llanura italiana por un largo trecho estéril y triste, de suerte que los viajeros que no conocen la península y pasan por allí se burlan de la magnífica idea que se habían formado y sospechan haber sido engañados por aquellos a quienes oyeron ponderarla tanto.

La aspereza de aquel suelo contribuía a volverme más triste. El volver a ver nuestro cielo, encontrar caras humanas de forma no septentrional, el oír de todos los labios palabras de nuestro idioma me enternecía, pero era una emoción que me invitaba más al llanto que a la alegría. ¡Cuántas veces en el coche me tapaba los ojos con las manos, fingiendo dormir, y lloraba! ¡Cuántas otras de noche no dormía y ardía en fiebre, ora bendiciendo con toda mi alma a la hermosa Italia y dando gracias al Cielo por haberme devuelto a ella, ora atormentándome por no tener noticias de casa y fantaseando desventuras, ya pensando que dentro de poco me vería obligado a separarme, acaso para

siempre, de un amigo que tanto había padecido a mi lado y tantas pruebas de afecto fraternal me había dado!

¡Ah! ¡Los largos años de sepultura no habían borrado la energía de mis sentimientos! ¡Pero esta energía era tan poca para la alegría y tanta para el dolor!...

¡Hubiera querido volver a ver Udine y la posada aquella donde dos amigos generosos fingieron ser camareros y me habían estrechado furtivamente la mano!

Dejamos aquella ciudad a nuestra izquierda y pasamos más allá.

CAPITULO XCIV

Pordenone, Conegliano, Ospedaletto, Vicenza, Verona, Mantua, ¡me recordaron tantas cosas!... Del primer punto era natural un querido joven amigo mío muerto en los desastres de Rusia; Conegliano era el país donde los carceleros de los Plomos me dijeron fué llevada Zanza; en Ospedaletto se había casado, aunque ahora no vivía, una criatura angelical y desgraciada que yo vencí en un tiempo y a la que seguía venerando. En todos estos lugares me asaltaban recuerdos más o menos queridos, y en Mantua, más que en ninguna otra ciudad. Me parecía que era ayer cuando fuí allí con Ludovico en 1815, y con Porro en 1820. Las mismas calles, las mismas plazas, los mismos pala-

cios, ¡y tantas diferencias sociales! ¡Tantos conocidos robados por la muerte, tantos desterrados! Una generación de adultos los cuales yo había visto en la infancia. ¡Y no poder correr a esta o a aquella casa! ¡No poder hablar de este o del otro con alguno!

Y, para colmar mi afán, Mantua era el punto de separación para Maroncelli y para mí. Ambos pernoctamos muy tristes allí. Yo estaba agitado como uno en vísperas de oír su condena.

Por la mañana me lavé la cara y me miré en el espejo para ver si se conocía que había llorado. Me revestí, en cuanto pude, de un aire tranquilo y sonriente, elevé a Dios una corta plegaria, y oyendo que ya Maroncelli movía sus muletas y hablaba con los camareros, fuí a abrazarle. Los dos parecíamos llenos de valor ante esta separación; hablábamos un poco conmovidos, pero con voz fuerte. El oficial de gendarmería que debía conducirle a los confines de la Romaña daba prisas para partir; necesario era separarse; no sabíamos qué decirnos: un abrazo, un beso, otro abrazo. Subió al carruaje, desapareció y yo quedé como aniquilado.

Volví a mi habitación, me arrodillé y recé por aquel mísero mutilado separado de su amigo, y estallé en lágrimas y en sollozos.

He conocido muchos hombres excelentes, pero ninguno más afectuosamente sociable que Maroncelli; ninguno más hecho a todos los miramientos de la cortesía, más exento de arrebatos brutales, más constantemente memorioso de que la virtud

se compone de continuos ejercicios de tolerancia, de generosidad y de concordia. ¡Oh compañero mío de tantos años de dolor! ¡Bendígate el Cielo dondequiera que vivas y te dé amigos que me igualen en amor y me superen en bondad!

CAPITULO XCV

En la misma mañana salimos de Mantua para Brescia. Aquí fué dejado en libertad el otro compañero, Andrés Tonelli. Este infeliz supo aquí que había muerto su madre, y sus amargas lágrimas me destrozaron el corazón.

Si bien angustiadísimo por tantas causas, el siguiente sucedido me hizo reír un tanto.

Sobre una mesa de la posada había un anuncio teatral. Lo tomo y leo: *Francesca de Rimini, ópera musical*, etc.

—¿De quién es esta ópera?—pregunté al camarero.

—No sé—respondió—quién sea el autor de los versos ni quién el de la música. De todos modos, es siempre aquella *Francesca de Rimini* que todos conocen.

—¿Todos? Estás equivocado. Yo vengo de Alemania e ignoro quién es esta *Francesca*.

El camarero—un jovencito de cara maliciosa, muy «bresciana»—me miró con cierta compasión desdeñosa.

—¿Que no lo sabe usted? No se trata de una

Francisca cualquiera, sino de *Francesca de Rimini*, esto es, de la tragedia del señor Silvio Pellico. Aunque la hayan puesto en ópera, cortándola algo, siempre es la misma.

—¡Ah! ¡Silvio Pellico! Me suena este nombre. ¿No es aquel bribón que fué condenado a muerte y luego a presidio hará ocho o nueve años?

En mal hora dije esto. Miró alrededor, luego me miró a mí, rechinó treinta y dos blanquísimos dientes, y, si no hubiera oído rumor de pasos, creo que me acogota.

Se fué rezongando: «¿Bribón?» Pero antes de mi partida averiguó quién era yo. Era un joven que no sabía preguntar, ni responder, ni servir, ni andar: se reducía a restregarse las manos y decir a todos, sin que viniera a propósito: *Sí, señor; sí, señor*, de tal modo que parecía que estornudaba.

Dos días después, el 9 de septiembre, llegué con el comisario a Milán. Al acercarme a esta ciudad, al volver a ver la cúpula de la Catedral, al pasar por aquella avenida de Loreto, por mí paseada tantas veces y que me era tan querida, al entrar por la Puerta Oriental y verme en el Corso y volver a ver aquellas casas, aquellos templos, aquellas calles, sentí los más dulces y más atormentadores sentimientos: un loco deseo de detenerme algún tiempo en Milán y abrazar a los amigos que allí pudiera encontrar; una infinita tristeza pensando en aquellos que había dejado en Spielberg, en los que quedaban en tierra extranjera, en los que habían muerto; una viva gratitud acordándome del afec-

to que en general me habían demostrado los milaneses, y cierto desdén contra algunos que me habían calumniado, en tanto que habían sido objeto de mi benevolencia y estimación.

Nos alojamos en La Bella Venecia.

En este sitio había estado muchas veces en amistosos convites; aquí había visitado a muchos forasteros notables; aquí una respetable señora me solicitó a que la siguiera a Toscana, previendo, si me quedaba en Milán, las desgracias que me sucedieron. ¡Oh recuerdos conmovedores! ¡Oh pasado tan mezclado de placeres y de dolores, y tan rápidamente huído!

Los camareros de la fonda descubrieron pronto quién era yo. Se divulgó la noticia, y por la tarde vi estacionada mucha gente en la plaza mirando a mi ventana. Uno—ignoro quién fuera—parecía conocerme y me saludó levantando los dos brazos.

¿Dónde estaban los hijos de Porro e hijos míos? ¿Por qué no los veía?

CAPITULO XCVI

El comisario me condujo a la Policía para presentarme al director. ¡Qué sensación la mía al volver a ver aquella casa, mi cárcel! primera! ¡Cuántos afanes acudieron a mi memoria! ¡Me acordé con ternura de ti, ¡oh Melchor Gioja!, de los pasos agitados con que te veía andar entre aquellas estrechas paredes, de las horas que estabas inmóvil

ante la mesa, escribiendo tus nobles pensamientos, de las señales que me hacías con el pañuelo y de la melancolía con que me mirabas cuando te fué prohibido hacerme señales! Me imaginé tu tumba, quizá ignorada de la mayor parte de los que te amaron, así como la ignoraba también yo, e imploré paz para tu espíritu.

Me acordé asimismo del mudo, de la patética voz de Magdalona, de mis latidos de compasión por ella, de los ladrones vecinos míos, del pretendido Luis XVII, del pobre preso que se dejó coger el billete y fué pasado por las baquetas.

Estas y otras memorias me oprimían como un sueño espantoso, pero me oprimía más la de las dos visitas de mi pobre padre diez años atrás. ¡De qué manera el buen anciano se ilusionaba esperando que yo me reuniría pronto con él en Turín! Nunca hubiera creído en los diez años de presidio para un hijo, y ¡en qué presidio! Y cuando se desvanecieron sus esperanzas, ¿habría tenido mi madre fuerza para aguantar su dolor? ¿Podría volver a ver a los dos? ¿O acaso a uno de los dos? ¿Cuál de ellos?

¡Duda atormentadora, siempre renaciente! Yo estaba, por decirlo así, a la puerta de casa y aun no sabía si vivían mis padres o el resto de mi familia.

El director de policía me recibió cortésmente, permitiéndome que me quedara en La Bella Venecia con el comisario imperial, en vez de hacerme custodiar por otro. No se me permitió alternar con

nadie, y por esto resolví partir al día siguiente. Sin embargo, conseguí ver al cónsul piemontés, al que pedí noticias de mi familia. No pude visitarlo porque, estando yo con fiebre, me hallaba en la cama; pero tuvo la bondad de venir a verme, a mi requerimiento.

Hízome el bien de no hacerse esperar, lo que se lo agradecí mucho.

Me dió buenas noticias de mi padre y de mi hermano mayor. Respecto de mi madre, del otro hermano y de las dos hermanas se mantuvo en cruel incertidumbre.

Algo tranquilizado, pero no lo bastante, hubiera querido aliviar mi alma prolongando la conversación con el señor cónsul, quien, si bien no me escaseó su cortesía, al fin hubo de dejarme.

Al quedarme solo tenía necesidad de llorar, pero no pude. ¿Por qué a veces el dolor me hace romper en llanto y otras veces, las más frecuentes, cuando el llorar me haría mucho bien, lo invoco inútilmente? Esta imposibilidad de desahogar mi aflicción aumentaba la fiebre; me dolía mucho la cabeza.

Pedí de beber a Stendberger. Este buen hombre era un sargento de la Policía de Viena que hacía de asistente del comisario. No era viejo, pero se dió el caso que me dió de beber temblándole la mano. Aquel temblor me recordó a Schiller, mi amado Schiller, cuando el primer día de mi llegada a Spielberg le pedí, con tono imperativo, el jarro de agua y me lo alcanzó.

¡Cosa extraña! Tal recuerdo, añadido a lo otro, rompió mi corazón y las lágrimas brotaron.

CAPITULO XCVII

En la mañana del 10 de septiembre di el abrazo de despedida al excelente comisario y partí. Nos conocíamos solamente de un mes y me parecía un amigo de muchos años. Su alma, llena del sentimiento de lo bello y de lo bueno, no era investigadora ni artificiosa, no porque no pudiera tener el ingenio de serlo, sino por aquel amor de noble sencillez propio de los hombres rectos.

No faltó alguien, durante el viaje, en cierto sitio que paramos, que me dijo:

—Guardaos del *ángel custodio*: por ser negro os lo han dado.

—Os engañáis—le respondí—; tengo la íntima persuasión de que no es así.

—Los más astutos—replicó—son los que aparecen más inocentes.

—Si así fuera no habría que creer en la virtud de nadie.

No pudo responderme más sino:

—¡Exageraciones, señor mío, exageraciones!

—Yo soy consecuente—insistí.

Pero nos interrumpieron. Y me acordé del *cave a consequentiariis* de Leibniz.

La mayor parte de los hombres razona con esta falsa y terrible lógica:

—Yo sigo el estandarte A, que estoy seguro es el de la justicia; aquel sigue el estandarte B, que estoy seguro que es el de la injusticia: luego es un malvado.

¡Ah, no, lógicos furibundos! Bajo cualquier bandera que militéis, no razonéis tan inhumanamente. Pensad que partiendo de un dato desventajoso cualquiera—y ¿cuál es la sociedad o el individuo que no lo tenga?—y procediendo con rabioso rigor, de consecuencia en consecuencia es fácil a cualquiera que sea añadir esta conclusión: «Fuera de nosotros cuatro, el resto de los mortales deben ser quemados vivos.»

Este vulgar rigorismo es sumamente antifilosófico. Una desconfianza moderada puede ser sabia; una desconfianza exagerada, jamás.

Después del reparo que se me hizo de aquel *ángel custodio* puse más cuidado que antes en estudiarlo, y de día en día me convencí más de su generoso carácter.

Cuando hay un orden de sociedad establecido, por muy bueno o no que sea, todos los puestos sociales que no sean por conciencia universal reputados por infames; todos los puestos sociales que puedan cooperar noblemente al bien público y cuyas promesas son creídas por gran número de gente; todos los puestos sociales en los cuales es absurdo negar que haya hombres honrados, pueden siempre ser ocupados por hombres dignos.

Leí de un cuáquero que tenía horror a los soldados. Vió una vez a un soldado arrojarse al Támesis

y salvar a un infeliz que se ahogaba, y dijo: «Seré siempre cuáquero, pero también los soldados son buena gente.»

CAPITULO XCVIII

Stundberger me acompañó hasta el coche, al que subí con el brigadier de gendarmería, al cual estaba consignado. Llovía y hacía aire frío.

—Embócese usted bien con la capa—me dijo Stundberger—; abríguese más la cabeza; procure no llegar enfermo a su casa; poco se necesita para que coja usted un resfriado. Siento mucho no poder prestarle mis servicios hasta Turin.

Decíame todo esto muy cordialmente y con voz conmovida.

—De ahora en adelante—añadió—, ya no tendrá más alemanes a su lado; no oirá hablar más esta lengua, que los italianos encuentran tan dura. Probablemente esto le importará poco: entre los alemanes ha padecido usted tanto, que no tendrá mucha voluntad para acordarse de nosotros. Sin embargo, yo no le olvidaré a usted nunca y rezaré por usted.

—Y yo por ti—le respondí, dándole por última vez la mano.

El pobre hombre volvió a gritar: *Guten morgen! Gute reise! Leben Sie wohl!* (¡Buenos días! ¡Buen viaje! ¡Siga usted bien!) Fueron las últimas palabras alemanas que oí pronunciar, y me sonaron en el alma como si fueran dichas en mi idioma.

Amo apasionadamente a mi patria, pero no odio a ninguna otra nación. La civilización, la riqueza, el poderío, la gloria, son distintas en las distintas naciones; pero en todas hay almas obedientes a la gran vocación del hombre, que es amar, compadecer y ayudar.

El brigadier que me acompañaba díjome ser uno de los que arrestaron a mi infelicísimo Confalionei. Me contó que éste intentó escapar, que le falló el golpe, y cómo, arrancado de los brazos de su esposa, Confalionei y ella sostuvieron con dignidad su desventura.

Yo ardía en fiebre oyendo esta triste historia y una mano de hierro parecía oprimirme el corazón.

El narrador, hombre campechano, que hablaba por natural sociabilidad, no se daba cuenta que si bien yo no tenía ningún resentimiento contra él, no podía menos de disgustarme ver aquellas manos que habían atenazado a mi amigo.

Intenté comer en Buffalora; estaba demasiado emocionado y no probé bocado.

En años ya lejanos, cuando veraneaba en Arluno con los hijos del conde Porro, iba a dar un paseo a Buffalora, a lo largo del Tesino.

Celebré ver terminado el hermoso puente, cuyos materiales había visto dispersos en la orilla lombarda, siempre con la idea de que no se realizara nunca la obra. Celebré igualmente volver a cruzar aquel río y pisar tierra lombarda. ¡Ah! ¡Por más que amo a todos los pueblos, Dios sabe la pre-

dilección que siento por Italia, y que en medio de este enamoramiento de Italia no hay nombre más dulce para mí en el país italiano que el del Piemonte, país de mi padre!

CAPITULO XCIX

Más allá de Buffalora está San Martino. En este punto el brigadier lombardo habló con los carabineros piemonteses; luego me saludó y repasó el puente.

—Vamos a Novara—dije al cochero.

—Tenga la bondad de esperar un momento—dijo un carabinero.

Vi que aun no estaba libre y me afligí, temiendo que se retardara mi llegada a la casa paterna.

Al cabo de un cuarto de hora apareció un señor que me pidió permiso de acompañarme a Novara: había perdido la ocasión de hacer este viaje; no había otro coche que el mío; agradecería que le tuviese por compañero, etc.

Era un carabinero disfrazado, muy amable, que me hizo buena compañía hasta Novara. Llegados a esta ciudad, fingiendo querer que subiéramos a una posada, hizo llegar el coche al cuartel de carabineros, donde se me dijo que me tenían preparada una cama en la habitación del brigadier y que debía esperar órdenes superiores.

Pensaba yo partir al siguiente día; me acosté y, después de haber charlado con el huésped briga-

dier me dormí profundamente, como desde mucho tiempo no lo hacía.

Me despertó por la mañana, me levanté a prisa, y las primeras horas me parecieron larguísimas. Almorcé, conversé, paseé por la habitación y la galería, di un vistazo a los libros del huésped y, finalmente, me anunciaron una visita.

Un apuesto oficial venía a darme noticias de mi padre y a decirme que había en Novara una carta para mí, que en seguida se me entregaría. Le agradecí sobremanera tan amable cortesía.

Pasaron algunas horas, que me parecieron eternas, y al fin llegó la carta.

¡Qué alegría al volver a ver aquellos amados rasgos! ¡Qué alegría al saber que mi madre, mi querida madre vivía, y vivían mis dos hermanos y la hermana mayor! ¡Ay! La menor, Marietta, se había hecho monja de la Visitación, noticia que clandestinamente supe antes en la cárcel; ya había fallecido nueve meses antes.

Me es dulce creencia ser deudor de mi libertad a todos los que me amaban e intercedían incesantemente con Dios, pero muy particularmente a la hermana que murió, con indicios de gran piedad. ¡Dios la haya recompensado por todas las angustias que su corazón sufrió con motivo de mis desventuras!

Pasaban los días y no llegaba el permiso de partir de Novara. En la mañana del 16 de septiembre se me dió este permiso, cesando la tutela de los carabineros. ¡Cuántos años hacía que estaba pri-

vado de andar donde me pluguiera, sin acompañamiento de guardias!

Necesitado de algún dinero, ¡me lo proporcionó gentilmente un amigo de mi padre y partí a las tres de la tarde. Tenía de compañeros de viaje una señora, un negociante, un sastre y dos jóvenes pintores, uno de ellos sordomudo. Estos pintores venían de Roma, y tuve el placer de oír que conocían a la familia de Maroncelli. ¡Es tan dulce poder hablar de aquellos que se ama con alguien que no sea indiferente!

Pernoctamos en Vercelli. Amaneció el feliz día 17 de septiembre y se prosiguió el viaje. ¡Qué despacio me parecía que iba el coche! Hasta la noche no llegamos a Turín.

¡Quién podrá describir el consuelo de mi corazón y el de los corazones de mis amados cuando abracé a padre, madre y hermanos?... No estaba presente mi querida hermana Josefina, retenida por sus deberes en Chieri; pero, sabida la feliz nueva, se apresuró a pasar algunos días con la familia. Devuelto a estos cinco carísimos objetos de mi ternura, yo era, yo soy el más feliz de los mortales.

¡Ah! Por los pasados infortunios y por la alegría de ahora, como por todo el bien y el mal que me esté reservado, bendita sea la Providencia, de la cual, hombres y cosas, quíerese o no, son admirables instrumentos que ella sabe adaptar a fines dignos de sí.

CAPITULOS ADICIONALES A « MIS PRISIONES »

CAPITULO PRIMERO

La primera noche que siguió a mi regreso a la casa paterna no fué mas que una sucesión de horas febriles, llenas de sentimientos encontrados, tumultuosos, inspirados ora en el dolor, ora en la alegría. Me fué imposible conciliar el sueño sino hasta la mañana. Hubiera querido dar tregua a mis pensamientos, encaminándolos a Dios con palabras de gratitud y amor; pero a cada momento divagaba, pensando de nuevo en los años de mi prisión, en los tiempos que la precedieron, en los amigos que había dejado en cadenas, o bien fueron arrebatados por la ausencia o la muerte; en las ilusiones desvanecidas, en todas las reflexiones que la desgracia me había sugerido, en la confianza de aquel por quien me fué concedido el indulto, en la fortuna de salir de la cárcel, de volver a ver la patria, de encontrar padres y hermanos.

Todas estas divagaciones me conmovían demasiado, y para procurarme alguna tranquilidad volvía a dirigirme a Dios, invocaba a todos sus santos,

y principalmente a la Virgen María, de quien me parecía haber sentido más que nunca la protección maternal en los momentos más arduos de mi reciente viaje. Pero aquella multitud de recuerdos no cesaba de asediarme y de transportar mi imaginación más bien al lado del dolor que de los consuelos. A la angustia de este irresistible agitarse de la mente se añadía un fortísimo dolor de cabeza y una opresión que me quitaba la respiración. Parecíame muy natural que mi cuerpo, tan quebrantado, no pudiera resistir más tiempo y que aquella noche fuera la última para mí. Di gracias a Dios por la merced de haberme traído vivo a casa de mi padre y concederme morir en ella si era su voluntad que muriera. Con todo, no me conturbaba tanto el pensamiento de la muerte como me dominaba el deseo de vivir, de gozar las inefables dulcedumbres de la familia y llegar a ser un sostén duradero y firme para la vejez de mis padres.

Al ser de día respiré mejor y conseguí amodorrarme; el sueño fué corto, pero me alivió en gran manera. Habiéndome despertado sin dolor de cabeza, salté del lecho, no obstante mi debilidad, sintiendo indecible alegría al convencerme de que aquello no era un sueño, que verdaderamente estaba en mi casa. Empleé apenas el tiempo necesario para vestirme y pasé a la habitación inmediata, donde me arrodillé para rezar, llorando. Parecíame no poder agradecer lo bastante al Señor por su bondad en romper mis hierros y en que volviera yo a ver otros días más venturosos.

Aquella f3rvida oraci3n y aquellas l3grimas de alegr3a me reanimaron. Me levant3 al o3r los pasos de mi madre, que ven3a con amorosa solicitud a ver si me hab3a levantado y asegurarse que no estaba enfermo. Corr3 a su encuentro con el coraz3n palpitante de amor y me lanc3 a abrazarla. Respond3 a sus palabras de inquietud, pero ocult3ndole mi desvelo y la agitaci3n en que hab3a pasado toda la noche. Le habl3 de la gran misericordia del Se3or conmigo. «Amalo siempre—me contest3—, 3malo siempre por las gracias que te ha dispensado y por las que dispensa a tu pobre madre.»

Y dec3a estas palabras sollozando y sonriendo a un mismo tiempo. Se hubiera dicho que estaba todav3a bajo el peso del recuerdo de las angustias sufridas, en el mismo instante que se regocijaba porque le era devuelto su hijo.

CAPITULO II

La suave alegr3a de la ma3ana aquella fu3 en aumento al ver a mi querid3simo padre y a mis buenos hermanos. Volvimos a abrazarnos; consideramos el mucho consuelo que se nos hab3a depurado y hablamos largo tiempo de mil cosas que ten3amos que decirnos. Sus palabras, la expresi3n de sus semblantes me exaltaban, me embriagaban; me sent3a feliz viendo en ellos un j3bilo parecido al m3o.

Desahogados así nuestros corazones, quedé convencido más que nunca de su benevolencia sincera para todos, y conocí que un afecto tan generoso era el mayor de todos los bienes que yo podía desear en la tierra. Nos separamos para volver a vernos pronto. Fui a la iglesia vecina de San Francisco y oí la misa con un vivo sentimiento de amor y de gratitud, prometiendo a Dios no olvidar nunca que El había roto mis cadenas y que me había devuelto a la casa paterna.

Por la vivacidad de aquellas emociones me pareció sentirme mejor; pero una extrema debilidad siguió inmediatamente a aquel momentáneo vigor. A duras penas pude llegar a mi casa, y más de una vez me sentí pronto a caer en la calle y al subir la escalera.

Quedó mi madre asustada al verme tan postrado y tan pálido, pero logré tranquilizarla disimulando mi mal. Tomé algunas gotas de elixir y me entretuve un buen rato hablando con ella y con mi padre y mis hermanos, que continuamente iban y venían. No nos podíamos saciar de vernos y hablarnos, de preguntarnos y respondernos, a fin de llenar, en cierto modo, el vacío inmenso de diez largos años que había pasado lejos de ellos.

Todo intento de referir los detalles de mi historia dolorosa a aquellas almas sensibles y hacerme contar la historia no menos melancólica de todas las angustias por ellas sufridas a causa mía lo soporté con fuerza aparente y con las naturales emociones durante aquel día; pero mi pulso latía con

agitación febril y me dolía la cabeza. Oculté mi dolencia; mas así que estuve en la cama sentí indescriptibles contracciones de nervios en el cráneo, en el cerebro y en todo el cuerpo. A estos síntomas sucedió una languidez, que tuve por mortal, con sudores, escalofríos y una gran opresión. Todo esto se resolvió en una especie de sueño letárgico, que me oprimía y que yo trataba de cortar, creyéndolo el principio de la agonía. Pocas noches habré pasado tan horribles, delirando y recobrando la memoria y la razón, tentado de pedir socorro y retenido por el temor de asustar a mis pobres padres.

Por la mañana me sentí un poco mejor; pero experimenté mucha fatiga al levantarme. No dije nada de aquella horrible noche, ingeniándome en vencer las graves inquietudes de mis queridos padres por mi salud. Notaron, sin embargo, que yo tenía gran dificultad para respirar y mi madre me recomendó riguroso silencio: Obedecí, persuadido que el reposo sería suficiente para curarme; pero en muchos días y muchas noches los espasmos y languideces me trabajaron lastimosamente, no siendo el menor de mis tormentos el esfuerzo continuo que hacía para tranquilizar a mis padres y aparecerlo yo igualmente.

CAPITULO III

Este estado duró más de cuatro meses, esto es, hasta últimos de enero de 1831; poco a poco las noches fueron menos angustiosas y alguna fué tranquila del todo. Pero al apuntar el día, el recuerdo de mi arresto, del proceso, de la sentencia de muerte y de diez años de cárcel, me producían constantemente un sueño espantoso, análogo a las circunstancias cuyas impresiones perduraban en mi alma. Sin embargo, siempre al despertar me estaba reservada la dulce sorpresa de pasar de la angustia de la cárcel y de los terrores del suplicio inminente a la alegría de encontrarme en el seno de mi familia. Todavía experimento todas las mañanas tan cara sorpresa y todos mis sueños retornan a aquellos años de amargas aflicciones.

Al cabo de los cuatro meses mi salud mejoró notablemente; luego volvió a alterarse más veces durante dos años, pero la curación más bien iba adelante que retrocedía. Finalmente, mis nervios y pulmones adquirieron suficiente consistencia y vigor y ya no se resintieron sino ligeramente a cada cambio de estación.

Si duras pruebas afligieron mi cuerpo, otras tales hubo de soportar mi corazón. ¡Ay de mí! ¡Cuántas personas amadísimas había yo perdido en aquellos diez años! ¡Cuántas otras habían caído en un abismo de desventuras! ¡Cuántos nuevos errores agitaban las mentes! ¡Cuántos odios! ¡Cuán-

tas calumnias! ¡Cuántas locas esperanzas seducían ante mi vista a una multitud de personas y las arrastraban a la propia ruina! Las nuevas convulsiones de Francia no me auguraban resultados favorables para Italia; más bien veía en ellas, por el contrario, una fuente de peligros, de resentimientos, de violencias. En el giro de mis relaciones conocía algunos jóvenes generosos, pero indóciles y dañados por las circunstancias, que se exponían a sí mismos y llevaban a otros al precipicio. Además, sentía yo que las palabras furiosas de aquella época traerían deplorables consecuencias para aquellos de mis amigos que gemían aún en las mazmorras de Spielberg. Era evidente que no se los indultaría mientras durase el fermento de las revoluciones. Compadecía la suerte de todos aquellos pobres presos, pero dos de ellos me eran más queridos. Uno de ellos, desde mi juventud, estaba unido conmigo con vínculos de una amistad fraterna, Pedro Borsieri, hombre de despejado ingenio y cultísimo, perteneciente a una familia en la cual sólo conocía yo nobles corazones y no tenía más que amigos. Con el otro me unía una amistad menos antigua, pero íntima, intensa, y me sentía ligado a él por tantas pruebas de particular afecto que de él recibiera; era el conde Federico Confaloneri, por el cual habría sacrificado mi vida. ¡Tantas eran las razones que me hacían preciosa la suya!

¡Supe con alegría la libertad de Alejandro Andryane, a quien estimaba y amaba; en tanto que

me alegraba por él, me afligía pensando el dolor que sentiría Confalioni con perder un amigo así y quedar solo en aquellos horribles muros.

CAPITULO IV

Entre los motivos que me hacían condenar las últimas revoluciones realizadas o intentadas no fué el menor mi plena adhesión a los principios del Evangelio, el cual no permite actos violentos. No es que fuera partidario de la servidumbre o enemigo de las luces, sino que estaba convencido que las luces no deben difundirse sino con medios legítimos y justos, jamás con derrocar un régimen constituido o con levantar la bandera de la guerra civil. En el punto que cesaron mis dudas sobre la religión y creí firmemente en la verdad de la fe católica, no pude admitir que el amor de la patria pueda derivar sus inspiraciones mas que del cristianismo, que quiere decir odio profundo contra la injusticia juntamente con el amor del bien público, pero con la firme resolución de no cometer el mal con la esperanza de su bien. ¿Es malo un gobierno? No queda más remedio que irse o quedar sujeto a sus leyes, sin tomar parte en sus errores, y perseverar en la práctica de todas las virtudes, sin excluir el sacrificio de la vida antes que hacerse cómplice de cualquiera iniquidad.

Por lo demás, si en mi juventud mis principios políticos fueron más exaltados, jamás llegué a la

demagogia o al desprecio de todas las leyes antiguas. Me eran odiosos los adeptos del jacobinismo. El ardiente amor a mi patria no excedía del deseo de un gobierno nacional y de la expulsión del extranjero que hace de soberano.

La edad, madurando mis opiniones, las ha modificado sin mudar la esencia. Mi abierta reprobación de toda intriga y de las guerras civiles en general despertó ira y estupor, después de mi excarcelación, en una multitud de llamados liberales. Algunos de éstos tuvieron la pretensión de regular todos mis actos, y los compadecí. Otros trataron de ofenderme en la honra representándome como hombre envilecido por la superstición. Los más estólidos me dirigieron cartas anónimas llenas de insultos.

¡Hecho singular! Algunos de estos frenéticos me perseguían en un sentido; otros, a consecuencia de persecuciones opuestas, se arrogaban el derecho de serme hostiles, calificándome de *carbonario*, y mi amor al orden y a la Iglesia era a sus ojos pura hipocresía. Tuve pruebas no poco violentas de la mala voluntad de estas dos fracciones extremas, y sin duda Dios lo quiso así para que, cada día más poseído yo del horror a todo exceso, perseverara en mantenerme en la moderación y me sustrajera a toda influencia de los juicios ajenos.

Tomé el partido de dejarme acusar y ser herido, lo mismo de palabra que por los periódicos, sin preocuparme de desengañar o calmar a nadie. Temo, sin embargo, que esta aparente mansedum-

bre fuera origen más bien de orgullo y de desdén que de virtud. Todavía hoy, cuando pienso en el odio intenso y cobarde de ciertas personas, me siento movido a perdonar este odio, pero este perdón no está desprovisto de cierto resentimiento.

CAPITULO V

En familia los consuelos eran siempre los mismos. Mi presencia había serenado todos aquellos semblantes. ¡Había sido yo en tantos años el único deseo de sus corazones! Ahora este deseo era apagado y me mostraban abiertamente ser felices.

De las cuatro amadas personas entre las cuales discurría mi vida, a saber, padre, madre y dos hermanos, Luis y Francisco, no sabré decir cuál me pagara con más afecto el mío; todos lo compartían por igual. Pero el corazón de una madre es siempre más expansivo, más deseoso de dulces e íntimas revelaciones, y a mi madre hube de confiar mis más secretos pensamientos y más recónditos sentimientos.

Otras veces, en los años transcurridos, había reinado entre los dos una más estrecha e íntima confianza. En aquel tiempo de mi risueña juventud muchas de mis opiniones y también de mis convicciones religiosas divergían de las suyas. Pero la unión de nuestras inteligencias era perfecta, derivando de esto para ambos una satisfacción más viva. Las ideas religiosas eran el argumento más frecuente de nuestros coloquios.

Mi madre no era mujer instruída, sino dotada de una inteligencia infatigablemente trabajadora y de un discernimiento penetrante y recto. Nutrida por un pequeño número de libros escogidos, acostumbrada a poner de acuerdo el Evangelio con la razón, poseía además en grado maravilloso la memoria de lo que había visto u oído narrar. No tenía elocuencia fecunda y florida; pero su dicción era enérgica, grave más que vivaz, aunque no desprovista en ocasiones de una gracia aguda, y siempre profundamente simpática de cuantos la conocían. ¿A quién más, si no es a mí, podía ser simpática su palabra; a mí, que privado por tanto tiempo de ella me gozaba ahora con una nueva ternura, con un nuevo respeto, como se goza de una rara bendición del Señor que se creía perdida y que viene de improviso?

Dispuesta por carácter y por larga costumbre a los sublimes arranques de la caridad y a los más duros sacrificios, mi madre era devotísima, pero sin mezcla de mezquindades ni supersticiones en su devoción.

CAPITULO VI

En los últimos años de mi prisión, uno de mis más grandes consuelos había sido el tener por director espiritual a un sacerdote de mucho mérito. Deseaba ardientemente encontrar en Turín otro semejante, y lo hallé en un venerable octogenario, el abate Giordano, cura de mi parroquia, hombre

de gran doctrina y santidad. La elección de un padre espiritual es para un católico de suprema importancia; en cuanto a mí, no sabría decir todo el bien que trae a mi alma un amigo verdadero de Dios, que me hable de Dios con autoridad, con amor, sin pedantería.

Aquel santo anciano, habiéndome oído contarle detalladamente todo cuanto había sufrido en las prisiones de Milán, de Venecia y de Spielberg, me aconsejó que escribiera la relación y la publicara. Al principio no fui de su parecer. Me parecían demasiado ardientes todavía en Italia y en toda Europa las pasiones políticas, así como el furor de calumniarse a porfía. «Mis intenciones serán mal juzgadas—decía yo—; lo que cuente con escrupulosa exactitud será representado por mis enemigos como negras exageraciones y perderé toda mi tranquilidad.»

—Hay dos clases de tranquilidad—me observó el digno sacerdote—, el descanso de las almas fuertes y el de las pusilánimes; este último es indigno de usted e indigno de un cristiano. En el libro que le he aconsejado escribir dará testimonios de la inmensa caridad de Dios con los infelices que recurren a su gracia; mostrará que el deísmo y la filosofía son impotentes en comparación de la religión católica. Muchos jóvenes, así que lean su libro, sacudirán el yugo de la incredulidad, o al menos estarán más dispuestos a respetar la religión y a estudiarla. ¿Qué importa que a cambio de este bien surja un enemigo que calumnie vuestras intenciones?

El óptimo don Giordano tenía una varonil y generosa elocuencia, eficacísima en mi espíritu.

—El reposo de los pusilánimes no tiene ningún valor—me repetía a menudo—. Pensad bien en esto: si Dios os concedió reputación literaria fué para animaros a escribir algún libro saludable para el prójimo.

Todavía estas razones no me movieron a obedecerle, pero sí a reflexionar. Siempre que encontraba al buen viejo me estrechaba la mano como para infundirme su energía; luego levantaba los dedos, repitiendo:

—Hay dos clases de reposo; escoja usted.

Hablé del proyecto a mi madre.

—Veo un peligro—me dijo—, y esto me hace temblar. ¡Que te ilumine la oración!

Pocos días después me preguntó si había rezado a Dios con esta intención.

—Sí—la contesté—; creo que un libro así puede ser útil y que debo escribirlo.

—Pues manos a la obra—respondió—. Yo también recé y ahora me siento tranquila.

CAPITULO VII

Escribí con efusión de corazón los primeros capítulos de MIS PRISIONES, y un día que estaba en el campo, en Villanova Solaro, de la condesa de Masino, leí secretamente algunos capítulos a un viejo amigo mío que me era muy adicto, el cual

se quedó asustado por mí, suplicándome que desistiera de publicar estas memorias.

—No es tiempo aún—me dijo—; quedan todavía en la sociedad demasiados gérmenes de maldad; dejad que pasen diez o quince años; entre tanto escribid otra tragedia y nuevas poesías que aumenten vuestra fama.

La opinión de este hombre me causó gran impresión. De regreso a Turín hice confidencia de ello a otras dos personas y las vi enteramente contrarias al libro propuesto, lo que me descorazonó en extremo. Pero habiendo ido a pasar dos o tres días en Camerano con el conde César Balbo, quise oír el parecer de éste y de su esposa sobre los pocos capítulos escritos y sobre la conveniencia de continuar o no las memorias. Su aprobación fué plena. La condesa Balbo era un ángel de virtud. Cuando ella me dijo que mi libro podía producir mucho bien rompió todas mis dudas; volví a tomar la pluma y ya no la dejé hasta el último capítulo.

En materia de publicaciones he sido siempre tímido; no sé por qué fatalidad, en cuanto termino una u otra de mis obras encuentro alguien que me aconseje no publicarla. Ciertamente que muchas más hubiera publicado sin esta debilidad de consultar siempre a mis amigos. Siempre es la minoría la que da ánimo; los más se inclinan a desanimar, a hacer reparos, a derivar malas consecuencias de lo hecho.

Así que se supo que yo había escrito MIS PRISIONES y que me proponía darlas a luz, no es creíble

lo que se fatigaron algunos para impedir que me arriesgara a publicar el libro. Unos me advirtieron caritativamente que me acarrearía la enemistad del bando A; otros, que incurriría en el odio del bando B.

Yo estaba a punto de dejar dormir por diez o quince años mi manuscrito, que, según los más, era el mejor partido que podía tomar; mi madre no consintió que yo persistiera en esta determinación, fruto, más que de otra cosa, del tedio y de la incertidumbre. «Todo debe hacerse—me decía ella—para obedecer a la propia conciencia; nada por respetos humanos.»

CAPITULO VIII

En las dos semanas que sucedieron a la publicación de MIS PRISIONES, no pocos me consideraron culpable de un delito o de una gran mōjigatería. Dijeron algunos que yo había compuesto un libro que era una vergüenza en este siglo de luces y que mi reputación estaba perdida; otros me escribieron que cada vez que una de mis tragedias se representara en Italia sería silbada sin compasión por los verdaderos secuaces de la filosofía. Más de uno de mis llamados amigos volvía la cabeza al encontrarme, para evitar el saludarme. Decían en alta voz que aquella obra maestra de beatería ponía en ridículo a su autor. Y mientras estos falsos filósofos arremetían furiosos contra mí por el tes-

timonio que daba de la religión, muchos otros, de opiniones opuestas, vociferaban que mi devoción no era mas que una comedia.

Estos clamores tan diversos cesaron pronto; muchos de mis adversarios, viendo que mi libro era bien acogido por el público, se redujeron a hacerme guerra secreta, tratando de perderme en la opinión de personas estimables que me honraban con su indulgencia. El buen éxito del libro aumentó rápidamente en Italia. En París, el escritor francés De Latour lo tradujo a su lengua; las ediciones y las traducciones se multiplicaron mucho más de lo que merecía el libro. Se me perdonó la sencillez de estilo y la falta absoluta de adornos en gracia al incontestable carácter de verdad que brotaba en cada página.

Exito tal, que superaba a mis esperanzas, me fué de gran satisfacción. Era una prueba para mí que el siglo no era adversario de la religión en la medida que yo lo creía; que el cinismo y la burla no estaban ya de moda; que los desgraciados incrédulos que me escribían cartas injuriosas eran la última avanzada de una escuela agonizante. Como compensaciones de estas cartas tuve muchas más lisonjeándome, de compatriotas y de extranjeros. Entre los que primero me enviaron su aprobación debo nombrar a la marquesa Julia Colbert de Barolo, que no me conocía, y ésta fué, de parte suya y del marqués su marido, la primera manifestación de una estima que después se convirtió en la más generosa amistad. Yo los veneraba por el

bien inmenso que hacen a nuestro país; cuando los conocí de cerca me aficioné a ellos con todas las potencias de mi alma.

Mi viejo párroco me decía: «La amistad que os profesa la casa de Barolo es una prueba que Dios os bendice para confusión de los que os maldicen.»

Lo mismo me decía mi madre, y añadía: «¡Quiera Dios que tu sepas hacerte digno!»

CAPITULO IX

Las ventajas que me reportó el libro MIS PRISIONES no podían ser perdonadas por la malevolencia; pero yo resolví no afligirme más con estas innobles enemistades. Diversos hechos concurrieron también a desagradarme; entre otros, las *Adiciones* que hizo a MIS PRISIONES el infeliz Piero Maroncelli, amigo mío, entonces en París. No tuvo ciertamente la intención de perjudicarme ni ofenderme en lo más mínimo, porque era incapaz de esto; pero en sus *Adiciones* se le escaparon algunas sentencias que provocaron contra su libro la censura eclesiástica: como que fué puesto en el Índice. Mis enemigos sacaron de esto un gran argumento contra mí. Muchos pretendían que yo tomara la pluma en mi defensa. Creí que el silencio me estuviera mejor, y sigo creyendo que no me equivoqué.

Entre los que severamente me recriminaron por haber escrito MIS PRISIONES hubo un hombre leal que me desagradó menos que otros. Era un ex-

tranjero, sinceramente devoto al Gobierno austriaco. Se presentó con franqueza en mi casa para razonar conmigo, como lo haría un padre con su hijo.

—¿Reconocéis este libro por vuestro?—me preguntó enseñándome la traducción publicada por De Latour.

—Soy el autor del texto—le respondí.

—No conozco el texto—repuso él—; pero sé que en Francia los traductores tienen la costumbre de tomarse algunas licencias y esperaba que usted me dijera que el traductor ha falseado el sentido del original.

Quedé atónito y le pregunté por qué me hacía esta interpelación.

—Porque—me contestó—yo debo declararle que, a mi parecer y al de muchas personas honradas, vuestro libro es detestable. Le habéis escrito para vengaros de lo que se os ha hecho sufrir.

—¡Perdonad!—le dije—, pero esta suposición es indigna de un hombre respetable como parecéis ser.

—Soy un sincero protestante—replicó—, pero un protestante de antiguo cuño, enemigo de las temerarias opiniones de nuestro siglo. Amo el orden y la verdad, y, con gran dolor mío, la verdad y el orden se ven atacados en vuestro libro. Vosotros los católicos tenéis la conciencia ancha y encontráis siempre sacerdotes indulgentes que de todo os absuelven. Tened presente que Dios no confirma un perdón tan fácilmente acordado por estos ministros de Baal.

Escuché la prédica, que no fué corta, y repliqué con toda moderación. Mi calma maravilló a mi adversario, el cual, cuando me dejó, creí observar que no tenía de mí una idea tan desfavorable.

No es éste el único protestante que haya hablado mal de mi libro y haya tentado inducirme a un cristianismo menos católico. Sin embargo, debo decir que otros me abrieron su casa y ofreciéronme cordialmente su amistad, respetando mis creencias. Ruego por ellos con toda mi alma y con la esperanza que no todos morirán enemigos de la Iglesia.

CAPITULO X

Sí; estos protestantes me confesaron que mis escritos los habían dispuesto a estudiar más seriamente la religión católica. Dos de ellos vinieron a confiarme que se sentían atraídos a nuestra fe y que eran católicos de corazón. Añadieron que acaso pronto se resolverían a abjurar, pero hasta ahora no me han dado este consuelo.

Me fué de gran alegría la conversión del señor Woigt, uno de los más hábiles artistas de Baviera; tuve la suerte que mi libro influyera algo en aquella conversión.

Pocos años antes, Woigt, aun muy joven, había estado en Roma, llevado de su amor a las bellas artes: es grabador. Habiendo entablado relaciones en aquella ciudad con algunos católicos, tuvo oportunidad de reflexionar un poco sobre nuestra reli-

gión y le pareció que los disidentes la conocían mal. No por esto se resolvió a abrazarla; en mucho tiempo alimentó la inclinación que por ella sentía, si bien le combatían mil dudas. Después se casó con una católica, sin que tampoco se resolviera a la abjuración. Este matrimonio, consagrado por mutua ternura, era feliz; pero una agudísima espina pinchaba siempre el corazón de la pía consorte. Woigt amaba casi toda nuestra doctrina, pero le asustaba el Sacramento de la penitencia, considerándolo como un obstáculo casi invencible. Leyó MIS PRISIONES por curiosidad, y algunas de mis palabras tuvieron la virtud de impresionarle, principalmente éstas:

«¡Ah! ¡Infeliz el que ignora la sublimidad de la confesión! ¡Infeliz el que, por no parecer vulgar, se cree obligado a mirarla con escarnio! No es verdad que sabiendo que se necesita ser bueno es inútil que oigamos que basten las propias reflexiones y oportunas lecturas, ¡no! El lenguaje vivo del hombre tiene una sugestión que ni la lectura ni las propias reflexiones poseen.»

El deseo de una instrucción más seria se apoderó de Woigt. A poco, su convencimiento fué pleno, y en la Pascua del año 1834, por la gracia del Señor, la Iglesia adquirió un nuevo hijo.

Todo esto lo supe algún tiempo después, cuando llegó a Turín el caballero Manfredo de Sambuy. Escribí a Woigt congratulándome, y él me contestó con una carta muy conmovedora, en la que me contaba todas las circunstancias de su conversión.

CAPITULO XI

Mi buen párroco gozaba conmigo por el buen éxito del libro, cuya idea él me había sugerido. Y me decía:

—Ahora debierais corresponder al favor que el público os demuestra dándole un tratado de moral cuya substancia sea enteramente evangélica.

—¡Oh!—le contesté—, no es cosa tan fácil tratar directamente de moral, mucho más cuando sobre la materia han escrito antes grandes maestros.

—¡Qué importa! Hay muchos buenos libros que, sin embargo, no se leen porque falta el aliciente de la novedad. Donde se pueda escribir de nuevo, debe hacerse, para glorificar al Señor y ser útil al prójimo. Escribid un discurso a la juventud despertando en ella todos los nobles sentimientos, y os predigo que no os faltarán lectores.

Conté a mi madre estas palabras del digno párroco, vi que no le desagradaba la idea y me puse a la obra con buen ánimo. Con todo, díjome mi madre:

—Este librito no debe respirar mas que benevolencia; procura que no se mezcle un adarme de aquel tinte satírico que se produce tan fácilmente en los moralistas.

Tal fué el origen de mi discurso sobre los *Deberes de los hombres*, que tuvo un éxito parecido a MIS PRISIONES. Algunos periódicos lo criticaron y, fiel a mi costumbre, callé. ¿Era paciencia o virtud?

No; pero cualquiera apología me parecía trabajo perdido tratándose de adversarios tenazmente empeñados en representarme como hombre malo.

CAPITULO XII

La guerra que de todos lados procuraban hacerme los fanáticos de los dos bandos opuestos, en los que yo no militaba, ciertamente me molestaba, pero sin que esto pudiera tomarse por una gran desgracia, pues no me atosigaban la mente para seguir ejercitándome en componer versos y prosa.

Después de haber escrito doce tragedias, ocho de las cuales solamente se han publicado, he cesado de escribir para el teatro, sintiendo no tener un fondo bastante rico para delinear caracteres. En mi juventud me lisonjeé locamente de poder ocupar un día un sitio no muy lejano de Alfieri; pero andando el tiempo me he desengañado, no obstante los aplausos que me tocaron en suerte. Hoy únicamente me place el género lírico y la relación épica, en la que no rayo a gran altura; pero esta poesía tiene para mí un gran atractivo: gusto derramar en ellos todos mis sentimientos, en particular mis afectos religiosos.

Siento a menudo la necesidad de hacer versos para rezar; de este modo nacen ya una oda, ya una elegía, en las que desahogo mi corazón ante Dios, y esto basta para serenarme. Desearía ver surgir poetas mejores que yo para que acrecentaran el

número de estas sacras composiciones, difundieran el amor a Dios y a la virtud y ennoblecieran su inteligencia y la de sus semejantes con el santo acuerdo de fuertes pensamientos y de la religión. Tenemos algunos de estos poetas, pero en pequeño número; casi siempre la más divina de las artes se consagra a argumentos frívolos, o, lo que es peor, despreciables.

Ensayé en algún tiempo una novela histórica o de otro género; pero al llegar a mitad del trabajo mi entusiasmo decayó al considerar la inmensa distancia en que se quedaría al lado de aquellas obras maestras que poseemos en italiano, especialmente *Los novios*, del inimitable Manzoni. Vale más no escribir ningún libro que escribirlos mediocres, y acaso yo he escrito también demasiado.

Después del discurso sobre los *Deberes de los hombres*, borroneé un pequeño tratado sobre los *Deberes de las mujeres*; pero no me satisficieron los ensayos. He encontrado en este campo una inmensa dificultad y me inclino a creer que únicamente una mujer es capaz de componer un libro así con la perfección que se requiere.

En resumen: escribo mucho, pero rara vez termino alguno de mis trabajos; escribo más bien para satisfacerme a mí mismo que con la aspiración de producir un libro de mérito. Me sucede muchas veces tomar la pluma y, a falta de otra cosa, escribir mi pobre vida...

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO	7
CAPÍTULO PRIMERO.....	8
— II.....	10
— III.....	11
— IV.....	14
— V.....	16
— VI.....	18
— VII.....	21
— VIII.....	24
— IX.....	27
— X.....	29
— XI.....	31
— XII.....	33
— XIII.....	35
— XIV.....	37
— XV.....	39
— XVI.....	42
— XVII.....	44
— XVIII.....	46
— XIX.....	49
— XX.....	51
— XXI.....	53
— XXII.....	55
— XXIII.....	58
— XXIV.....	61
— XXV.....	63
— XXVI.....	65
— XXVII.....	68
— XXVIII.....	71
— XXIX.....	74
— XXX.....	76
— XXXI.....	79
— XXXII.....	81
— XXXIII.....	84
— XXXIV.....	86
— XXXV.....	89
— XXXVI.....	91
— XXXVII.....	94
— XXXVIII.....	96

CAPÍTULO XXXIX.....	99
— XL.....	102
— XLI.....	104
— XLII.....	106
— XLIII.....	109
— XLIV.....	111
— XLV.....	113
— XLVI.....	116
— XLVII.....	118
— XLVIII.....	121
— XLIX.....	124
— L.....	126
— LI.....	129
— LII.....	132
— LIII.....	134
— LIV.....	136
— LV.....	138
— LVI.....	140
— LVII.....	143
— LVIII.....	145
— LIX.....	147
— LX.....	150
— LXI.....	152
— LXII.....	155
— LXIII.....	158
— LXIV.....	160
— LXV.....	162
— LXVI.....	165
— LXVII.....	167
— LXVIII.....	169
— LXIX.....	171
— LXX.....	174
— LXXI.....	176
— LXXII.....	179
— LXXIII.....	181
— LXXIV.....	183
— LXXV.....	185
— LXXVI.....	188
— LXXVII.....	190
— LXXVIII.....	192
— LXXIX.....	195
— LXXX.....	198
— LXXXI.....	200
— LXXXII.....	202
— LXXXIII.....	204
— LXXXIV.....	206
— LXXXV.....	208
— LXXXVI.....	210
— LXXXVII.....	212
— LXXXVIII.....	215

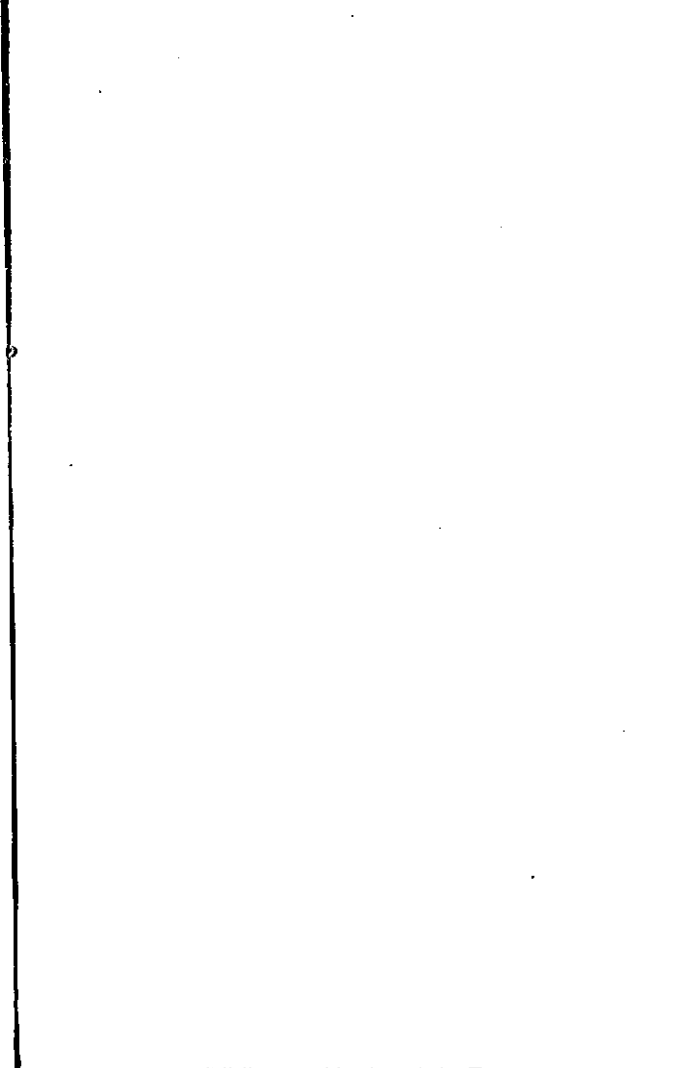
CAPÍTULO LXXXIX.....	218
— XC.....	220
— XCI.....	222
— XCII.....	225
— XCIII.....	228
— XCIV.....	230
— XCV.....	232
— XCVI.....	234
— XCVII.....	237
— XCVIII.....	239
— XCIX.....	241

CAPÍTULOS ADICIONALES A «MIS PRISIONES»:

CAPÍTULO PRIMERO.....	245
— II.....	247
— III.....	250
— IV.....	252
— V.....	254
— VI.....	255
— VII.....	258
— VIII.....	259
— IX.....	261
— X.....	268
— XI.....	265
— XII.....	266







COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de CIN-
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL

(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 740 números publicados desde julio de 1919 a
— — diciembre de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547